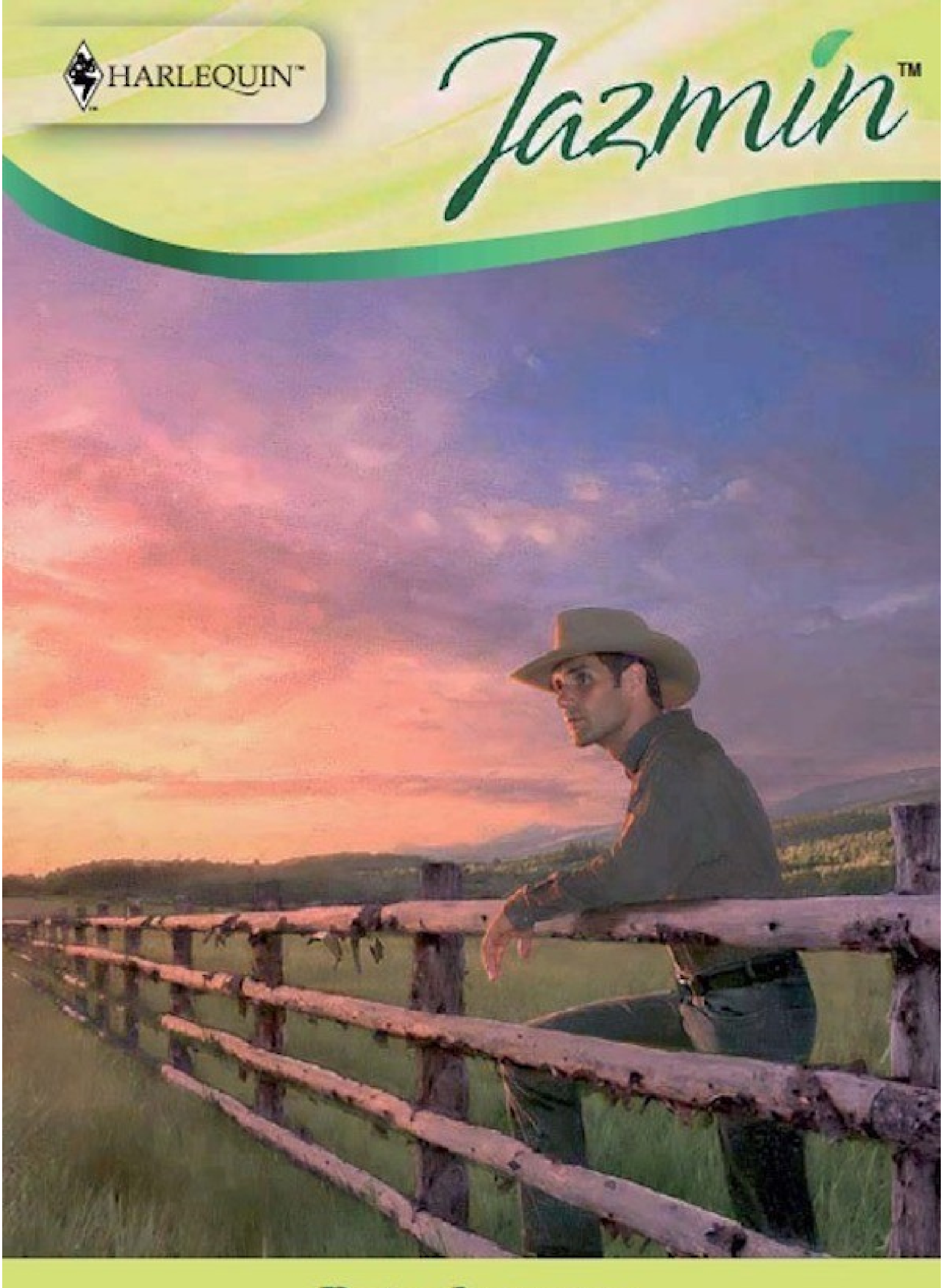


Reto de amor

DONNA ALWARD

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

RETO DE AMOR, N.º 2360 - octubre 2010
Título original: Her Lone Cowboy
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9207-0
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

CAPÍTULO 1

NOAH se cortó con la cuchilla, haciendo que la espuma blanca se volviera de color rosa, y lanzó una imprecación mientras metía la maquinilla bajo el grifo y volvía a intentarlo de nuevo.

Se sentía como un niño, aprendiendo a hacerlo todo por primera vez.

Dejando escapar un suspiro, levantó la barbilla para pasarse la cuchilla una vez más y en esta ocasión le resultó más fácil. Afortunadamente. Tenía tres cortes que atestiguaban lo mal que lo estaba haciendo.

Ponía caras, intentando tensar la piel donde hacía falta, pero resultaba incómodo. En el hospital, una bonita enfermera siempre estaba a mano para afeitarlo. Incluso le cortaba el pelo si se lo pedía. Lo único que él tenía que hacer era sujetar el espejo.

Al principio le había gustado, pero luego se cansó. Él era un hombre acostumbrado a hacer las cosas por su cuenta y cortarse mientras se afeitaba lo hiciera sudar lo enfurecía. Consigo mismo y con el mundo en general.

En ese momento sonó un golpecito en la puerta.

Tenía que ser Andrew, pensó. Nadie más sabía que hubiera vuelto y eso era lo que él quería. De modo que no se molestó en abrir. Andrew, con la familiaridad de un hermano, entraría sin esperar más y le daría igual que el cuarto de baño estuviese hecho un asco.

Pero cuando volvieron a llamar se le encogió el estómago. ¿Y si no era Andrew? Podría ser la prometida de Andrew, Jen, que estaba con él el día que fue a buscarlo al aeropuerto. Y Noah se sentía ligeramente avergonzado delante de ella.

Cuando llamaron por tercera vez, dejó la maquinilla en el lavabo y salió del baño con la toalla en la mano. Si alguien con dos brazos no podía abrir una puerta o entender una pista…

Sujetando la toalla entre los dedos, agarró el picaporte con la mano izquierda.

–¡Ya está bien, no soy sordo! –gritó. Y se quedó inmóvil al abrir la puerta.

No era Andrew. Ni Jen. Era la mujer más guapa que había visto nunca. Tenía el pelo oscuro, largo, la piel clara y un par de brillantes ojos azules. Y cuando enarcó las cejas, Noah se sintió como un crío al que hubieran reprendido. Sin decir nada, la joven entró en la casa con una caja en la mano y se dirigió tranquilamente a la cocina, volviéndose después de dejarla sobre la encimera para mirarlo con gesto de interés. Pero lo último que él quería era mórbida curiosidad por su situación. O peor, compasión.

–¿Ha venido para echarle un vistazo al tullido? –le espetó.

***

Lily vio que Noah Laramie se ponía colorado. Parecía un oso con dolor de muelas, pensó. Por el momento, le había gritado antes de abrir la puerta y luego la había acusado de ir a examinarlo como si fuese una atracción de feria.

Una pena que ella estuviera acostumbrada a lidiar con adolescentes malhumorados. Y, por su forma de mirarla, estaba claro que esa beligerancia ocultaba un problema de inseguridad. Aunque era comprensible. Al fin y al cabo, ella era una completa extraña.

–¿Está intentando asustarme? –le preguntó, con una sonrisa en los labios.

Noah la miró, boquiabierto, durante unos segundos.

–¿Serviría de algo? –le preguntó luego.

–No, me temo que no. Va a tener que ensayar más su imitación del lobo feroz.

–Normalmente, la gente espera a ser invitada para entrar en casa ajena.

–Normalmente la gente no te grita antes de abrir la puerta –replicó ella.

La joven salió de la cocina para ir al salón, mirando sólo durante un segundo la manga de la camisa sujeta con un imperdible por encima de donde había estado su brazo. Sentía curiosidad por saber cómo lo había perdido, pero preguntar sería una grosería. Jen y Andrew le habían contado que era así, sin añadir nada más.

A pesar de todo, era un hombre muy alto y de aspecto formidable. Más alto que su hermano, un metro ochenta y ocho más o menos. Y aunque no debía haber hecho mucho ejercicio desde el accidente, parecía estar en forma. Su pelo oscuro, corto, estaba alborotado y aún tenía crema de afeitar en la barbilla.

–No es fácil tenerle miedo a un hombre que parece Santa Claus.

–Maldita sea –murmuró él, pasándose la toalla por la cara–. ¿Quién es usted?

–Lily Germaine –contestó ella, ofreciéndole su mano. Entonces se dio cuenta de que Noah no tenía mano derecha que estrechar y esta vez fue ella quien se puso colorada.

–No pasa nada. A mí también se me olvida a veces.

La serena respuesta despertó la simpatía de Lily.

–Soy amiga de Jen y de Andrew. Ellos me han pedido que pasara por aquí.

–¿Por qué?

Lily dio un paso adelante. Iba mal afeitado y había zonas por las que

no se había pasado la cuchilla, observó.

–Jen quería que te trajera unas provisiones. Según ella, te vendría bien que te echaran…

Lily no terminó la frase. De repente, todo parecía tener doble sentido y lo último que deseaba era insultarlo.

–¿Una mano?

Noah sabía que se lo estaba poniendo difícil, pero no podía olvidar lo obvio, que por el momento no podía ir en coche al supermercado y cargar con las bolsas sería un problema.

–En cierto modo –contestó Lily.

–Bueno, vamos a quitarnos este asunto de en medio –dijo él entonces, tirando la toalla sobre el sofá–. Soy Noah Laramie y he perdido un brazo. Así son las cosas, no hay que andarse con pies de plomo. Y no te preocupes por cada frase que digas.

Estaba sonriendo y cuando sonreía era guapísimo.

–Parece que no es cuestión de «manos» sino de meteduras de pata –intentó bromear ella.

–Jen es como una madre, pero estoy bien, no hace falta que me traigas nada.

La sonrisa de Lily desapareció. Jen no le había dicho que iba a tener que pelearse con Noah. No, le había dicho que Noah Laramie era divertido y burlón. Y, a pesar de su franqueza, Lily tenía la impresión de que intentar convencerlo de algo sería tan efectivo como hablar con un rábano y esperar una respuesta.

–Además, se supone que debo llevarte al rancho Lazy L.

–Andrew vendrá a buscarme.

–Andrew ha tenido que ir a Pincher Creek.

–Entonces Jen.

–Jen tiene que abrir la panadería y me ha pedido que te trajera estas cosas antes de llevarte al rancho. Así que acostúmbrate a la idea, Laramie: soy tu chófer, te guste o no. Después de fulminarla con la mirada, Noah se dirigió al cuarto de baño.

–Muy bien, pero sólo hoy.

Mientras guardaba las cosas en los armarios de la cocina lo oyó cerrar la puerta de golpe. Aquel hombre iba a ser difícil, estaba claro. Lily sacudió la cabeza mientras abría la nevera. Dentro había queso, un bote de ketchup, otro de mostaza y tal vez dos centímetros de leche en una botella de plástico.

Suspirando, guardó fruta, verdura y varias bandejas de carne en el congelador. ¿Qué comía aquel hombre? Aunque debía arreglárselas porque

el fregadero estaba lleno de platos sucios.

Pero había que limpiar el polvo y se preguntó también quién le haría la colada.

No había podido decirle que no a Jen porque era su mejor amiga y haría cualquier cosa por ella. Aunque fuese el primer día de sus vacaciones y habría podido levantarse tarde, tomar un café en el patio y tomar el sol en el jardín.

Lily suspiró de nuevo. Todo parecía una frivolidad comparado con el problema de Noah. Perder un brazo en combate y volver a casa después de tantos años… en fin, hacer la colada no sería una de sus prioridades y era comprensible. Por el momento, lo que debía hacer era recuperarse y tal vez necesitaba ayuda para limpiar la casa.

Había terminado de guardar las cosas en la cocina y estaba sacudiendo los cojines del sofá cuando oyó la voz de Noah a su espalda:

–No hagas eso.

Lily se dio la vuelta. Había terminado de afeitarse, su rostro limpio, aunque con un par de cortes. Sus ojos eran de un azul profundo, tan oscuros que el color apenas era visible. Era un hombre grande, imponente, un hombre que había sido soldado desde los diecinueve años. Su cruda masculinidad era turbadora y, de manera inconsciente, Lily dio un paso atrás.

¿De dónde había salido esa atracción? No tenía sentido y no le gustaba nada. Ella no podía estar interesada.

Además, no le gustaba nada que le diese órdenes.

–¿Por qué no?

–Porque puedo hacerlo yo.

Lily arrugó la nariz.

–¿Y por qué no lo has hecho entonces?

Eso pareció hacerlo pensar. Aunque la miraba fijamente a los ojos, Lily estaba decidida a no apartar la mirada. Ella no estaba acostumbrada a dejarse intimidar, una profesora de instituto no podía dejarse intimidar. Aunque nunca hubiera pensado que ser profesora de secundaria podría ser una buena preparación para lidiar con ex combatientes malhumorados.

–Porque no me apetecía.

–Bueno, pues ahora no tienes que molestarte porque puedo hacerlo yo. Noah dio un paso adelante. –¿Es que no tienes un trabajo? Lily colocó una manta sobre el respaldo del sofá, intentando contener los latidos de su corazón. Algo había pasado cuando Noah Laramie dio un paso hacia ella. Algo había pasado entre esos ojos azules y los suyos que aceleraba ridículamente su pulso.

–Soy profesora de Economía Doméstica en el instituto. –¿Qué? Pero si no puedes ser mucho mayor que tus alumnos. –Tengo veintisiete años –dijo Lily–. Y llevo tres siendo profesora.

–¿Y así es como pasas tus vacaciones de verano, haciendo obras de caridad?

–Esto no es una obra de caridad, Noah –suspiró ella. Llamarlo por su nombre sonaba extraño, ¿pero cómo iba a llamarlo, señor Laramie, capitán? Ése había sido su rango en el ejército, pero ninguno de esos nombres parecía pegar con aquel hombre.

–¿Cuánto te ha pagado Andrew para que vinieras?

–Nada, le estoy haciendo un favor a Jen. Aunque, por lo que veo, a este sitio le hace falta una buena limpieza. Podría ayudarte, si quieres.

–¿Cuánto me cobrarías?

¿Cobrarle? Lily lo miró, sorprendida. El chico divertido que Jen le había descrito no se parecía nada a aquel hombre y se preguntó si la guerra lo habría cambiado o si tal vez había dejado una parte de sí mismo en el combate. En cualquier caso, aceptar dinero por limpiar un poco aquel sitio no le parecía bien.

–No te cobraría nada.

–Eso es caridad y no tengo intención de aceptarla –dijo él, mirando alrededor–. Pero si quieres quedarte hoy, te daré un cheque. Tengo dinero.

Bueno, eso lo sabía todo el mundo en Larch Valley. Andrew le había comprado su parte del rancho. Además, Noah era oficial del ejército y no tenía familia que mantener.

–Los amigos ayudan a los amigos.

–Sí, pero tú no eres mi amiga. Eres amiga de Jen.

Era lo mismo. ¿Aquel hombre no sabía que la obligación de los amigos era ayudar? Haciendo eso, además, conseguía que Jen y Andrew estuvieran más tranquilos.

Pero sabía que decir eso provocaría más protestas. Noah Laramie era un hombre orgulloso.

–Si quieres que sea así, de acuerdo –le dijo. Sencillamente, no cobraría el cheque. Además, sólo sería aquel día.

–De acuerdo –asintió él–. Y si me llevas al Lazy L, ya que no puedo ir de otra manera, no tendrás que hacer nada más.

Lily lo observó, sin poder disimular la curiosidad, mientras se sentaba en un taburete para ponerse las botas. Tardó un poco más de lo normal, pero agarró las tirillas de la bota con la mano izquierda y consiguió meter el pie. Hizo lo mismo con el otro y luego estuvo un minuto intentando

bajar la pernera del pantalón.

Lily estuvo a punto de ofrecerle su ayuda, pero si no había querido que ahuecase el cojín del sofá estaba claro que no iba a aceptar ayuda para ponerse las botas.

–Cuando tú quieras –le dijo.

Noah se dirigió a la puerta sin mirarla y ella lo siguió, suspirando.

Le había hecho una promesa a una amiga y no se echaría atrás, por cabezota que fuese Noah Laramie.

Después de dejarlo en el Lazy L, Lily volvió a la casa. Noah no se había molestado en cerrar con llave, como tanta gente en aquel pueblo tan pequeño, de modo que siguió con lo que estaba haciendo antes de que él saliese del cuarto de baño.

Jen la había llamado por la noche, agotada, porque tenía que levantarse a las cuatro de la mañana para ir a Snickerdoodles y Lily no se lo había pensado dos veces antes de decirle que sí.

Jen había sido su primera amiga cuando llegó al pueblo. Ella le había presentado a todo el mundo, haciéndola sentir que, por fin, había encontrado un hogar. El que no había tenido mientras crecía en Toronto. Entonces su «hogar» había consistido en una serie de apartamentos en los que jamás se quedaban demasiado tiempo. Y eso significaba cambiar de colegio constantemente, nuevos compañeros, nuevas rutinas.

Cuando de niña leyó *Ana de las tejas verdes* había sentido el mismo anhelo de Ana por tener un amigo de verdad. Pero siempre tenía miedo porque sabía que, tarde o temprano, tendría que dejarlo atrás.

Pero entonces llegó a Larch Valley a trabajar y se enamoró del pueblo y de su gente. Jen era lo más parecido que había tenido nunca a una hermana. Y aunque algunas veces su casa le pareciese un poco solitaria, no importaba. Tener un sitio propio era lo más importante. Además, le gustaba su trabajo, tenía amigos y pasaba su tiempo libre haciendo cosas divertidas.

Aunque lidiar con Noah Laramie no era precisamente divertido.

Mientras fregaba un plato decidió que lo mejor sería no pensar que era un alto y guapo ex soldado o que había sido un héroe en el campo de batalla. Era sólo el hermano de un amigo; un hermano gruñón y orgulloso, además.

Lily estuvo limpiando hasta dejar la casa brillante y luego puso unas pechugas de pollo a marinar. Por lo que veía en la nevera, Noah había estado comiendo cosas congeladas y una cena decente le sentaría bien.

Estaba haciendo una ensalada cuando en la puerta apareció la

camioneta de Andrew y de ella bajaron Noah, Andrew y Jen. Bueno, ningún problema, había sacado cuatro pechugas pensando que sobraría algo.

Noah fue el primero en entrar.

–¿Sigues aquí?

Lily iba a contestar cuando Jen entró en la cocina.

–¡Noah! ¿Ésa es manera de saludar?

–Lo siento –se disculpó él, bajando la mirada–. Es que pensé que ya habría terminado.

–Estaba haciendo la cena –dijo Lily–. Además, le había hecho una promesa a Jen y yo nunca reniego de mis promesas –añadió, tragando saliva.

Y era cierto, pensó, recordando el día que todo en su vida había cambiado. Había sido ella la que se quedó, la que esperó, la que había cumplido su promesa. Fue Curtis quien se marchó sin decir una palabra, rompiéndole el corazón.

–A mí no me has hecho ninguna promesa –arguyó Noah.

–Una promesa es una promesa de todas formas.

Las palabras parecieron quedar colgadas en el aire hasta que Noah pareció aceptarlas.

–No sabía que iban a venir conmigo –le dijo, sin mirarla.

–Es tu casa, no tienes que disculparte. Iba a dejarte algo de comida para mañana, pero creo que hay suficiente para los tres. Ah, por cierto… tengo que encender la barbacoa.

Lily salió al patio para alejarse un poco de aquel ambiente tan tenso. Para ser un hombre con una incapacidad era muy independiente y parecía dispuesto a pelearse con ella por cualquier cosa. Aunque no importaba, en realidad era admirable que tuviese tanto carácter.

Mientras le daba la vuelta al pollo pensó en los largos días de las vacaciones, preguntándose cómo iba a soportarlos Noah.

Podría echarle una mano en la casa mientras él trabajaba en el Lazy L, así tendría algo que hacer antes de volver al instituto en septiembre. Pero tenía la impresión de que convencerlo no iba a ser fácil.

Cuando volvió a entrar en la cocina, Jen ya había puesto la mesa para los cuatro.

–Pero si yo no me voy a quedar…

–Pues claro que te vas a quedar –la interrumpió su amiga–. Hemos venido los dos porque queremos hablar contigo y con Noah.

Lily tuvo una extraña premonición. ¿De qué querían hablar? Estaba claro que Noah y ella no iban a llevarse bien.

–¿Y tengo que quedarme a cenar para eso?

–Sí, me temo que sí –intervino Andrew–. ¿Tienes un sacacorchos por aquí?

Lily miró a Noah, que enarcó expresivamente una ceja. Fuera lo que fuera, estaba claro que Jen y Andrew se habían puesto de acuerdo y él también parecía haberse dado cuenta. Y, considerando lo mal que habían empezado, aquello no sonaba nada bien.

–Prueba en el segundo cajón –sugirió Noah–. Si no, tengo una navaja suiza con sacacorchos por algún sitio.

Lily no sabía si quedarse o no. Seguramente no debería, pensó, mientras Andrew sacaba unos vasos del armario.

–¿Y esos vasos? No los reconozco –dijo Noah.

–Eran de mamá y papá –contestó su hermano–. La casa estaba amueblada cuando la alquilé, pero no había vasos y platos, así que los he traído de casa.

Noah miró los vasos con una expresión indescifrable. –Nosotros no los necesitamos, hemos comprado una cristalería nueva –dijo Jen.

Jen y Andrew se miraron y Lily volvió a sentir esa opresión en el pecho. Era evidente que estaban locos el uno por el otro, pero la palabra «boda» hacía que se sintiera incómoda.

–Jen, ¿te importa poner el arroz en un cuenco? Voy a sacar el pollo de la barbacoa.

Una vez en el patio se dio cuenta de que había olvidado el plato, pero cuando se dio la vuelta Noah estaba tras ella con el plato en la mano y una sonrisa irónica en los labios.

–Gracias.

–Están planeando algo –dijo él.

–Sí, yo también lo creo –murmuró Lily.

–¿Se te ocurre qué podría ser?

–Ni idea –contestó ella, sin mirarlo.

–Vaya, vaya, Lily Germaine, que parecía de piedra cuando trataba conmigo, de repente se pone nerviosa cuando hablan de una boda… qué interesante.

–No seas bobo.

–Soy muchas cosas, señorita Germaine, pero no soy bobo. Y sé lo que es una retirada táctica.

Lily se dio la vuelta. Sí, hablar de bodas la ponía nerviosa porque algunas decepciones dejaban cicatrices que nunca curaban del todo. Pero ella no le había contado nada a Jen. Era su pasado, su problema, no el de

su amiga.

–No sé de qué estás hablando. Yo me alegro por los dos, se quieren muchísimo –Lily iba a pasar a su lado, pero Noah la tomó del brazo.

–No hablaba de ellos, hablaba de ti. He visto tu expresión.

–Tú sabes de mí todo lo que tienes que saber –replicó ella.

–Lo dudo.

–Y yo no sé nada sobre ti –insistió Lily, apartándose para entrar de nuevo en la cocina–. Aparte de que estás de mal humor por las mañanas. No, en realidad no sólo por las mañanas.

–Siento lo de hoy –se disculpó Noah entonces, apoyando un pie en el primer escalón del porche.

–Disculpas aceptadas.

–La verdad es que antes no era tan malhumorado –después de admitirlo, Noah dio un paso atrás, sorprendido–. No sé por qué he dicho eso.

Lily esbozó una sonrisa.

–Tal vez intentabas dar una buena impresión.

–No, creo que he perdido todas las oportunidades de hacer eso.

Estaban sonriendo los dos y Lily se dio cuenta de que llevaban varios segundos mirándose en silencio.

–Deberíamos entrar, la cena está lista.

Una vez dentro, siguió sonriendo para mantener las apariencias, aunque la alegría de Jen y Andrew eclipsaba la de los demás. Andrew levantó su vaso, invitándolos a hacer lo mismo.

–Quiero hacer un brindis –anunció, tomando la mano de Jen– por mi chica, por decirme que sí. Por Noah, que ha vuelto a casa. Y por Lily, que está siendo tan generosa como siempre.

Lily tuvo que hacer un esfuerzo para seguir sonriendo. Estaba claro que Andrew y Jen eran absolutamente felices y, aunque se alegraba por ellos, no podía evitar sentir cierta tristeza.

–Bueno, yo creo que éste es tan buen momento como cualquiera para decir lo que tenemos que decir –siguió Andrew–. Hemos venido aquí esta noche… bueno, Noah, eres mi hermano así que quiero pedirte que seas el testigo en la boda.

–Y yo quiero que tú seas mi dama de honor, Lily –dijo Jen.

Lily y Noah se miraron, atónitos.

La idea de tener que recorrer el pasillo de la iglesia era aterradora. No podía hacerlo. Incluso como dama de honor sería un fraude…

–Pensé que querías que fuese Lucy –empezó a decir, para disimular su desconcierto. No había ido a una boda desde que la suya fracasó y había

sido más o menos fácil evitarlas inventando algún problema de horarios, una enfermedad. Nunca le había dicho nada a nadie.

Pero no podía inventar una excusa para la boda de Andrew y Jen porque eran sus mejores amigos. Además, se sentía culpable por vacilar, aunque fuera un segundo.

–Lucy está embarazada de siete meses. Además, yo quiero que seas tú.

Lily no sabía qué decir. Si ella fuera a casarse, algo que no imaginaba que pudiera pasar ni en aquel momento ni en el futuro, también querría que Jen fuera su dama de honor.

–Claro que sí –dijo por fin, apretando la mano de su amiga–. Es un honor para mí, es que me ha pillado por sorpresa. Nunca he sido dama de honor.

–Y Noah es el único hermano de Andrew, así que sería muy importante para él… y vuestro padre se sentiría orgulloso, ¿no crees?

Lily sabía que no había podido llegar a tiempo al funeral de su padre y lo vio parpadear… ¿tenía los ojos empañados? ¿Habría tenido tiempo de llorar por Gerald en medio de su propia tragedia?

–Muy bien –dijo Noah por fin–. De acuerdo.

–¡Maravilloso! –exclamó Jen, apoyándose en el hombro de su prometido–. Seguro que Lily irá contigo para alquilar el esmoquin, ¿verdad que sí? Las mujeres siempre saben lo que hace falta en una boda.

A Lily se le hizo un nudo en la garganta. Claro que sabía lo que hacía falta en una boda; había pasado por todo ello una vez y la angustia de que Curtis la dejase plantada en el altar era algo que seguía rompiéndole el corazón.

Y Noah… ¿qué pensaría él? Al fin y al cabo, acababa de llegar del hospital.

Cuando giró la cabeza vio que él la miraba con cara de angustia y sus planes de pasar unas vacaciones relajadas se fueron de repente por la ventana.

¿En qué embrollo se había metido?

CAPÍTULO 2

MIENTRAS Jen seguía hablando sobre los planes de boda y Andrew interrumpía ocasionalmente con noticias del rancho, Lily no podía dejar de mirar a Noah, que apenas había dicho nada sobre la boda y se limitaba a charlar con su hermano sobre los caballos que rescataba y cuidaba.

Se preguntaba si tendría tiempo para respirar. Sólo había aceptado llevarle una caja de suministros y, al final del día, había aceptado ser dama de honor en la boda de sus amigos y acompañar a Noah a comprar el esmoquin.

–Ya tenemos una fecha –dijo Jen entonces–. La segunda semana de agosto.

–¡Pero si sólo faltan seis semanas! –exclamó Lily.

–No queremos esperar más. Además, queríamos casarnos antes de que volvieras al colegio y… bueno, imagino que Noah también volverá a trabajar. Ah, ahora que me acuerdo, tengo que pediros otro favor.

–¿Otro favor? –repitió Lily, enarcando una ceja.

Su amiga no podía saber lo difícil que era todo aquello para ella y no iba a decírselo. Al fin y al cabo, Jen estaba planeando el día más feliz de su vida.

–Quiero que tú me hagas el vestido. No quiero uno comprado en una tienda, quiero uno que sea sólo para mí.

Lily se quedó boquiabierta. Un vestido de novia era el artículo más importante en el armario de una mujer, algo que sólo se pondría una vez.

–Oh, Jen… –Nadie podría hacerlo mejor que tú y significaría mucho para mí. Podríamos ir a Calgary a comprar la tela.

Ella sólo había hecho un vestido de novia en su vida y estaba en su armario, recordándole pasados errores. Y en una hora había pensado más en su fracasada boda que en los últimos años.

–Sí, claro que sí –contestó–. Me alegra mucho que me lo pidas.

Mientras hablaban sobre telas y estilos, Lily miraba a Noah por el rabillo del ojo y se dio cuenta de que tenía problemas para cortar el pollo. Había dejado el tenedor para usar el cuchillo, pero con una sola mano no podía sujetarlo… y de repente sus ojos se llenaron de lágrimas. Tal vez tenía razones para estar malhumorado. La vida para él consistía en aprender a manejarse como un amputado. Incluso algo tan sencillo como cortar un trozo de pollo era un reto. Pero resultaba fácil olvidar eso porque era un hombre tan orgulloso, tan decidido…

Y estaba segura de que lo último que deseaba era su compasión. ¿Cómo podía ayudarlo sin hacer que se sintiera humillado?

–¿Quieres que te ayude? –le preguntó directamente.

Todos se quedaron en silencio. Lily deseó que Jen o Andrew dijesen algo, pero todos la miraban como si hubiera cometido un pecado.

–No hace falta –contestó él–. No soy un niño pequeño.

Era la respuesta que había esperado. Y, sin embargo, negar lo evidente era absurdo.

–Ya sé que no eres un niño pequeño. E imagino que todo será más fácil con una prótesis. Hasta entonces, no es ninguna vergüenza pedir ayuda de vez en cuando.

Noah dejó el tenedor sobre el plato y la fulminó con la mirada.

–Te lo digo otra vez: no recuerdo haber pedido tu ayuda.

–No hace falta que la pidas si alguien te la ofrece.

La mirada que Noah lanzó sobre ella era tan complicada de descifrar que Lily tragó saliva. Parecía asombrado ante su insistencia, pero también agradecido, enfadado y vulnerable a la vez.

Sin decir nada, empujó el plato hacia ella y, en silencio, Lily cortó el pollo antes de devolvérselo para seguir comiendo como si no hubiera pasado nada.

–Gracias –dijo Noah en voz baja.

Andrew y Jen empezaron a hablar sobre cosas del rancho y la cena continuó, pero Lily no podía dejar de recordar esa mirada.

Después de cenar, Noah y Andrew salieron al patio a tomar el café mientras Jen y ella limpiaban la cocina. Pero mientras lo hacía no podía dejar de mirar por la ventana. Noah era un poco más alto que su hermano, sus anchos hombros acentuados por la estrecha camisa. Se le encogió el estómago al recordar cómo la había mirado cuando le ofreció su ayuda…

–Andrew se alegra mucho de que Noah haya venido a casa a recuperarse –suspiró Jen, mientras limpiaba la encimera–. No sabíamos si lo haría.

–¿Por qué no? Ésta es su casa –dijo Lily.

–Pero es muy cabezota. Y en eso los dos hermanos son iguales. Noah es muy independiente y no soporta que tengan que ayudarlo en nada… gracias por lo de hoy, Lily.

–No tienes que darme las gracias.

–Pero estás de vacaciones –le recordó Jen.

–Ya sabes que en esta época no tengo mucho que hacer, así que podría echarle una mano de vez en cuando.

Su amiga la miró, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Ya me imagino.

–¿Qué significa eso?

–Nada, que tú eres así… siempre estás dispuesta a cuidar de la gente.

Lily asintió con la cabeza. En realidad, siempre había sido así. Cuando era pequeña, sus toques personales eran lo único que hacía soportable su casa. Muchas veces ella parecía la adulta y su madre la niña. Y, como resultado, había madurado muy pronto.

–Es posible, pero no creo que Noah quiera que lo envuelvan entre algodones –Lily se apoyó en la encimera mientras se secaba las manos con un paño–. Sólo me ha dejado arreglar un poco la casa si aceptaba que me pagase por ello.

–Ya te he dicho que es un cabezota.

–Pero, por supuesto, no tengo la menor intención de aceptar el dinero.

–Ya lo sé –sonrió Jen–. Deberíamos haber contratado a una persona, pero no es eso lo que Noah necesita.

Lily se volvió hacia la ventana para mirar a los dos hombres, que charlaban mientras tomaban el café.

–Sí, claro –murmuró. Lo imaginaba intentando quitarse las botas, por ejemplo, tan decidido a hacer las cosas por sí solo–. Lo que necesita es un amigo.

–Pues no podría haber encontrado uno mejor que tú. Eso lo sé muy bien.

Las cariñosas palabras de su amiga emocionaron a Lily, que intentó apartar de sí la tristeza que había resucitado aquel día.

–Por lo menos no tendrás que preocuparte de que haya un romance entre nosotros. Recuerda que yo no salgo con vaqueros… ni con soldados.

Lily le había dicho una vez que los vaqueros le parecían insoportables y el comentario se había convertido en una broma entre ellas.

Pero, mirando a Noah ahora, se daba cuenta de que no era verdad. Había algo en él que llamaba su atención, que la atraía.

Jen soltó una carcajada.

–¿Noah y tú? Ni se me había pasado por la cabeza. Sois las dos personas más testarudas que conozco y sería como mezclar aceite y agua. Además, lo de Noah es temporal. Una vez que se haya recuperado empezará a hacer planes para el futuro –dijo su amiga–. Pero me alegro mucho de que esté aquí porque Andrew necesita ayuda en el rancho. Además, le hace mucha ilusión que sea testigo en la boda.

Noah y Andrew estaban riendo en ese momento y Lily sintió algo al escuchar esa risa. No sabía qué, una sensación de estar donde debía estar, de pertenecer a un grupo.

Pero Jen tenía razón, eran como el agua y el aceite. Además, ella no estaba buscando una relación sentimental.

–Bueno, parece que tú sabes cómo tratarlo –siguió Jen–. Creo que Noah ha aceptado que ahora es un hombre diferente y, aunque no lo diga, se alegra de tenerte cerca.

Sólo iban a ser unas semanas, pensó Lily. Y podía ser práctica durante ese tiempo, por supuesto.

Noah sujetó la cuerda que sujetaba la bala de heno y la levantó, apoyándola en la cadera. Pero era tan pesada que tuvo que dar un par de pasos atrás. Estaba sudando, no por el peso de la bala sino porque no era fácil mantener el equilibrio, pero una vez que la tuvo bien sujeta se dirigió hacia la cerca.

Trabajar para Andrew era un placer y un fastidio a la vez, pensó, mientras cortaba la cuerda y distribuía el heno entre los caballos que esperaban frente a la cerca, impacientes, deteniéndose un momento para acariciar el cuello de un viejo percherón.

Admiraba lo que hacía su hermano en aquel rancho que era, además, un refugio para caballos viejos. Si no hubiera apoyado su idea tal vez no le habría vendido su parte el año anterior.

Pero había pensado que estaría en el ejército para siempre. Jamás anticipó que volvería allí y menos como peón de su hermano. Aunque sólo era una cosa temporal hasta que se acostumbrase a la nueva situación y pudiese volver al servicio activo. Por el momento lo mantenía ocupado y en forma, dos cosas que acelerarían su recuperación.

Además, era muy agradable trabajar al aire libre, sintiendo el sol y la brisa en la cara. Eso era tan curativo como las interminables rondas de terapia y las consultas con los médicos. Él odiaba esas consultas y las interminables preguntas sobre cómo había perdido el brazo… era como si esperasen que se derrumbara en cualquier momento. Había cometido un error, eso era todo. Aunque a menudo se enfurecía, le daba las gracias a Dios todos los días por haber sido él quien sufrió las consecuencias. Había sido un error, pero era su error y sólo él había pagado por ello.

Pero no era así como lo veía la gente. Incluso Andrew y Jen. También ellos veían la amputación antes que al hombre.

Recordó entonces a Lily ofreciéndose a cortar el pollo esa primera noche. Ella no lo trataba con guantes de seda. Y tal vez por eso se había sorprendido a sí mismo contándole cosas que no le había contado a nadie más.

No sabía qué le depararía el futuro, pero sí sabía que moriría detrás de un escritorio porque no podría volver al servicio activo. Sería absurdo negar que sus habilidades estaban restringidas por la discapacidad.

«Discapacidad», odiaba esa palabra. Minusválido, tullido, amputado. Las había oído todas y no aceptaba ninguna. Y, sin embargo, no podía describirse de otra forma.

Pero sobre todo, odiaba necesitar ayuda. Mientras volvía al establo suspiró, pasándose la mano por el bíceps derecho, la única parte del brazo que conservaba. Poco tiempo atrás había sido un capitán al mando de un regimiento… y de ahí a que alguien tuviera que cortarle un filete de pollo porque él no podía hacerlo. Furioso, pateó un cubo de plástico que había en el suelo…

–¿Un día duro? –oyó la voz de Lily tras él.

–¿Qué haces aquí?

Lily estaba muy guapa con un vestido de algodón ajustado en la cintura. Los tirantes que lo sujetaban dejaban al descubierto sus hombros dorados y la brisa movía la falda, llamando la atención de Noah hacia sus piernas desnudas y sus sandalias. Llevaba las uñas de los pies pintadas de color rojo.

–Vas a tener que esforzarte un poco con tus buenas maneras.

–Es que me has pillado por sorpresa otra vez. Tienes por costumbre hacer eso.

–No hay ninguna razón para matar al mensajero.

Noah, sin poder evitarlo, soltó una carcajada. Lily era la viva imagen de la feminidad y durante unos segundos respondió como lo hacía un hombre frente a una mujer guapa.

–Veo que hoy te has puesto una camiseta.

Sí, estaba claro que siempre decía lo que pensaba. Pero Noah se negó a mirar el espacio vacío a su lado, mirándola a ella en cambio. Habría visto el muñón tarde o temprano, de modo que daba igual.

–Hace demasiado calor para ponerme una camisa de manga larga.

–Y entonces eso es… –Lily señaló el pedazo de tela que cubría el final del brazo.

–Se usa para tapar el muñón –dijo Noah–. Protege la piel y… bueno, queda mejor.

Hablaba de su brazo como si fuera una entidad separada de él, pensó Lily. Bueno, tal vez lo era. Debía ser muy difícil asimilar que uno ha perdido un miembro.

–¿Te duele?

La pregunta, tan directa como ella, no lo sorprendió. Decía las cosas como las pensaba y, sin embargo, con una comprensión y una compasión que hacían imposible sentir resentimiento.

–A veces –admitió Noah–. Pero es un dolor fantasma, así lo llaman los

médicos.

En realidad, no podía creer que le hubiera contado tantas cosas. ¿Qué tenía aquella chica que hacía que le desnudase su corazón? Debería tener cuidado, pensó.

–Jen y yo hemos ido de compras esta tarde. Hemos comprado la tela para el vestido de novia.

–Ah, me alegro.

Noah se encontró mirándola a los ojos otra vez. Nunca había conocido a una mujer tan directa como ella y eso, combinado con una potente feminidad, parecía un peligro.

Pero era absurdo. Aunque estuviera interesado, que no lo estaba, curioso sería una mejor manera de describirlo, ¿qué mujer querría a un hombre como él? Tal vez «tullido» sería un adjetivo mejor. Tenía cicatrices suficientes para demostrarlo, las veía todos los días frente al espejo.

–Debería volver a trabajar. –Ah, sí, claro –Lily lo miró, con el ceño fruncido, y Noah sintió el deseo de tocar su frente con un dedo…

Oh, sí, Lily Germaine podía ser una mujer muy peligrosa si quería serlo. Afortunadamente, no estaba a su alcance.

–Noah, espera –lo llamó Lily antes de darse la vuelta.

Estaba claro que se sentía incómodo y si iban a tener que ir juntos a la boda por lo menos deberían llegar a un acuerdo. Soportar la ceremonia sería difícil sin, además, estar molesta con él.

–¿Qué?

–No quiero que nos llevemos mal.

–No nos llevamos mal.

–Quiero decir que… no quiero que estés tan tenso.

Noah sonrió.

–Las cosas son así. Ahora, todo en mi vida es diferente a como era antes.

–¿Lo ves? No sé qué significa eso, de modo que no sé cómo responder.

–Pues parece que «responder» se te da muy bien –dijo él, irónico.

–Porque pareces la clase de hombre que agradece que los demás sean sinceros –replicó Lily.

–Así es –dijo Noah, levantando una ceja–. Pero en el ejército no me gustaba nada la insubordinación.

Ella soltó una carcajada. Estaba intentando provocarla, pero no podía dejar de mirar ese ancho torso bajo la camiseta o las arruguitas que tenía

alrededor de los ojos.

–¿Lo echas de menos? –le preguntó–. Me refiero a darle órdenes a todo el mundo. Imagino que debe ser muy diferente trabajar para Andrew.

–Estaba tan acostumbrado a dar órdenes como a recibirlas. Después de todo, sólo era capitán. Y Andrew no me molesta demasiado. Además, mi hermano se ha encargado de que tuviera todo lo que necesitaba antes de volver a Canadá.

–¿Desde Afganistán?

–No, desde Alemania. Allí es donde estuve recuperándome.

–Pero Andrew no fue a verte, ¿verdad?

Lily imaginaba lo horrible que sería recibir ese tipo de llamada. ¿Correría ella al lado de su madre? Sospechaba que sí y, por primera vez en mucho tiempo, se preguntó qué clase de vida viviría Jasmine.

–Y me alegro de que no fuera.

–¿Por qué? Imagino que querrías tener a tu familia a tu lado…

De repente la expresión de Noah se oscureció, como si no la conociera de nada.

–Sólo le piden a la familia que acuda si el soldado está en peligro de muerte, así que me alegro de que Andrew no tuviera que ir a Alemania.

Lily se sintió como una tonta. Había tantas cosas sobre Noah que no sabía y no entendía.

–Me gustaría ayudarte, de verdad. Aunque sólo sea pasar la aspiradora o llevarte a algún sitio en el coche. ¿Para qué vas a molestar a Jen y Andrew cuando yo tengo tanto tiempo libre?

–No necesito una enfermera, gracias –respondió él, dándose la vuelta–. Y pronto me traerán una camioneta.

–¡Yo no he dicho que quiera ser tu enfermera! ¿Por qué insistes en rechazar mi ayuda?

–Porque necesito aprender a hacer las cosas por mi cuenta.

–Pero no tienes que hacerlo todo de una vez, ¿no?

Noah tomó un bocado de un clavo en la pared y se lo colgó al cuello antes de volver al corral, silbando para llamar a Pixie. Y la yegua se acercó trotando.

–¿No tienes nada mejor que hacer?

Lily lo miró, sorprendida, mientras abría la cerca y, con una sola mano, conseguía ponerle el bocado al animal. Había tardado apenas unos segundos más que si tuviera dos manos.

–¿Cuánto dinero gana una profesora al mes? Si necesitas dinero…

–No necesito dinero, muchas gracias.

–¿Entonces qué quieres? ¿Te doy pena?

–Por favor… es imposible que tú le des pena a nadie.

–Mejor –murmuró él, tirando de las bridas para llevar a la yegua a la zona veterinaria del establo.

–A lo mejor es una manera de darte las gracias.

–¿Por qué?

Qué hombre tan insoportable. ¿Por qué no podía aceptar su ayuda sin pedirle explicaciones? Explicaciones que no podía darle, además. ¿Tendría razón? ¿Necesitaba algo que hacer?

Entonces recordó las palabras de Jen: que siempre cuidaba de todo el mundo. Y era verdad. Tal vez porque así no tenía que ver lo solitaria que era su vida y… y maldito fuera Noah Laramie por hacer que lo recordase.

–Por servir a tu país.

Noah soltó una carcajada.

–Ya, claro. Mira, déjalo, no te molestes. Estas cosas pasan. Nos pilló por sorpresa un ataque de la insurgencia y yo tuve la mala suerte de resultar herido.

Eso despertaba más preguntas que respuestas, pero Lily decidió que no serviría de nada preguntar.

–¿No crees que lo que hiciste es algo extraordinario?

–¿Sabes lo que creo, Lily? Creo que has decidido ayudarme porque estás aburrida. En verano no tienes nada que hacer y has decidido convertirme en tu proyecto estival.

Lily empezó a echar humo por las orejas, en parte porque el comentario era una insolencia y en parte porque en cierto modo era verdad.

–¿Quieres saber lo que descubrí cuando me vine a vivir a Larch Valley? Que los vecinos se ayudaban unos a otros. Es una cosa asombrosa. Cuando alguien necesita que le echen una mano siempre hay alguien dispuesto a hacerlo. ¿Cómo crees que tu hermano pudo levantar el rancho? Y yo ayudé a Jen a renovar la panadería. Si pagándome te sientes más tranquilo, muy bien, no quiero herir tu orgullo masculino.

Noah siguió tirando de la yegua.

–Ya, claro.

–Además, ¿se te ha ocurrido que tienes que ir a probarte el esmoquin? ¿Los zapatos? ¿Que tienes deberes como testigo? ¿Qué pasa con la despedida de soltero, quién la va a organizar?

–¿Qué?

–Ah, veo que no lo habías pensado. ¿Crees que yo quiero ir a la boda con alguien que lleve camiseta y vaqueros? Porque tenemos que entrar juntos en la iglesia, tenemos que sentarnos juntos en la mesa…

Noah apretó los dientes, enfadado. Bueno, pues mejor, pensó ella. –¿Crees que eso es lo que quieren Andrew y Jen? –insistió Lily. –Andrew dice estar encantado de que haya vuelto a casa para la boda. –Y Jen está organizando la boda. ¿Tú sabes lo que una boda significa para una mujer?

–Sí, claro…

–Todo –lo interrumpió Lily, con un nudo en el estómago, recordando el vestido que colgaba en su armario. Nunca había tenido corazón para librarse de él–. Una mujer quiere que el día de su boda sea un cuento de hadas, que sea todo lo que siempre ha soñado…

–¿Es por eso por lo que el otro día no dijiste nada durante la cena? Porque me di cuenta de que reaccionabas de una manera extraña –Noah se detuvo para mirarla.

–Jen es mi amiga –dijo Lily, tragando saliva–. Y haría cualquier cosa por ella, incluso perder el tiempo discutiendo con alguien tan cabezota como tú. Lo considero parte de mis deberes como dama de honor.

–Te lo advierto, yo no soy una compañía muy agradable –dijo Noah entonces.

–Cuéntame algo que no sepa.

–Lo digo en serio.

–Yo también. Pero Jen y Andrew son mis amigos… más que eso, son como una familia para mí. ¿No es más lógico que tú y yo intentemos ser amigos también?

Ser amigos no exigía compromiso alguno, ¿verdad?

Pero Noah no dijo nada y Pixie, cansada de esperar, tiró del bocado, haciendo que perdiese el equilibrio. Lily lo agarró del brazo con una mano mientras con la otra intentaba agarrarlo de la camiseta… y acabaron chocando.

Sus pechos aplastados contra el torso masculino, sintió que no podía respirar. Noah tenía los ojos clavados en ella y en ellos había un brillo que no había visto antes. Por un momento casi le pareció que iba a inclinarse para besarla, pero un segundo después dio un paso atrás.

–Amigos –repitió, aunque Lily detectó una nota de escepticismo en su voz–. Ya veremos.

Luego se alejó, con Pixie tras él, dejando a Lily sin nada que hacer más que observar su retirada.

CAPÍTULO 3

LILY detuvo el coche frente a la casa de Noah y tocó el claxon para avisarle de que estaba allí.

Unos segundos después, Noah salió con una bolsa al hombro y unas gafas de sol. Los vaqueros eran nuevos pero gastados, como tenían que ser unos vaqueros. A pesar del calor, llevaba una camiseta de manga larga de color marrón, la manga derecha sujeta con un imperdible.

Afortunadamente, sólo tenían la boda y las vacaciones de verano para verse. Después de eso volvería al colegio y se concentraría en lo suyo: en trabajar, en la rutina diaria.

–Gracias por venir a buscarme –dijo Noah, sentándose en el asiento del pasajero.

Lily sonrió al ver que tenía que encoger las piernas.

–Puedes echar el asiento hacia atrás, si quieres.

Noah dejó escapar un suspiro de alivio cuando consiguió hacerlo y estirar un poco las piernas.

–No es un coche grande, no.

Parecía de mejor humor esa mañana, pensó Lily.

–A mí me viene bien. Es práctico y económico.

Noah alargó el brazo izquierdo para cerrar la puerta del coche, pero sólo lo logró al segundo intento, dejando escapar un gruñido. Y su buen humor pareció disiparse de inmediato.

–Y tú eres una chica práctica, ¿no?

Lily se enorgullecía de serlo y, sin embargo, por su tono parecía una crítica, no un cumplido.

–Intento serlo –murmuró mientras arrancaba.

–Pues es algo inesperado. Eres tan…

–¿Tan qué? –le preguntó ella, con el corazón acelerado. Debería darle igual lo que Noah pensara de ella y, sin embargo, le importaba. Tal vez porque, a pesar de que lo conocía muy poco, intuía en él un carácter de hierro y una gran disciplina. El mal humor era comprensible en sus circunstancias y le daba igual gustarle o no, pero quería contar con su respeto.

–Da igual –suspiró Noah.

–No, quiero que me lo digas.

Lily siempre había estado a la sombra de su madre y todo el mundo esperaba que fuese como ella. Jasmine Germaine era una mujer etérea, hermosa, que nunca había sentido la necesidad de echar raíces en ninguna parte. Cuando era niña se habían mudado de ciudad más veces de las que quería recordar, siempre diciendo que les esperaba algo mejor… mientras lo único que ella quería era un poco de estabilidad, dormir en el mismo

dormitorio, ir al mismo colegio, tener los mismos amigos.

Pero su madre era una persona muy popular, muy querida, una mariposa hermosa y frágil siempre con un guapo hombre del brazo. Y ella siempre parecía volverse invisible cuando su madre estaba cerca.
–Sólo iba a decir… que eres muy guapa. Y que me gusta tu nombre. Lily miró la carretera, notando que le ardían las mejillas. ¿Noah pensaba que era guapa? Pero ella no era guapa, ésa era su madre. Ella era práctica, sensata.

–No te gusta que te digan cosas bonitas.

–No estoy acostumbrada a que me digan guapa.

–¿Ah, no?
–No, más bien suelen decir cosas como que resulta práctico tenerme cerca.
–Bueno, eso también –sonrió Noah. ¿Estaba tonteando con ella? De repente, Lily sintió algo en su interior, como una burbuja de felicidad. ¿Noah Laramie era capaz de flirtear con una mujer?

–¿Y a cuál prefieres tú, a la guapa o a la práctica?

¡Estaba tonteando con él! Cuando Noah estaba cerca parecía olvidar el sentido común. El aire en el interior del coche pareció cargarse de tensión. –No sabía que tuviera que ser la una o la otra. ¿Y que más da lo que yo prefiera? –No importa, es verdad –murmuró ella sin apartar los ojos de la carretera. –Se pueden ser las dos cosas, ¿sabes? Una no excluye a la otra.

Lily dejó escapar el aliento que estaba conteniendo e intentó sonreír. No quería que la juzgasen por su aspecto físico, pero saber que la encontraba atractiva la hacía sentir… alegre.

–Gracias por el cumplido.

–¿Lily? –murmuró Noah unos minutos después.

–¿Sí?

–¿Qué quieres que vea cuanto te miro?

De repente, notó que le sudaban las manos en el volante. ¿Qué quería de Noah?, se preguntó. Nada. No quería tener nada que ver con él. La amistad era más que suficiente. Le parecía una buena persona en una situación difícil, pero cualquier otra cosa… no, era absurdo. Ella prefería una vida ordenada y sin complicaciones.

–La mejor amiga de tu futura cuñada –respondió por fin, antes de encender la radio–. ¿Qué pasa, por qué sonríes?

Noah cerró los ojos.

–La verdad es que me haces sonreír.

El peso que parecía haber caído sobre la conversación se disipó como una fina niebla y Lily no pudo evitar una sonrisa.

–¿Y eso es bueno?

–Muy bueno –respondió Noah–. Yo soy un poco reservado y taciturno, pero tú evitas que piense demasiado en mis cosas.

–¿Y en qué cosas piensas?

–Bueno, ya sabes… cómo hacerme el desayuno, qué camisa debo ponerme.

–En otras palabras, que me meta en mis asuntos –dijo Lily, mientras adelantaba a un camión.

–No, no he dicho eso. Es que pensar ciertas cosas no resuelve nada –murmuró Noah.

–¿Estás cansado?

–Un poco. Anoche no dormí bien.

–¿Por qué?

–Porque no dejaba de pensar.

Lily se había preguntado a menudo si le dolería el brazo y ahora lo imaginaba despierto a medianoche, pensando. Se preguntaba si temería la consulta con el médico, si los recuerdos del combate lo mantendrían despierto mientras el resto de Larch Valley dormía.

Y se preguntó también si pensaría en ella alguna vez.

–¿Estás preocupado por lo de hoy?

Noah se encogió de hombros.

–No.

–¿Qué llevas en la bolsa?

–Papeles –respondió él–. En el ejército siempre hay que rellenar millones de papeles.

–¿Para pedir la baja?

–Ah, cuántas preguntas –suspiró Noah, irritado.

–Estamos encerrados en un coche, no creo que puedas escapar.

Eso al menos lo hizo sonreír.

–Siempre podría negarme a contestar.

–Pero no vas a hacerlo porque…

Estaba bromeando, pero cuando giró la cabeza para mirarla el ambiente dentro del coche se volvió sombrío.

–No lo sé –contestó Noah bruscamente–. No hablo con nadie de esto a menos que no tenga más remedio.

Lily no sabía qué pensar de esa confidencia. Y, sin embargo, quería

conocer al auténtico Noah.

–A lo mejor es más fácil conmigo porque no me conoces –sugirió.

–Tal vez –asintió él, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento–. En cualquier caso, no voy a pedir la baja del servicio. Es sólo una baja temporal.

Lily no había creído que quisiera seguir en el ejército. De hecho, no había visto ni un uniforme en su casa.

–Parece que no saben qué hacer contigo.

–Es posible –sonrió Noah–. Por el momento me pagan para que me ponga mejor, es un poco ridículo.

–¿Por qué? Caíste herido mientras hacías tu trabajo, lo lógico es que financien tu recuperación.

–Sí, imagino que sí.

–¿Entonces hoy…?

–Siguiendo órdenes del médico, tengo que hablar con el psicólogo y ver al fisioterapeuta en caso de que sufra algún trauma.

El Noah que ella conocía no parecía traumatizado, pero tal vez estaba escondiéndolo. O tal era una impresión equivocada.

No sería la primera vez que se equivocaba con un hombre. Curtis había resultado ser una persona totalmente diferente a la que ella creía. No tan fuerte como pensaba, para empezar. Ni tan comprometido con ella.

Pero intentó apartar de sí tan amargo recuerdo y concentrarse en el presente. Además de ir al médico, tenía que acompañar a Noah a probarse el esmoquin.

–Yo creo que lo más traumático será lo que tienes que hacer después de ir al médico.

–Sí, podría ser –asintió él, deslizándose un poco más en el asiento y cerrando los ojos.

Unos minutos después, Lily comprobó que se había dormido. Y debía tener cuidado porque Noah Laramie empezaba a gustarle mucho. Demasiado.

Lily se entretuvo leyendo una novela y tomando un café mientras esperaba en la consulta del fisioterapeuta, en la del psiquiatra, en la farmacia y en el ministerio, donde Noah tenía que solucionar cuestiones administrativas. Era media tarde cuando llegaron a la tienda de alquiler de esmóquines.

–¿No podemos hacer esto otro día? –le preguntó.

–Eso significaría otro viaje a la ciudad y prefiero hacerlo todo de una vez. Además, si no lo hago Jen me recordará el poco tiempo que queda

para la boda.

–Espero que no tardemos mucho –murmuró Noah, sin disimular su malhumor.

Lily cerró la puerta del coche y se dirigió a la puerta de la tienda.

–Hemos venido a alquilar un esmoquin –le dijo al dependiente.

–Ah, entonces habrá que tomar medidas –sonrió el hombre.

Noah y Lily lo siguieron hasta la parte trasera de la tienda, pero Lily lo vio vacilar cuando iba a medir el brazo de Noah.

–Perdone… –carraspeó, cortado–. No sé bien cómo…

–¿Algún problema? –lo retó Noah.

Lily auguró tormenta. Noah había tenido que aguantar a gente tocándolo, analizándolo y haciendo preguntas todo el día y tal vez ir a tomar medidas para un esmoquin no había sido la mejor idea. Estaba cansado y frustrado.

–No, es que no quiero hacerle daño –explicó el dependiente.

–Noah… –intervino ella, poniendo una mano en su brazo–. No pasa nada.

–Maldita sea… ya te dije que no quería venir aquí.

–¿Entonces por qué no te pones el uniforme de gala?

Noah sostuvo su mirada.

–Porque a partir de este momento no soy el capitán Laramie, soy el hermano del novio.

–¿Quiere que le tome las medidas?

Lily pensó que tal vez lo mejor sería que las tomase ella. El dependiente podría tomar nota y así Noah podría dejar de fulminarlo con la mirada.

–Lo haré yo –suspiró–. O lo haremos juntos, ¿de acuerdo? Alguien tiene que tomar las medidas.

Aparte de esa tarde, cuando acabaron pegados el uno al otro, habían evitado tocarse. Y, de repente, la idea de hacerlo le pareció demasiado íntima. Pero ya no podía echarse atrás.

–Muy bien, hazlo tú –asintió Noah por fin.

–Se me da bien coser, así que entiendo algo de esto –intentó sonreír Lily.

Intentaba hacerlo sin pensar en nada, pero tuvo que contener el aliento un momento al rozar el botón de los vaqueros.

Aquello no era lo que quería cuando se dijo a sí misma que debía alejarse de Noah Laramie.

–Tengo que medirte el pecho –murmuró, colocando la cinta bajo sus brazos y rozando su bíceps derecho sin darse cuenta. ¿Le habría hecho

daño? ¿Le resultaría raro mover esa parte del brazo sin tener el resto?

–Bueno, sólo queda el tiro del pantalón –dijo el dependiente, sin darse cuenta de lo que estaba pasando entre Noah y Lily–. Pero debe llevar los zapatos adecuados para eso. No queremos que el bajo quede demasiado corto o largo. ¿Qué número de pie usa, un cuarenta y cinco?

Noah asintió con la cabeza y el hombre se dirigió a la trastienda.

–Lily…

–Hay un banco ahí. ¿Por qué no te sientas para quitarte las botas? –lo interrumpió ella, más afectada de lo que querría admitir.

Él vaciló durante un segundo, pero al final se dejó caer sobre el banco y empujó la bota derecha con la punta del pie izquierdo. Quitarse la otra bota resultaba más difícil y, al final, Lily se inclinó para tirar del talón.

–Odio esto –admitió Noah en voz baja.

Y a ella se le saltaron las lágrimas. Un Noah malhumorado era un reto, pero un Noah vulnerable le rompía el corazón. Casi prefería al cabezota irascible que no quería saber nada de ella. Así era más fácil mantener las distancias.

El dependiente volvió con una caja de zapatos y Lily los dejó en el suelo, frente a él, antes de volverse hacia el hombre para hablar sobre el estilo del esmoquin que querían alquilar.

Cuando se volvió, las mejillas de Noah se habían oscurecido. Se había puesto los zapatos, pero no podía atarse los cordones.

–¡Maldita sea! –explotó por fin.

–¿Nos deja solos un momento? –murmuró Lily.

El dependiente asintió con la cabeza mientras se alejaba discretamente.

–Noah…

–¡No! –la interrumpió él–. No te atrevas a decir que es comprensible o algo parecido, no lo soportaría.

Lily iba a decir eso exactamente: que lo entendía, que poco a poco iría acostumbrándose, que era comprensible que se sintiera tan frustrado.

–Muy bien.

Esperó unos minutos hasta que el enfado de Noah se disipó y, por fin, levantó la cabeza.

–Lo siento.

–No tienes que disculparte –dijo ella, sentándose a su lado–. Tienes derecho a sentirte así.

–¿Inútil? ¿Está bien que me sienta inútil?

–¿Cómo voy a contestar a eso sin decir todas las cosas que me has prohibido decir?

Noah tuvo que sonreír.

–Sí, es verdad.

–Mira, casi hemos terminado. ¿Por qué no dejas que te ate los cordones de los zapatos por una vez?

–Porque tengo que hacerlo yo solo.

–¿Por qué?

–Porque sí, ¿de acuerdo?

–¿Esto tiene algo que ver con tu orgullo masculino? –intentó sonreír Lily.

–Sí –contestó él, con toda sinceridad.

Había algo en el aire, entre ellos, y Lily fue la primera en apartar la mirada.

–Podemos discutirlo más tarde. Ahora mismo el dependiente se estará peguntando qué demonios pasa aquí. ¿Puedo atarte los cordones de los zapatos, por favor?

Noah asintió con la cabeza pero, mientras Lily ataba lo cordones de sus zapatos, él miraba hacia la pared, como si no estuviera allí.

Y ella sintió que se le encogía el corazón. Era tan orgulloso…

Sabía que lo pasaba muy mal cada vez que intentaba hacer algo y no podía. Y, aunque la terapia le enseñaría trucos para manejarse con las tareas diarias, aún tenía mucho camino por recorrer.

Después de atarle los cordones llamó al dependiente para seguir tomando medidas, pero cuando colocó la cinta entre sus piernas se dio cuenta de lo que estaba midiendo y se puso colorada.

–Tal vez usted podría hacer esto –sugirió.

–Sí, claro –murmuró el hombre, tomando la cinta métrica.

Cuando miró a Noah vio que estaba sonriendo. Lo sabía. Sabía por qué le había pedido al dependiente que tomase esas medidas y estaba riéndose de ella. Y tuvo que sonreír también.

–Bueno, ya está –dijo el hombre–. Vamos a probar un par de estilos diferentes, si les parece. ¿Qué colores de chaleco y corbata?

–No lo sé…

–Blanco –contestó Lily–. ¿Lo ves? Por eso tenía que venir contigo. Tú no tienes ni idea.

–Oye, que durante los últimos años he llevado siempre el mismo vestuario –replicó él. Los dos se daban cuenta de que el dependiente aguzaba el oído para escuchar la conversación–. Es lo que pasa cuando uno está en la cárcel –dijo Noah entonces, levantando la voz.

Lily tuvo que morderse los labios para controlar la risa. Esa broma la había pillado absolutamente por sorpresa.

–Ahora estará preguntándose por qué me metieron en la cárcel y cómo perdí el brazo –susurró Noah.

–Cállate ya…

–Ha sido un día muy difícil y no quiero enfadarme. Lo siento, Lily. Siento mucho haberte gritado y siento haber perdido la paciencia –dijo Noah entonces–. A lo mejor necesito reírme más, pero es que siempre he sido un soldado… y es difícil volver a la vida civil en estas circunstancias.

–Ah, aquí lo tengo –anunció el dependiente entonces–. Una chaqueta de cuatro botones, chaleco y corbata blanca.

Noah alargó la mano para quitar el imperdible de la manga de la camiseta, pero no era capaz de hacerlo y, después de media docena de intentos, dejó escapar un suspiro.

Y esta vez Lily no se molestó en preguntar. Estaba cansado y tenían que terminar con aquello lo antes posible, de modo que ella misma abrió el imperdible sin pedirle permiso.

–Esto de los imperdibles y los alfileres se me da de maravilla –sonrió, aunque le temblaban un poco los dedos–. Y haremos lo mismo el día de la boda.

–No hará falta.

–¿Cómo que no? Soy la dama de honor y lo considero una de mis obligaciones. –No, lo que quiero decir es que podré hacerlo yo solo. Lily arrugó el ceño. A pesar de todo, Noah no pare

cía aceptar que necesitaba su ayuda. –Salgo enseguida –murmuró luego, entrando en uno de los probadores.

Tardó un poquito más de lo que habría tardado un hombre con dos brazos, pero cuando por fin salió del probador Lily se quedó sorprendida.

Estaba guapísimo y un poco despeinado después de quitarse la camiseta. Su bronceado destacaba el blanco de la camisa que había conseguido abrochar hasta el segundo botón. No había podido abrocharse los del chaleco y tenía un aspecto muy sexy, como un hombre al final de una fiesta.

–La corbata –murmuró Lily–. El toque final es la corbata.

Mientras se la ponía al cuello pensó que aquello era algo que una novia o una esposa deberían hacer, no una persona que apenas lo conocía. Lo vio tragar saliva, su nuez subiendo y bajando, mientras intentaba hacer un nudo Windsor, recordando con tristeza haber hecho lo mismo por Curtis.

Era tan joven entonces, tan ingenua, tan segura de que todo iba a salir como ella había planeado.

Claro que seguramente Noah también tenía sus sueños. ¿Cuántos de ellos se habrían ido por la ventana tras perder el brazo?

–Andrew te ayudará el día de la boda. Tengo menos experiencia con nudos de corbata que con alfileres.

Notó entonces que aquel día no se había cortado afeitándose. Bueno, era un progreso.

Lily puso las manos en las solapas de la chaqueta y tiró de ellas para abrocharla. El esmoquin de Andrew era similar y sabía que los dos estarían muy guapos uno al lado del otro frente al altar.

Frente al altar.

Lily tragó saliva. Últimamente parecía haber recordatorios de aquel día horrible en todas partes. Tal vez era mejor que faltase poco para la boda, así todo terminaría pronto y podría volver a su vida normal.

Suspirando, dio un paso atrás para mirarlo. La manga estaría sujeta el día de la boda y ella caminaría a su lado con el vestido rosa que ya había empezado a cortar. Ella nunca iría de blanco. No porque tuviese nada en contra del matrimonio, sencillamente no había tenido la suerte que habían tenido Andrew y Jen.

–Estás muy guapo –le dijo.

–¿Aunque no sea mi uniforme de gala?

Lily dio otro paso atrás para poner un poco más de distancia entre ellos. Casi desearía que lo llevase, así le parecería más un extraño.

Pero tenía que ignorar la atracción que sentía por él, eso era todo, una simple atracción. Tal vez un poco de curiosidad, pero nada más.

–Se puede sacar al hombre del uniforme, pero no al revés.

–Quitármelo no fue mi decisión –dijo Noah, volviéndose hacia el probador–. Nada de esto ha sido decisión mía, Lily. Mi error seguramente, pero no mi decisión. No lo olvides.

Ella miró la puerta cerrada del probador durante unos segundos. ¿Qué había querido decir con eso? No parecía estar hablando del accidente sino de la situación actual, de ella. Y debería alegrarse de que la rechazara. Tener una relación con Noah sería un error.

Pero le dolió de todas formas y se dio la vuelta para disimular que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

CAPÍTULO 4

NOAH pasó unos minutos frustrantes mientras intentaba volver a poner el imperdible en la manga de la camiseta y soltó una palabrota cuando se le escapó de los dedos y cayó al suelo. No tenía por qué hacerlo solo, podía pedirle a Lily que lo hiciese por él…

Pero Lily ya había hecho más que suficiente por un día.

Cuando salió del probador, con la manga sujeta por el imperdible, Lily se acercó con una sonrisa.

Se había sentido tan impotente, tan inútil cuando no pudo atarse los cordones de los zapatos… lo peor que le podía pasar a uno cuando intentaba impresionar a una mujer. Y estaba intentando impresionarla, se dio cuenta.

No sabía cuándo o por qué su opinión había empezado a importarle tanto, pero así era.

–Si no le importa firmar aquí… tiene que dejar un depósito –dijo el dependiente, con un papel en la mano.

Noah siguió al hombre hasta el mostrador y sacó la tarjeta de crédito. Seguramente había sido muy antipático con él, pero no estaba acostumbrado a que los ojos de alguien fuesen de manera automática a su brazo. Y tampoco estaba acostumbrado a mostrarse absolutamente inepto en público.

Pero tampoco estaba acostumbrado a los ojos de Lily, ni al roce de sus manos. El calor sus dedos mientras le tomaba medidas lo había hecho sentir más como un hombre de lo que se había sentido en muchas semanas. Lo cual era una tontería. Lily no estaba interesada en él. Estaban juntos por las circunstancias, nada más.

Lo último que ella deseaba era un hombre cubierto de cicatrices y sin un brazo. Además, Noah no quería que la fealdad de la guerra la tocase como le había tocado a él.

Y, sin embargo, se encontraba contándole cosas que no le contaba a Andrew o a sus compañeros del ejército cuando les escribía e-mails tecleando con una sola mano.

Firmó el recibo de la tarjeta con una letra tan torcida y temblorosa como la de un niño. Aprender a escribir con la mano izquierda era otro de los retos.

El dependiente miró la tarjeta y luego la firma en el recibo y no pudo disimular una mueca, pero Noah estaba decidido a no enfadarse.

–Soy diestro, así que tengo que acostumbrarme a escribir con la mano izquierda.

–Ah, muy bien, no me daba cuenta –dijo el hombre, poniéndose colorado–. Pero tengo que comprobar la firma…

Lily puso una mano en el brazo de Noah y ese gesto fue consolador.

–No pasa nada, no se preocupe.

–Ningún problema –sonrió el dependiente.

Noah guardó la cartera en el bolsillo y, cuando por fin volvieron al coche, dejó escapar un largo suspiro.

–Lo siento –dijo Lily.

–Por eso no me gusta ir a ningún sitio. ¡Ni siquiera soy capaz de firmar bien! Un niño de cinco años lo haría mejor.

–Dale tiempo. Imagino que la terapia te ayudará.

Él dejó escapar una amarga risotada.

–¿Te parezco un hombre paciente, Lily?

–No, la verdad es que no. ¿Quieres que paremos a cenar en alguna parte? No hemos comido nada en todo el día.

–Si tengo que ver a una persona más esta tarde…

Lily soltó una carcajada. Estaba muy gruñón y era lógico. Pero se preguntó si la desgana que mostraba por la boda tendría que ver con ese miedo a que lo mirasen, a ser objeto de atención.

–Muy bien, nada de restaurantes. ¿Por qué no dejas que te invite a cenar en casa?

Se habían detenido en un semáforo y Noah la miró. Su mandíbula era tan firme, tan desafiante. Tenía que relajarse, pensó Lily. Necesitaba una noche fuera del rancho, de los médicos y de los recuerdos.

–En mi casa –insistió–. Aún no has visto mi casa. Tengo un montón de comida en la despensa y una botella de vino que guardaba para cuando tuviera visita.

Noah levantó una ceja.

–¿Ah, sí?

–No suelo beber cuando estoy sola.

–La verdad es que suena bien.

–Entonces es una cita. Bueno, no una cita de verdad –se apresuró a decir ella al ver su expresión.

Los dos se quedaron en silencio mientras esperaban que cambiase el semáforo. Pero mientras tomaba la autopista, Lily se preguntó hasta dónde se iba a meter antes de empezar a dar marcha atrás.

La primera reacción de Noah al ver la casa de Lily fue de sorpresa. Era una casita de dos pisos con las paredes estucadas que olía a vainilla o algo parecido. El pequeño vestíbulo de entrada estaba pintado de un bonito color amarillo y mientras la seguía hasta la cocina se quedó sorprendido por la elección de colores; el mismo amarillo en las paredes y el suelo de

baldosas de terracota le daban un aspecto muy acogedor, con un naranjo enano en una de las esquinas.

Si el paisaje que veía por la ventana fuera diferente casi podría pensar que estaba en una hacienda en medio del campo.

–Ponte cómodo –dijo Lily, dejando el bolso sobre la mesa–. Voy a cambiarme de ropa, pero bajo enseguida.

A la derecha estaba el salón, en tonos rojos, con muebles de color caramelo y suelos de cerezo. Noah se acercó a la puerta para mirar un cuadro que había en la pared, una cacofonía de amarillos, verdes, rojos y azules tan vívidos que las flores casi parecían saltar del lienzo.

–¿Ocurre algo?

Lily estaba tras él, con unos vaqueros, una camiseta y una botella de vino en la mano.

–No, es que no era así como había imaginado tu casa.

Se había acostumbrado a aceptar su ayuda, pero cenar juntos y solos… por supuesto, no era una cita y lo sabía. Pero Lily era una mujer dinámica y competente y aquel día él había demostrado que no podía atarse los cordones de los zapatos o firmar un recibo. Ninguna mujer querría tener una cita con un hombre así.

–¿Qué esperabas? –sonrió ella, sacando un sacacorchos del cajón.

–No lo sé, colores más claros… rosas, azules.

–Me gustan los tonos tierra. Le dan un aspecto más acogedor a la casa.

–Es una casa muy bonita.

–No es muy grande, pero para mí sola está bien.

Noah se preguntó entonces si saldría con los compañeros del colegio, si saldría con algún hombre…

Mientras aceptaba la copa de vino que le ofrecía se le ocurrió que, aunque él le había contado un montón de cosas, no sabía nada sobre ella.

Y le gustaría saber algo más. Tal vez era su entrenamiento miliar, pero quería hacerse una idea más completa de quién era. Lily sabía más cosas sobre él de lo que le gustaría y, sin embargo, ella era un misterio. A lo mejor podía encontrar algún fallo, algún defecto. Así no le gustaría tanto.

–¿Por qué viniste a vivir a Larch Valley?

–Vine a trabajar. Tenía un título, pero no tenía trabajo y es más fácil encontrar trabajo en una ciudad de provincias.

–Pero tan lejos de casa… tú eres del este, ¿no?

–Sí, de Ontario.

–¿Y tu familia?

Lily dejó el cuchillo con el que estaba cortando el pan y levantó la mirada.

–¿Este interrogatorio es el equivalente a «quiero conocerte mejor»?

Noah sonrió. Tenía la impresión de que Lily tenía pocos defectos, pero era estupendo hablar de otra persona por una vez. Estaba cansado de tanto escrutinio.

–Lo siento, es la costumbre. Me sentía un poco en desventaja.

–Ya, claro, pero la verdad es que mi vida no es muy interesante.

–Nadie crece en una burbuja, de modo que algo habrás hecho. ¿Dónde está tu madre?

–Sigue viviendo en Toronto –suspiró Lily–. Me crió sola… bueno, desde que mi abuela murió cuando yo era pequeña.

–¿Y viene a verte a menudo?

–No, nunca ha estado aquí. Vivimos… vidas separadas.

Lily se concentró en cortar unos tomates para no mirarlo. Eran preguntas inocentes… o no tanto. Pero lo último que quería era hablarle de la complicada relación que tenía con su madre. O de por qué no se entendían. En realidad, habían dejado de hablarse porque no podían dejar de discutir.

–Yo no he visto a mi madre desde que tenía siete años –dijo Noah entonces, tocando su mano.

Sus dedos eran cálidos y duros, muy masculinos.

–Lo sé.

Lily pensó entonces en el niño que había sido, viviendo con su padre y su hermano pequeño. Al menos ella había crecido con una madre, aunque tuviese tantos defectos.

–Siento mucho lo de tu padre –le dijo, echando un poco de albahaca en un cuenco–. Sé que no pudiste venir al funeral.

Noah hizo una mueca y ella se sintió culpable por hacerlo sufrir más.

–Lo siento, no sabía que…

–No pasa nada. En cierto modo me alegro de que no tenga que verme así.

–¡Noah!

–Es la verdad. Siempre estuvo tan orgulloso de que me hubiera alistado en el ejército… decía que si no iba a trabajar en el rancho eso era lo mejor. Y no puedo dejar de pensar que le fallé.

–Un padre quiere a sus hijos, aunque no hagan con su vida lo que ellos quieren –protestó Lily–. Además, no sé por qué tu padre iba a pensar que le fallaste. Al contrario, debía estar muy orgulloso de ti.

Lo decía con aparente convencimiento y, sin embargo, sabía que había algo falso en esas palabras. Jasmine nunca había aceptado su vida y la acusaba de limitar sus opciones. Aunque nunca se lo había dicho, sabía

que su madre estaba desilusionada con ella.

–Bueno, estábamos hablando de ti –dijo Noah entonces–. Sé que viniste a Larch Valley para trabajar. ¿Por qué te quedaste?

–Me gusta vivir aquí. Me gusta Larch Valley, mi trabajo y mis amigos. ¿Qué más podría pedir?

No le contó que era la clase de hogar que siempre había soñado. La estabilidad, el orden y la rutina eran todo lo que siempre había querido. Le gustaba ver crecer a los niños del barrio y saber que tenía a Jen y Andrew a su lado, casi como si fueran de su familia…

–Es un buen sitio para vivir, sí –dijo él.

Lily lo vio moverse por la cocina y tuvo que morderse los labios. Era absurdo sentirse tan atraída por Noah. Sus vidas eran drásticamente diferentes, pero cada vez que lo veía saltar otro obstáculo se sentía más conectada con él…

–¿Qué planes tienes para después de la boda?

Noah arrugó el ceño.

–No lo sé. Supongo que en algún momento tendré que volver a trabajar e imagino que cuanto antes mejor.

Ella dejó escapar un suspiro. ¿Por qué estaba preocupada? En unos meses se habría ido de allí. Noah no estaba buscando una relación y tampoco ella. Además, saber que pronto volvería a ponerse el uniforme para ir a algún otro destino hacía que se sintiera un poco más segura.

–¿Entonces tu situación no cambiará nada?

–Todo depende de lo que diga el médico. En general, a la gente que ha resultado herida en el servicio suelen darles trabajos administrativos. Además, yo tengo rango y experiencia.

Lily siguió ocupándose de la salsa. Noah no tenía la menor intención de quedarse… de modo que la atracción que sentía por él no sería un problema.

¿Entonces por qué no podían aclarar el asunto de una vez?

–Bueno, al menos podrás recuperar algo de tu antigua vida. Dentro de unos meses podrás volver a ponerte el uniforme de capitán… imagino que eso te hará feliz.

–Sí, claro.

Lily vio una sombra en sus ojos y tuvo la impresión de que no estaba tan seguro como quería dar a entender.

–Y ya que tenemos que ir juntos a la boda deberíamos aprovechar el momento, ¿no te parece?

–No te entiendo.

–Tú sólo vas a estar aquí un tiempo y yo no estoy buscando un

romance. ¿Por qué no podemos llevarnos bien? Podríamos ser amigos.

Sin embargo, mientras lo decía, no dejaba de recordar el calor de su torso esa tarde, mientras le hacía el nudo de la corbata, en lo guapo que estaba cuando salió del probador con el esmoquin.

¿A quién estaba intentando convencer?, se preguntó. Otra escenita como ésa y Noah empezaría a pensar que estaba loca por él.

Lo deseaba, desde luego. Era absurdo negarlo. Pero no lo admitiría ni en un millón de años.

–No pareces una mujer que se tome las cosas a la ligera –dijo Noah, su voz ronca penetrándola hasta el fondo.

–Pero sí lo soy –Lily no sabía qué decir mientras echaba la pasta en la cacerola–. Prefiero las cosas ligeras a las cosas demasiado… apasionadas.

Le dio la espalda para dedicarse a preparar la cena, pero sus sentidos estaban encendidos y sabía que «pasión» era precisamente lo que deseaba con toda su alma.

***

Lily sacó una caja del asiento trasero del coche y cerró la puerta con la cadera. Delante de la casa no estaban ni la camioneta de Andrew ni el coche de Jen, de modo que debían haber salido. Muy bien, dejaría la caja en el salón y se marcharía, pensó.

La puerta estaba abierta y cuando entró se quedó maravillada de la transformación. Desde que Jen y Andrew se había comprometido aquel sitio parecía otro.

Lily dejó la caja sobre la mesa de café. Dentro estaban las invitaciones de boda junto con el material para hacer los centros de mesa, con velas flotantes y pétalos de flores.

Suspirando, tocó uno de los cuencos de cristal. No había habido nada así en su boda. Todo había sido muy sencillo y…

Cuando la puerta de la cocina se abrió de golpe, Lily se llevó una mano al corazón.

–¡Maldita sea! –oyó la voz de Noah.

Ella corrió a la cocina, asustada, y lo vio delante de la pila, con la mano bajo el grifo.

–¿Noah? ¿Qué ha pasado?

Él se volvió, sorprendido.

–Échame una mano –le dijo.

–¿Te has hecho daño?

–No, es que Beautiful está a punto de parir y Andrew está en Calgary con Jean. Sé que puedo hacerlo, pero… esto es absurdo. Tengo que

lavarme bien y no puedo hacerlo con una sola mano.

–Yo lo haré por ti –dijo Lily, tomando el jabón antiséptico que Andrew siempre tenía en la cocina–. ¿Por qué no has usado la pila del establo?

–Porque el grifo se rompió ayer y no hemos tenido tiempo de arreglarlo. ¿Lily?

–¿Sí? –murmuró ella, mientras seguía enjabonando su brazo.

–Tienes que lavarme el otro por encima del codo.

–Ah, muy bien.

Incluso algo tan sencillo como lavar su brazo le parecía un gesto íntimo. De hecho, desde la cena de la otra noche, apenas había podido pensar en otra cosa.

–Creo que voy a necesitar tu ayuda.

–¿Mi ayuda? Pero yo no sé nada de caballos…

–Beautiful hará todo el trabajo, nosotros sólo estaremos allí como apoyo. Pero yo no tengo dos manos y te necesito a mi lado por si acaso.

Ella asintió con la cabeza, mirando sus vaqueros y sus zapatillas blancas. ¿En qué jaleo se estaba metiendo?

A pesar de las dudas fue con él al establo, casi corriendo detrás porque sus zancadas eran larguísimas.

–Tranquila, habla en voz baja, como lo harías con una mujer embarazada –le advirtió Noah en la puerta–. Imagina cómo te gustaría que te hablasen a ti si estuvieras teniendo un niño… nada de luces fuertes ni ruidos, todo muy cálido y suave, ¿de acuerdo?

Lily tragó saliva, pero irguió los hombros, decidida. Él no podía saber cuánto le dolían esas palabras. Tal vez era por estar involucrada en la boda o porque cada vez que veía a sus amigos Lucy y Brody, que estaban esperando un niño, se acordaba.

Creía que había empezado a olvidar, que seguía adelante, pero últimamente parecía golpearla desde todas las esquinas.

Una vez había querido tener hijos. Curtis y ella habían hablado de ello muchas veces y acordaron esperar hasta que los dos estuviesen trabajando para formar una familia. Una niña y un niño.

Lily contuvo un suspiro. Una vez había soñado con un futuro feliz que no existía. Un final feliz del que no estaba más cerca ahora que antes.

Pero si Noah estaba dispuesto a hacer aquello con una sola mano, también ella podía encontrar valor.

Entraron en el oscuro establo, en silencio salvo por un suave piafar al fondo, en el último cajón. Noah miró a la yegua, que estaba tumbada sobre la paja.

–¿Tengo que hacer algo? –le preguntó Lily.

–No, aún no. Y con un poco de suerte no tendremos que hacer nada –respondió él–. No me puedo creer que Andrew no esté aquí. Sabíamos que el parto sería pronto, pero lo esperábamos por la noche, no a media mañana.

La yegua estaba tumbada de lado, respirando agitadamente y mostrando el blanco de los ojos. La paja tenía una mancha oscura y Lily se asustó.

–Noah…

–Ha roto aguas, como una mujer. No pasa nada.

–¿Has hecho esto antes?

–Sí, claro, crecí aquí –le recordó él–. Lo he hecho muchas veces. Tengo muy buenos recuerdos de los tres aquí, por la noche, ayudando a alguna yegua a parir. Mi padre hacía chocolate caliente y algunas veces no teníamos que ir al colegio por la mañana.

–Ah, ya veo.

–No pasaba siempre, pero alguna vez sí –Noah se acercó a la yegua y pasó la mano por su cuello–. No sé mucho de ella. No sé si ha parido antes… Jen la encontró abandonada en la carretera.

Unos minutos después le pidió una toalla y Lily observó, asombrada, cómo usaba el muñón del brazo derecho para atarla en las patitas que empezaban a asomar.

–¿Qué haces?

–Ayudarla un poco.

Como hipnotizada, Lily lo vio ponerse de rodillas y tirar de las patas con suavidad, los bíceps marcados, el rostro en tensión.

–Buena chica…

Poco después aparecieron los hombros y la cabeza y Lily se quedó boquiabierta, incapaz de apartar la mirada de algo tan hermoso. La yegua se detuvo un momento, respirando agitadamente, para empujar por última vez hasta que salió del todo.

–Hola, guapo –murmuró Noah, pasando la mano por la cabeza del animal–. Qué buena chica. Apenas has necesitado ayuda.

–¿Por qué no se mueven?

–Están descansando un momento, pero dentro de poco se levantará y entonces tendrás que ayudarme un poco más.

–¿Ayudarte un poco más? Pero si no he hecho nada.

–Sí has hecho, Lily. Me alegro de que hayas estado aquí.

Y ella se alegraba también porque había visto una faceta maravillosa de Noah. Capaz y fuerte, pero tranquilo, calmado y afectuoso a la vez. Lily

sonrió cuando la potrilla intentó levantarse sobre sus delgadas patas.
–¿Puedes darme el yodo? Está ahí mismo, en esa caja. Lily abrió el frasco y lo observó mientras limpiaba las pezuñas del animal. –Genial, míralas… ah, es una chica. La mamá y la niña están sanas y todo ha salido perfectamente. Lily se dio cuenta de que tenía los ojos empañados. ¿Y si se había esforzado tanto que le dolía el brazo?

–Noah, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

Él negó con la cabeza.
–No, es que acabo de darme cuenta de que lo echaba de menos. –¿El rancho? –Normalmente estoy en sitios donde nada va bien, ¿entiendes? Por eso estoy allí, para intentar solucionar las cosas.

Lily se había preguntado a menudo por su pasado, por lo que habría visto durante sus años en el ejército. Eso tenía que haberlo afectado de una manera horrible.

–¿Tienes pesadillas?

–No, gracias a Dios. Pero en cierto modo son años perdidos –suspiró él–. Perdí el contacto con Andrew y con mi padre… cuando descubrí que estaba enfermo no pude volver a casa y ahora es demasiado tarde.

–Siento mucho lo de Gerald.

–Ya no se puede hacer nada. A veces, lo único que se puede hacer es seguir adelante –Noah apretó los labios después de decir eso y Lily se preguntó en qué estaría pensando–. Será mejor que las dejemos solas un rato.

–¿Se pueden quedar solas?

–Sí, claro. La Naturaleza se encarga de todo –sonrió él–. Además, tengo que lavarme un poco. Habrá más trabajo en las próximas horas, pero nada que no pueda solucionar yo solo hasta que vuelva Andrew.

De vuelta en la cocina, Lily encendió la cafetera y le hizo un bocadillo que dejó frente a él en un plato antes de poner una mano sobre su hombro.

Noah levantó la suya para ponerla encima, el contacto haciéndola temblar. Había algo entre ellos… algo que había empezado mucho antes. Pensó apartar la mano, pero luego recordó el brillo de felicidad en su rostro cuando nació la potrilla y decidió que no podía hacerlo.

Pero cuando Noah se levantó de la silla, el corazón de Lily dio un salto.

–Noah… –murmuró cuando enredó los dedos con los suyos.

Sin decir nada, él dio un paso adelante e inclinó la cabeza para buscar sus labios.

CAPÍTULO 5

LOS labios de Noah eran cálidos, suaves. Suspirando, Lily se derritió contra su pecho mientras él acariciaba su espalda. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que besó a un hombre. Desde la última vez que había querido hacerlo.

Cuando se apartaron, unos minutos después, Lily dio un paso atrás. Aunque lo que quería de verdad era seguir abrazada a él.

Pero ésa era una razón para apartarse.

–No deberíamos haberlo hecho –murmuró.

–¿Tan horrible ha sido?

¿Horrible? Lily estudió su rostro, pero no parecía estar bromeando. No había sido horrible en absoluto, al contrario. Había sido fantástico, por eso era un error. Pero sabía que admitirlo sería un error aún más grave, de modo que permaneció callada.

–Lo siento, Lily. Ahora lo había ofendido, pensó ella. Y ésa no era su intención.

–No tienes que pedirme disculpas –le dijo, intentando sonreír–. Los dos sabemos que no puede haber nada entre nosotros, ¿no? Ha ocurrido y ya está.

Aquel día había visto una parte de él totalmente inesperada: dulce, tierna incluso, mientras ayudaba a la yegua a parir. Pero ella era inmune a ese tipo de sentimentalismo y Noah estaba en aquel momento entre dos mundos y se marcharía de allí en cuanto le fuera posible.

Él suspiró, volviéndose para tomar un vaso de agua.

–Ver a la yegua con su potrilla me ha recordado cómo era vivir en casa antes, cuando las cosas eran más sencillas. A veces me parece tan raro estar aquí, en esta cocina.

–Has estado fuera mucho tiempo, tal vez demasiado.

–Sí, en cierto modo el ejército se ha convertido en mi casa.

Una casa lejos de allí, una casa a la que quería volver, pensó Lily. Había sido una tontería dejarse llevar por el beso. No podía encariñarse con él y besarlo no ayudaba nada. Tenía que encontrar la forma de distanciarse.

Noah se apoyó en la encimera y miró hacia el pasillo.

–Aún no he subido a mi habitación. Estoy en una casa alquilada y vengo aquí a comer para que no me regañe Jen…

Noah no podía saber que sus palabras encogían el corazón de Lily porque ella nunca había tenido un hogar de verdad.

Y, por un momento, se olvidó del beso y de la boda. Y de que tenía que poner distancia entre los dos. Noah tenía una casa estupenda, un sitio

en el que era querido y, sin embargo, parecía querer darle la espalda cuando más lo necesitaba.

–Tal vez deberías subir. Ésta es tu casa, Noah. No sé por qué te sientes raro aquí. Seguro que has dejado muchas cosas en tu habitación.

–Ya no soy la persona que se marchó de aquí.

–¿Y qué? Eso no cambia quién eres y no cambia que Andrew es tu hermano o que se ha esforzado mucho para que volvieras a Larch Valley. Significa mucho para él que estés aquí, tal vez más de lo que tú crees.

–¿Crees que estoy siendo desagradecido?

–No exactamente. Pero me parece que no ves las cosas con claridad… aunque es comprensible, desde luego. –¿Tú crees? –murmuró Noah, mirando su brazo. Lily sabía que nada de lo que le hubiera pasado a ella podía compararse con su desgracia, pero le molestaba que no apreciase a su hermano y el rancho como debería. Había vendido su parte, pero Andrew lo había llevado a casa porque eso era lo que hacían las familias.

–Lo que creo es que tengo que marcharme y que tú deberías ir a ver cómo están Beautiful y su potrilla. Y también creo que deberías pasar algún tiempo volviendo a conocer a Noah Laramie. Y podrías empezar por tu habitación.

–Y supongo que también querrás ayudarme con eso.

Ella guardó los embutidos en la nevera, dándole la espalda para que no pudiese ver que se había puesto colorada.

–No has querido mi ayuda desde el principio, pero esta vez estoy de acuerdo contigo: creo que es algo que debes hacer solo.

–Muy bien.

Lily lo miró mientras salía de la cocina. Estaba enfadado y, en el fondo, lamentaba haber sido tan directa. Pero una parte de ella se preguntaba si serviría de algo.

Andrew se había hecho cargo de Beautiful y de la nueva potrilla en cuanto llegó al rancho. Pero cuando Jen le preguntó cómo iban a llamarla, Andrew miró a su hermano enarcando las cejas.

–¡Mujeres! Tienen que ponerle nombre a todo… como si fuera una mascota.

–Pero tendrás que ponerle nombre, ¿no? –rió ella.

–Guapa –dijo Noah entonces–. Se llamará Guapa.

A los dos les había gustado el nombre, pero se habían ido al establo y Noah estaba solo en la casa.

Tal vez Lily tenía razón, pensó. Tal vez necesitaba recordar el niño que había sido. Era como si hubiera una línea de separación en su vida; un

lado antes del ejército y el otro en el ejército.

¿Pero dónde estaba ahora? Desde luego no estaba en el ejército, pero tampoco estaba fuera. Y había pasado muy buenos ratos en el rancho. Como aquel día, por ejemplo.

De modo que subió la escalera para ir a su antigua habitación. Las persianas estaban bajadas y se acercó para abrirlas y dejar entrar la luz del atardecer. Nada había cambiado. Nada. Estaba exactamente igual que cuando tenía diecinueve años, antes de irse al campamento de instrucción. Había vuelto de permiso alguna vez durante ese tiempo, pero Andrew y su padre siempre estaban discutiendo y no resultaba agradable. Desde entonces apenas había vuelto por allí. Llevaba cinco años sin volver a su casa y ahora lo lamentaba.

Allí seguía el viejo edredón azul. La estantería seguía conteniendo sus trofeos de fútbol y hockey. Sobre la cómoda de pino había una fotografía de él haciendo la instrucción y otra del día que se graduó como oficial. Estaba claro que ni Andrew ni su padre habían tocado nada. ¿Por qué? El chico que se había marchado de allí no era el hombre que había vuelto.

Ver sus cosas esperándolo debería consolarlo, pero en lugar de eso hacía que Noah se sintiera aún más como un extraño. ¿Qué había sido de ese joven idealista? ¿Donde lo había dejado, en Afganistán, en Bosnia?

La verdad era que aquella casa ya no le parecía la suya. Se sentía más relajado, más cómodo en la casita que había alquilado cerca del pueblo. Aquel día, mientras ayudaba a nacer a la potrilla… ésa había sido la primera vez que las cosas empezaron a encajar. Echaba de menos el rancho, tuvo que reconocer. Y recordaba haber vivido allí muchos momentos felices.

Pero aquel día Lily había estado con él. Y la había besado…

Noah se dejó caer sobre la cama, oyendo crujir el somier bajo su peso. Había querido hacerlo desde el día que fueron a probarse el esmoquin…

Y la práctica y bonita Lily había sido tan dulce…

Noah no había anticipado esa respuesta. ¿Pero ahora qué?, se preguntó. Aunque quisiera seguir adelante no podría hacerlo. No podía dejar que lo viese tal y como era. No podría soportar ver cómo su sonrisa se convertía en una mueca de horror y eso era lo que pasaría si viera lo que la guerra le había hecho.

La vida en el ejército no era para ella, pero daba igual porque en cuanto viese las cicatrices todo habría terminado. Podía aprender a firmar con la mano izquierda, podía aprender a atarse los cordones de los zapatos y volver a conducir, pero no podía borrar las cicatrices. No podía cambiar nada.

Noah se levantó de la cama, enfadado consigo mismo. Un simple beso y allí estaba, pensando en ella y recordando su infancia en el rancho. ¿De qué servía eso? Cuando dijo que el niño que había sido ya no existía estaba diciendo la verdad.

Y cuando dijo que besarla era un error, también decía la verdad.

Suspirando, se apoyó en la pared con los ojos cerrados. Tenía que controlar la atracción que sentía por ella porque era una debilidad. Iban a acudir juntos a la boda de Andrew y Jen y, por ellos, intentaría que su relación fuese amistosa, pero nada más. Y cuando terminase la boda pensaría en sus opciones de futuro.

–Noah…

Él abrió los ojos, sorprendido al oír la voz de su hermano.

–Hola.

–¿Qué haces aquí?

Noah carraspeó. No quería que Andrew supiera lo que sentía por la casa o por Lily.

–Nada, había subido a ver mi antigua habitación.

–¿Tienes un minuto? Quería contarte una cosa.

–Sí, claro.

Noah miró su dormitorio una vez más antes de seguirlo escalera abajo. Luego, sin decir una palabra, salieron de la casa para dirigirse al corral.

El sol no se había puesto, pero la luz empezaba a disminuir. Las briznas de hierba tenían una tonalidad rosada y las nubes en el cielo una mezcla de malva y dorado. Era el momento favorito del día para él, como si estuviera suspirando porque el trabajo había terminado por fin. A esa hora, a veces resultaba difícil creer que se hubiera marchado alguna vez.

–Me alegro de que estés aquí –empezó a decir Andrew, deteniéndose frente a la cerca–. No esperaba que la yegua se pusiera de parto tan pronto.

–Yo también me alegro de haber estado aquí.

–Estás siendo de gran ayuda, Noah. Este verano habría sido imposible si tú no hubieras estado en el rancho.

–Habrías contratado a alguien.

–Pero no es lo mismo que tener a alguien de la familia a tu lado.

Noah experimentó una opresión en el pecho. No quería decepcionar a Andrew, pero si su hermano esperaba algo más de él…

–Creo que es hora de recoger la cosecha, ¿no? –murmuró, señalando los campos al otro lado de la valla.

–Dawson ha dicho que me ayudaría –suspiró Andrew–. Mira, te he pedido que vinieras conmigo porque tengo algo que decirte.

Y no parecía muy contento, pensó Noah. ¿Sería Jen? ¿El rancho? ¿Él?

–Bueno, pues dímelo de una vez.

–He invitado a nuestra madre a la boda.

Noah lo miró, perplejo.

–¿A nuestra madre? ¿Sabes dónde vive?

El mundo se había hundido para los tres cuando se marchó, pero quien más lo sufrió fue Andrew, un niño muy pequeño entonces, convencido de que su madre volvería. Pero a los siete años Noah entendía ciertas cosas mejor que su hermano pequeño y sabía que eso no iba a ocurrir.

–Ha estado en Grande Prairie todo el tiempo. La he visto… dos veces.

–Pero la boda…

Noah entendía que era un momento importante para Andrew, incluso podía entender que quisiera a su madre allí porque era natural reunir a la familia en una ocasión así. Pero ya no eran una familia. Su madre los había abandonado y aquello tenía el potencial de acabar en desastre. Tal vez él no sabía mucho sobre sus deberes como testigo, pero sí sabía lo que debía hacer y lo que debía hacer era darle una dosis de realidad a su hermano.

–¿Seguro que es buena idea? Comprendo que quieras invitarla a la boda, pero no ha vuelto a Larch Valley desde que nos abandonó… y todo el mundo lo sabe.

–Sí, claro. Además, es posible que al final no venga, pero es la única familia que nos queda. ¿Cómo no voy a invitarla?

–Es tu boda, haz lo que quieras –dijo Noah, encogiéndose de hombros.

–¿Y tú? No quiero que te disgustes.

–No, no estoy disgustado, sorprendido más bien. Para mí es una extraña y eso es algo que acepté hace mucho tiempo. Le ha importado un bledo su familia durante todos estos años y no creo que haya cambiado nada Pero sólo será un día y si es lo que quieres…

Andrew dejó escapar un suspiro.

–Hay algo más. Algo que debería haberte contado hace mucho tiempo, pero no sabía cómo.

Noah frunció el ceño. ¿Qué más sorpresas guardaba su hermano?

–¿Qué es?

–Gerald no era mi padre biológico.

Nada podría haberlo sorprendido más. Gerald los había criado a los dos…

–¿De qué estás hablando? Pues claro que era tu padre.

Su hermano negó con la cabeza.

–No, no lo era. Mamá tuvo una aventura… y eso significó el final del matrimonio. Gerald se negó a dejar que nos separase y ella se marchó para evitar una batalla legal por la custodia.

–¿Y se supone que ahora tengo que ponerme a dar saltos de alegría? –exclamó Noah, furioso–. ¿Debo alegrarme de que seamos hermanastros?

–¿Es eso lo que te molesta?

–Yo sabía lo de las aventuras… bueno, al menos sabía algo porque escuchaba las discusiones entre ellos. Y tú eres mi hermano pase lo que pase. Lo que me disgusta es que me lo hayas escondido durante todo este tiempo.

Noah se pasó una mano por el pelo, nervioso. ¿Nada en el mundo era lo mismo? Durante todo ese tiempo se había agarrado al rancho y a su hermano para encontrar algo de estabilidad mientras el resto del mundo cambiaba a su alrededor. Pero ahora también eso parecía escapársele de las manos.

–Deberías habérmelo contado.

–No espero que lo entiendas todo en una tarde. Desde luego, yo no pude hacerlo –suspiró Andrew–. Pero supe que Gerald no era mi padre antes de irme a la universidad.

–¿Tanto tiempo?

–Eso era lo que provocaba las peleas entre los dos. Ojalá hubiese podido hacer las paces con él mientras vivía… en realidad, fue un buen padre.

Noah soltó una palabrota.

–¡Yo no tenía ni idea!

Andrew puso una mano sobre su hombro.

–Nuestra madre quería a papá… a su manera. Y sabía que estaríamos mejor con él que con ella.

–Tú has tenido más tiempo para aceptarlo que yo.

–Sí, es verdad. No te lo conté antes porque seguía intentando entenderlo yo mismo, pero esto no cambia nada. Tú eres mi hermano… en todos los sentidos.

Después de decir eso, Andrew volvió a la casa y Noah se quedó donde estaba, mirando el prado frente a él. Había empezado a pensar que estaba retomando las piezas de su vida… pero ahora se sentía más solo que nunca.

CAPÍTULO 6

EN LA ponchera quedaban restos de un ponche de color rosa, el refresco ahora sin gas y sin sabor alguno. Sobre el mantel, lazos rosas, malvas y blancos y migas de pasteles, los restos de la despedida de soltera de Jen. Como dama de honor, la había organizado Lily y debía reconocer que había sido divertida.

Sus deberes como anfitriona la habían tenido ocupada toda la tarde, pero ahora, mirando los restos del desastre, Lily no podía dejar de sentirse triste. Ella no había tenido despedida de soltera porque Curtis y ella habían planeado escaparse sin decírselo a nadie. No hubo fiesta, ni juegos, ni gorritos de papel, ni regalos.

Y tampoco una despedida de soltero para Curtis.

Sin embargo, Noah había llevado a Andrew, Dawson y Clay a jugar al golf como fiesta de despedida. Todo tan tradicional, tan predecible.

Agotada, Lily dejó escapar un suspiro. No tenía fuerzas para limpiar la casa, de modo que se dirigió a la escalera. Sólo faltaban dos días para la boda y no era capaz de coser el elástico del vestido de novia. Podía hacer eso ahora y más tarde, cuando el eco de las risas se hubiera desvanecido, se dedicaría a limpiarlo todo.

Una vez arriba, se puso el vestido y se miró al espejo. Debería ser Jen quien se lo probara, pero Jen y su madre habían vuelto a casa con los regalos. Y la falda de organza estaba siendo particularmente difícil….

Lily frunció el ceño mientras estiraba la tela, intentando ver dónde tenía que hacer los ajustes. Quería que estuviera perfecta para el día siguiente porque Jen iría a probárselo.

Había jurado no volver a ponerse nunca un vestido de novia, pero aquello no era exactamente romper su promesa porque el vestido no era suyo. Si tuviere un maniquí se lo pondría al maniquí en lugar de probárselo. Además, había sido una promesa hecha de rabia y de desilusión.

En realidad, debería haber tirado el suyo a la basura. Y, sin embargo, allí estaba, en el armario. Un vestido de seda que había tardado semanas en hacer…

Lily se quitó el vestido de Jen y lo colgó en una percha, pero cuando iba a guardarlo en el armario tocó una funda blanca. Al final había logrado que la falda quedase perfecta, pensó. Sólo tenía que mirarlo un momento para ver cómo lo había hecho…

¿Se atrevía? Incluso pensar en probárselo le parecía tentar a la suerte.

Recordaba aquel día con toda claridad: las prisas por tomar el vuelo hasta Las Vegas, la emoción al llegar al hotel y el momento irreal en el que se puso el vestido de novia. Un momento de tristeza porque echaba de

menos tener a alguien que la ayudase con el velo que ella misma se había hecho. Pero la tristeza dejó paso a la emoción cuando Curtis llamó a la puerta…

Lily tomó la funda y la dejó sobre la cama, bajando la cremallera como si fuese la caja de Pandora. Pero nada salió de la funda salvo una vaga sensación de nostalgia.

Había diseñado el vestido ella misma, usando toneladas de papel cebolla para copiar los modelos que más le gustaban hasta que consiguió exactamente el que quería. Había ahorrado el dinero que ganaba trabajando los fines de semana para comprar la tela…

Lily pasó un dedo por la delicada seda, sonriendo al recordar los momentos robados en los que trabajaba cortando, midiendo y cosiendo mientras Curtis y ella hacían planes. Tenían dinero suficiente para pagar el viaje y estaba dispuesta a marcharse en cuanto cumpliera los dieciocho años.

Emocionada, tuvo que morderse los labios mientras sacaba el vestido de la funda. Entonces diseñaba y cosía muchos de sus vestidos. Incluso había pensado abrir una boutique y soñaba con enseñar a su hija a coser…

Ahora le quedaba un poco estrecho y tuvo que contener el aliento para subir la cremallera, pero su figura era casi la misma que a los dieciocho años, cuando tenía tantos sueños.

Dos tirantes muy finos sujetaban el corpiño drapeado y las capas de seda de la falda eran como una caricia sobre sus piernas. Lily se levantó el pelo, sujetándolo con una mano como si llevara un moño…

–¿Es el vestido de Jen?

Lily se sobresaltó al oír la voz de Noah.

–¿Qué haces aquí? –exclamó, llevándose una mano al corazón.

–¿No me has oído llamar a la puerta?

–No, no te he oído llamar.

–Como vi tu coche en la puerta pensé que estarías en casa. Y veo que tus invitadas se han marchado –Noah dio un paso adelante–. Es un vestido precioso.

El halago la emocionó y, a la vez, fue como un cuchillo en su corazón.

–Podrías haber llamado más veces –le reprochó.

Lo último que deseaba era que Noah la viera así.

–Lo siento –se disculpó él–. Es que quería enseñarte una cosa.

–¿Qué?

–Bueno, en realidad he venido para llevarte a dar un paseo.

Lily lo entendió inmediatamente.

–Por fin tienes tu camioneta.

–Eso es.
–Y has venido para hacerte el listo.
–Sí –sonrió Noah.
–Y supongo que llevar a Andrew o Jen a dar una vuelta no habría sido suficiente –Lily tuvo que sonreír también, mirando la camiseta negra y los gastados vaqueros.
–Me la dieron ayer, así que llevé a los chicos al campo de golf. Iba de vuelta a casa y se me ha ocurrido parar un momento.
Lily se alegraba por él. Parecía tan contento…
No poder conducir había limitado sus movimientos y entendía lo difícil que debía ser eso para un hombre como Noah, acostumbrado a no depender de nadie. Y, sin embargo, eso le hacía recordar que cada paso que daba en su recuperación era un paso más para volver a su antigua vida. Y allí estaba ella, con un vestido de novia que no debería haber vuelto a ver la luz del día. Ojalá nunca lo hubiera sacado de la funda.
–Ven a dar una vuelta conmigo, Lily.
Algo en su voz le tocó el corazón, aunque no podría decir qué exactamente. Casi parecía rogarle que fuese con él. Y, aunque nunca lo admitiría en voz alta, le gustaba que la necesitase.
Un par de horas con Noah, lejos de vestidos de novias y recordatorios, parecía la manera perfecta de pasar el resto de la tarde, se dijo.
–Espera, voy a cambiarme.
Cuanto antes se quitase el vestido, mejor. Había sido una estupidez… aunque ahora recordaba cómo debía coser la falda.
–Te espero abajo –dijo Noah.
Lily respiró profundamente, intentando calmarse mientras escuchaba sus pasos por la escalera. Había ido a buscarla como un amigo, nada más.
Y debía recordar que se había disculpado por besarla. Era ella quien estaba haciendo una montaña de un grano de arena sólo porque se sentía atraída por Noah.
Debería relajarse, pensó. No había nada malo en pasar un rato juntos. No tenía que preocuparse porque Noah se enamorase de ella ya que eso no iba a pasar. Parecía claro que no pensaba en ella de esa manera.
O tal vez debería dejar de darle tantas vueltas a todo, decidió, enfadada consigo misma. Lily empezó a bajar la cremallera del vestido, pero se quedó enganchada.
¿Cómo podía haberse enganchado? Tal vez le quedaba más estrecho de lo que había creído en un principio, pensó, haciendo una mueca. Contuvo el aliento todo lo que le era posible, pero nada.
De modo que tuvo que asomarse a la escalera.

–¿Noah? ¿Sigues ahí?

–Sí –contestó él desde la cocina.

–Me parece que necesito tu ayuda.

Noah apareció de nuevo en la habitación unos segundos después… pero Lily miró su brazo y se dio cuenta de que para él no iba a ser fácil ayudarla.

–Se me ha enganchado la cremallera.

–Ah, vaya –sonrió Noah.

Estaba burlándose de ella, pensó. ¿Y cuándo le habían salido esos hoyitos en las mejillas? No recordaba ese detalle.

–¿Te importaría ayudarme?

–Ya que me lo pides tan amablemente…

Lily tuvo que tragar saliva. Iba a ayudarla a quitarse el vestido, nada más. Pero verlo en su dormitorio era algo tan íntimo…

Además, había algo en sus ojos que no había visto antes. El azul era más profundo, las pupilas más grandes, haciendo que se preguntase qué habría detrás…

–Date la vuelta –le ordenó Noah. Y ella obedeció, dándole la espalda. Pero mientras intentaba bajar la cremallera, Lily se dio cuenta de que no llevaba sujetador. Sólo unas braguitas blancas–. Se ha enganchado en el forro. No puedo sujetarla bien con una sola mano y no quiero tirar porque me da miedo rasgar la tela.

Lily estuvo a punto de decirle que daba igual, pero entonces tendría que explicarle que no era el vestido de Jen y no quería abrir esa lata de gusanos.

–¿Y si tú sujetas el forro y yo intento subir o bajar la cremallera? Puedes ser mis ojos diciéndome hacia dónde debo tirar.

–Muy bien –murmuró él mientras Lily echaba un brazo hacia atrás–. Tira hacia arriba. Contener el aliento era más difícil cuando una sentía como si cada célula de su cuerpo estuviera expandiéndose. –No, espera, tira un poco hacia arriba y luego hacia abajo otra vez.

Lily siguió las indicaciones hasta sentir los dedos de Noah sobre los suyos mientras tiraban de la cremallera hacia abajo, hacia el final de su columna.

Noah intentó concentrarse en la cremallera para no mirar la deliciosa curva de su espalda. Le habría encantado besarla, pero parecía tan tensa…

Verla con un vestido de novia lo había turbado de una forma extraña. Nunca había visto nada más bonito y saber que Lily lo había hecho con sus

propias manos le daba aún más encanto. El matrimonio nunca había entrado en sus planes, pero Lily empezaba a hacerle entender que la gente quisiera casarse. No sabía por qué llevaba puesto el vestido de Jen, pero a Andrew se le saldrían los ojos de las órbitas cuando la viera.

Y que no llevase sujetador sólo servía para añadir mecha al fuego.

La cremallera del vestido llegaba hasta abajo y podía ver el principio de unas braguitas blancas… tenía dos hoyitos en la base de la columna que le encantaría tocar. Le gustaría tocar su piel que olía a canela y a almendras.

Pero quitarle el vestido de novia a una mujer era algo que nunca había pensado hacer. Y ahora, con el cuerpo lleno de cicatrices y desfigurado, sabía que debía dar un paso atrás. Lily había dejado claro que no estaba interesada en él y era lógico. Había ciertas cosas que uno no esperaba que una mujer pudiera soportar.

De modo que dio un paso atrás, tragando saliva y haciendo un esfuerzo para no tocarla.

–Ya está, como nueva. Te espero abajo.

Lily oyó sus pasos en la escalera y, después de quitarse el vestido a toda prisa, se puso unos vaqueros y una camiseta.

«Como nueva». Si él supiera…

Había querido que la tocase, lo había deseado tanto que le dolía. Había querido sentir el calor de sus manos, darse la vuelta y abrazarlo…

Pero le daba las gracias a Dios por no haber hecho el ridículo. Evidentemente, Noah no sentía la misma atracción que sentía ella. Y tenía que dejar de pensar en él. Noah había dejado bien claro que el rancho sólo era una parada en su camino.

Estaba esperándola para llevarla a dar una vuelta y ella seguía temblando por el mero roce de sus dedos.

¿Cómo iba a ir con él?, se preguntó. Pero si se echaba atrás ahora, Noah se daría cuenta de cuánto la afectaba.

No, pensó mientras se hacía una coleta. Irían a dar una vuelta. Lo pasarían bien y se olvidaría de la atracción que sentía por él porque era lo mejor.

Lo encontró en el porche, mirando las montañas.

–Perdona que te haya hecho esperar.

–No importa, estaba admirando el paisaje –Noah, sin mirarla, apoyó el codo en la barandilla–. ¿Qué tal la fiesta?

–Bueno, lo que se podía esperar. Muchas chicas hablando de cosas de chicas –sonrió Lily–. No lo hubieras pasado bien.

–No lo sé. Chicas guapas y comida… no le encuentro ninguna pega.

–Noah Laramie, ¿estás flirteando con la dama de honor? –intentó bromear ella.

Noah vaciló un momento, como pensando la respuesta. Y lo que respondió no fue lo que Lily había esperado:

–Ha sido un día muy largo y siento la necesidad de escapar.

–¿Y has acudido a mí para eso?

–Sí –sonrió Noah–. Sí, Lily, he acudido a ti.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su turbación.

–Imagino que debe ser un alivio para ti tener un poco de libertad –comentó, apoyando los codos en la barandilla, a su lado–. Además, ahora no tendrás que soportar que yo te lleve en mi coche.

–No conduces mal –sonrió Noah–. Pero me alegro de no tener que molestarte más.

–No creo que a ninguno de los dos le haya importado.

Él hizo una pausa, mirándola como si estuviera a punto de decir algo, pero hubiese cambiado de opinión en el último momento.

–Aun así, no me gusta depender de nadie.

Lily no se sintió ofendida. Aunque Noah fuese demasiado testarudo a veces, al menos sabía lo que quería y no se echaba atrás.

–¿Y dónde piensas ir?

–A las montañas –dijo él–. Llevo mirándolas casi un mes. Entre el trabajo, las citas con los médicos y los planes de la boda no he tenido oportunidad de subir a respirar aire fresco.

Lily estuvo a punto de decir que si se lo hubiera comentado lo habría llevado ella misma, pero no quería ponerlo de mal humor.

De modo que entró en la casa para tomar su bolso y cerró con llave. Daba igual el tiempo que estuviera en Larch Valley o lo segura que se sintiera allí, cerrar la puerta con llave era una costumbre después de vivir en la ciudad toda su vida.

Noah le abrió la puerta de la camioneta. No era moderna como la de Andrew; ni siquiera era nueva sino de segunda mano, pero representaba la libertad para él.

Todo lo que normalmente estaba en la parte derecha de un coche estaba en la parte izquierda y había un pomo en el volante para facilitar el manejo. Antes de arrancar, Noah se volvió para mirarla, su expresión tan llena de juvenil alegría que Lily tuvo que reír. Casi parecía un adolescente con su recién estrenado permiso de conducir.

–La camioneta está muy bien.

–¿Verdad que sí? ¿Te importa que vayamos por la carretera vieja?

–No, en absoluto.

La carretera estaba pavimentada, pero no había líneas ni salvarraíles. Mientras pasaban frente a ranchos llenos de árboles, campos de hierba y prados para el ganado, Noah encendió la radio.

–¿Te apetece escuchar música?

–Sí, muy bien.

Disfrutaron de la música sin decir nada durante varios minutos. Era muy agradable no tener que hablar. Y Noah parecía disfrutar tanto conduciendo que Lily apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

En Longview tomaron la carretera que llevaba a Kananasis y al parque Peter Lougheed. Desde allí, cada vez era más raro encontrar casas y a veces pasaban horas hasta que veían un alma.

–¿Cómo está la potrilla?

–Bien. Y su madre también –contestó él.

–¿Andrew ya le ha puesto nombre?

–No, se lo he puesto yo.

No había apartado los ojos de la carretera y a Lily le pareció notar que sus mejillas se habían teñido de color.

–¿Ah, sí? ¿Y qué nombre le has puesto?

–Guapa.

Lily soltó una carcajada.

–Guapa… sí, le va muy bien. Pero un poco sentimental para un duro soldado como tú, ¿no te parece?

Noah detuvo la camioneta en la cima del paso Highwood y echó el freno de mano antes de volverse hacia ella.

–¿Eso es lo que ves en mí, un duro soldado?

Había dejado de sonreír y Lily se preguntó si le habría molestado el comentario.

–Sí, a veces.

Noah bajó de la camioneta entonces y cerró la portezuela, dejándola sola en el interior. Algo le había molestado, estaba claro.

Suspirando, saltó de la camioneta, pero vaciló antes de acercarse. La camaradería del viaje había desaparecido y ahora le parecía casi intocable. Aunque ya estaba empezando a acostumbrarse a sus cambios de humor.

Pero si había ido a buscarla a ella en lugar de a su hermano o a Jen, tenía que haber una razón.

–¿Qué te ocurre, Noah? ¿Hay algún problema con la terapia?

–No, no tiene nada que ver con eso –respondió él, sacudiendo la cabeza.

–¿Entonces qué?

Noah se volvió para mirarla.

–¿Qué sabes de mis padres? –le preguntó.

–Sé que tu madre os abandonó cuando erais pequeños y que os crió vuestro padre –contestó Lily, sorprendida.

Él asintió con la cabeza, apretando los labios.

–Sí, así es.

–¿Esto tiene algo que ver con tus padres?

–No sé si puedo contártelo.

–Si no hubieras querido contármelo no me habrías traído aquí.

–Ah, Lily, siempre tan práctica.

–Puedes darme las gracias más adelante –sonrió ella–. Deja que te ayude, Noah.

–Andrew me soltó un par de bombas la noche que nació Guapa. Una es que Gerald no es su padre biológico, de modo que sólo somos hermanastros.

Lily intentó esconder su sorpresa. Jen no le había dicho ni una palabra de eso. Tal vez ella no lo sabía, pero que Noah no lo supiera, especialmente ahora, cuando la familia era tan importante para él…

–¿Y eso cambia algo? –le preguntó.

–¡Pues claro que sí! No, la verdad es que no… no lo sé.

–¿En qué modo cambia eso la situación?

–Todo lo que yo creía, todo aquello de lo que estaba convencido… Andrew lo sabe desde el instituto, pero nadie se molestó en decirme una palabra. Si lo hubiera sabido…

–Si lo hubieras sabido daría igual –lo interrumpió ella–. ¿Cambia en algo lo que sientes por Andrew?

–No, claro que no –Noah dio un paso atrás–. Andrew es mi hermano.

–En ese caso, lo que debes hacer es olvidar todo lo demás.

Él se apartó un poco para patear unas piedrecillas del arcén.

–Andrew y Jen han invitado a mi madre a la boda.

–¿La madre que os abandonó cuando erais niños?

–Sí.

–¿Cuándo la viste por última vez?

–Cuando tenía siete años –contestó él después de hacer una pausa.

–Oh, Noah…

No tuvo que decir nada más. Aquella boda iba a ser difícil para él, lo había sabido desde el principio, pero pedirle que fuese testigo sabiendo que iba a ver a su madre después de tantos años…

–¿Tienes miedo?

–¿Miedo? –Noah arrugó el ceño–. ¿Por qué iba a tener miedo?

–No sé, de verla. Sería comprensible –dijo Lily, poniendo una mano en su brazo.

–No es más que una extraña para mí y, además, sé por qué se marchó. Dejé de odiarla hace mucho tiempo, pero fue por eso por lo que me alisté en el ejército, para empezar de nuevo.

Estaba mirando las montañas y Lily sintió que de nuevo volvía a levantar el muro que los separaba, como una barrera protectora.

–No he venido aquí a hablar de mi madre.

–¿Entonces por qué hemos venido?

Noah se volvió para mirarla a los ojos.

–Porque hoy ha sido el día más duro de todos y al final…

No terminó la frase y ella lo miró, conmovida.

–¿Al final? –repitió, conteniendo el aliento.

–Al final, la única persona con la que quería estar eras tú.

CAPÍTULO 7

LILY apartó la mirada de las montañas que había frente a ella. Tal vez no eran tan diferentes, pensó. Los dos habían tomado decisiones basándose en lo que «no» querían de la vida y así habían encontrado cierta paz. Noah en el ejército, ella en Larch Valley.

Pero ahora, todo eso le estaba siendo robado a Noah poco a poco. La vida que se había forjado para sí mismo nunca volvería a ser la misma. Andrew era la única familia que le quedaba ahora que Gerald había muerto y los dos le habían escondido un secreto. Y no sabía si alegrarse o asustarse de que Noah la hubiese buscado a ella precisamente aquel día.

–¿No lo has pasado bien con los chicos?

–Sí, sí, la tarde ha ido tan bien como se podía esperar –contestó él, sin mirarla. –¿Qué ha pasado, Noah? –Nada, bueno… a Andrew le encanta jugar al golf, así que pensé que podríamos ir con Clay y Dawson. Unas risas, unas cervezas y un bocadillo en el club, ya sabes.

–¿Pero qué ha pasado?

–Que me he sentido como un idiota. Hacía de *caddy* y me reía con ellos, pero no podía dejar de pensar que Andrew había sabido todo esto durante años y no me había dicho nada. Además, tenía que sentarme mientras ellos jugaban al golf porque yo no puedo hacerlo…

–Y te sentías inútil.

–Sí.

A Lily se le encogió el corazón. Noah no era un inútil, tenía tantas cosas que ofrecer, tanto talento e inteligencia. Era terrible que se sintiera así sólo porque no fuese capaz de golpear una bola con un ridículo palo.

–Andrew debería haber sugerido otra cosa –le dijo–. Lo sé, lo sé, era su despedida de soltero, pero no ha sido muy considerado. Después de todo, ha sido él quien ha soltado la bomba.

–¿Estás defendiéndome? –le preguntó Noah, sorprendido.

–Alguien tiene que hacerlo, ¿no?

Entonces, de repente, Noah tiró de ella para aplastarla contra su torso.

–Gracias –le dijo al oído–. Pensé que estaba siendo muy egoísta.

Lily respiró profundamente, absorbiendo su aroma y su calor.

–¿Tú egoísta? Pero si no lo eres en absoluto.

–Sí lo soy. No he hecho más que quejarme últimamente.

–Y tienes derecho a hacerlo.

–Sí, pero sigo evitando ir al pueblo, evitando a la gente. Todo el mundo me mira de manera diferente, me habla de manera diferente a como hablan a los demás. Por eso vacilé cuando Andrew me pidió que fuese testigo en la boda.

–¿Nunca te sentiste así en el ejército? –No, nunca. No sé si has visto alguna fotografía, pero allí somos todos… –Iguales –terminó Lily la frase por él–. ¿Le has dicho a Andrew lo que sientes?

–No, claro que no.

Un autocar lleno de turistas había aparcado cerca de ellos y Noah tiró de su mano para llevarla a la camioneta, apoyándose en el capó. –Y me has pedido que viniera contigo… –empezó a decir ella.

–Porque necesitaba hablar con alguien.

Lily sonrió. Tal vez porque en aquel momento se sentía más cerca de Noah de lo que lo había estado nunca. Más cerca que cuando la ayudó a desabrochar el vestido de novia, o en el establo, o cuando lo ayudó a probarse el esmoquin en la tienda.

–¿Por qué yo, Noah? ¿Por qué no Andrew o Jen? –le preguntó, conteniendo el aliento mientras esperaba una respuesta.

Él no contestó inmediatamente, aunque los turistas que había a su alrededor no parecían fijarse en ellos, ocupados como estaban haciendo fotografías frente al cartel del paso Highwood, uno de los más altos de Canadá.

–Ven aquí –dijo por fin, tirando de su mano. Lily dejó que la estrechase contra su torso. Le gustaba que la abrazase; se sentía segura, querida.

–Te lo he contado porque confío en ti. No sé por qué, tal vez porque tú no creciste aquí y me resulta más fácil hablar contigo. Tal vez porque siempre me dices la verdad.

Lily cerró los ojos. Era cierto que solía decirle lo que pensaba, pero había tantas cosas que no le había contado. Cosas que no quería que supiera, ni él ni nadie. Ni siquiera Jen sabía nada sobre Curtis, por ejemplo, o que su madre y ella apenas se hablaban. Y Jen era lo más parecido que tenía a una familia.

Y, sin embargo, también ella confiaba en Noah. Él no la juzgaría, lo sabía como sabía que la boda iba a ser un momento difícil para los dos.

–A mí tampoco me gustan mucho las bodas –le confesó y, de inmediato, se sintió un poco mejor. Con Noah podía dejar de fingir.

–¿No?

–No, no me gustan.

–Pero si estás ayudando a Jen con el vestido y todo lo demás.

¿Cómo iba a explicarle que, aunque le encantaba su vida en Larch Valley, a veces tenía que poner una fachada alegre frente a los demás? ¿Que la mujer a la que todo el mundo veía no era la verdadera Lily? Había

una parte de ella que mantenía escondida.

–Jen es mi mejor amiga y esto es mi problema, no el suyo. No quiero disgustarla por nada del mundo, como tú no quieres disgustar a Andrew. Pero lo de la fiesta de hoy es una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer.

–Pues menuda pareja.

–¿Crees que ellos imaginaban lo que pasaría cuando nos invitaron a la boda?

Noah soltó una carcajada.

–Pensé que todas las mujeres soñaban con bodas.

Lily parpadeó. Podría hablarle del vestido, de la terrible desilusión que había marcado su vida… pero no era capaz de hacerlo.

–Mi madre nunca se casó. De hecho, ni siquiera conocí a mi padre. Ella siempre ha sido un espíritu libre y sigue siéndolo, pero creo que fue eso lo que me hizo odiar las bodas. Mi madre era costurera y hacía vestidos de novia… y lo único que yo quería era que se casara con alguien y nos quedásemos en algún sitio definitivamente en lugar de ir de un sitio a otro.

Noah apretó su mano.

–Parece que fuiste una niña muy solitaria.

–Sí, supongo que sí. Siempre íbamos de una ciudad a otra, de un colegio a otro… tenía que hacer amigos nuevos constantemente y eso es muy difícil para un niño. Imagino que por eso me enamoré de Larch Valley –suspiró Lily–. Por primera vez en mi vida siento que estoy en mi sitio y haré lo que tenga que hacer por Jen, hasta vestirme de rosa. Al fin y al cabo, ella es la única familia que tengo.

–¿Y entonces yo qué soy?

La pregunta de Noah quedó colgada en el aire mientras los turistas volvían a subir al autocar.

–Tú eres alguien que necesita un amigo. Y el hermano de Andrew, de modo que también eres un poco de la familia.

–No quiero ser una obligación para ti.

–No eres una obligación –el corazón de Lily latía más rápido que antes, tal vez porque temía haber dicho demasiado–. ¿Sabes lo que veo cuando te miro? Nunca veo tus limitaciones, veo a un hombre fuerte y decidido. Y antes de que te des cuenta sé que volverás a la vida que tanto te gusta.

Se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar esta última frase. Ése era el peligro de conocer a alguien, de preocuparse por alguien, que siempre tenían otra vida en otra parte.

Había sabido desde el principio que Noah estaba allí sólo para recuperarse y que tenía intención de volver al ejército, pero se había encariñado con él de todas formas. Daba igual las veces que se dijera a sí misma que era absurdo pensar tanto en él.

Cuando sus miradas se encontraron los dos supieron que lo que había entre ellos era algo más que amistad, obligada o no. Y en sus ojos estaba el reconocimiento de que, tarde o temprano, iba a ocurrir lo inevitable.

–Bueno, pues entonces nos ayudaremos el uno al otro –dijo Lily por fin–. Tú lo soportarás todo con una sonrisa, igual que yo. Además, puedes mirarme y recordar que odio el color rosa y el olor de los lirios.

–Trato hecho –sonrió Noah.

Tal vez era suficiente haber reconocido en silencio la atracción que sentían el uno por el otro. Y ahora que lo habían reconocido tal vez podrían intentar olvidarse del asunto.

Pero mientras volvían a casa, Lily sólo podía recordar cuánto le gustaba estar apretada contra su pecho y lo cerca que había estado de contarle la verdadera razón por la que tanto temía ir a esa boda.

***

De la bandeja de filetes a la barbacoa apenas quedaba el jugo y las galletas de chocolate no eran más que unas migas cuando Noah se acercó a ella. La gente empezaba a marcharse de la cena de ensayo y los que quedaban estaban tranquilamente tomando café o té.

Lily había ayudado a Jen a prepararlo todo en el rancho pero, mientras charlaba con el señor y la señora O'Keefe, en lo único que podía pensar era en Noah y en cómo había confiado en ella, en cuánto le gustaría volver a abrazarlo.

–¿Quieres que nos vayamos de aquí? –oyó la voz de Noah tras ella.

–No puedo. Le he prometido a Jen que la ayudaría a limpiar todo esto –contestó Lily, sintiendo que su pulso se aceleraba.

–Yo también necesito tu ayuda para una cosa, así que te espero en casa.

Lily sonrió.

–Ah, qué misterioso.

Noah rió, el sonido ronco y sexy. Estaba muy guapo esa noche con un pantalón marrón y una camisa de color beige oscuro, la manga del brazo derecho sujeta por un imperdible.

–¿Me puedo atrever a preguntarle cómo se ha sujetado la manga, señor Laramie?

–Supongo que no me creerías si te dijera que lo he hecho con los

dientes.

–Muy gracioso, pero no –rió Lily–. Aunque es más fácil estar contigo cuando no estás de mal humor.

–Entonces puede que esté perdiendo mi encanto.

Al contrario, pensó ella, mientras se obligaba a sí misma a seguir recogiendo platos y copas. Desde que fueron a dar un paseo en la camioneta parecía más seguro de sí mismo que nunca. Tal vez hablar con ella lo había ayudado a recuperar parte de la confianza…

–¿Lily?

La voz de Jen interrumpió sus pensamientos.

–¿Perdona?

–Vete a casa –sonrió su amiga–. No quiero tener una dama de honor agotada mañana.

–Pero tengo que ayudarte –protestó ella–. No al revés.

–No te preocupes, mi madre me ayudará. Además, tú ya has hecho demasiado… te espero mañana en casa a las dos, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –Lily sonrió, abrazando a su amiga–. Allí estaré.

Cuando miró por la ventana de la cocina Noah estaba subiendo a la camioneta, pero se detuvo para mirar hacia la casa, como si estuviera buscándola o enviándole un mensaje.

Y, después de despedirse de los que quedaban, Lily subió a su coche y salió del rancho. Pero en lugar de ir a su casa se dirigió a la de Noah, donde sabía que él estaría esperando. Le había pedido ayuda y, aunque le daba un poco de miedo, cuando Noah la necesitase ella estaría a su lado.

***

La camioneta de Noah estaba aparcada en la puerta. Le había dicho que necesitaba su ayuda y, considerando que la boda tendría lugar al día siguiente, esperaba que no tuviese nada que ver con el esmoquin.

Lo encontró en la parte de atrás, sentado en los escalones del porche, pensativo, con el brazo apoyado en las rodillas.

–Bonita noche.

–Hemos sobrevivido al menos.

–Ayuda mucho tener un cómplice –rió Lily, sentándose a su lado, el bajo de la falda rozando sus rodillas–. Pero mañana tenemos mucho que hacer. Primero la ceremonia y luego el banquete…

–Sí.

–Bueno, ¿cuál era la emergencia? Dijiste que necesitabas ayuda para algo, ¿es el esmoquin?

–No, el esmoquin está bien, incluso han cosido la manga. El problema

es… el baile.

–Ah, el baile, ya veo.

–No se me había ocurrido pensar en ello hasta hoy, cuando Jen ha mencionado que tenía que abrir el baile con su padre y luego seguirían las demás parejas. Me he dado cuenta de que seguramente también yo tendré que bailar.

–Si no quieres, no tienes por qué hacerlo. Seguro que a Jen no le importa cambiar las tradiciones.

–Sigo teniendo dos piernas y no me gusta nada poner excusas, así que vamos a bailar juntos.

A Lily se le encogió el estómago. Bailar con él en la boda sería fácil porque habría mucha gente alrededor. Pero estar a solas con él en aquel momento, de noche… eso empezaba a darle miedo.

–No te preocupes, no va a pasar nada. No es tan importante.

Noah se levantó entonces para entrar en la casa, dejándola sola en el porche, y Lily se mordió los labios. Le había pedido ayuda y ella había contestado como si no tuviera ninguna importancia, sencillamente porque le importaba demasiado. Porque lo deseaba tanto como no lo deseaba. Porque tenía miedo. Pero incluso para ella ésa no era razón alguna.

De modo que se levantó para seguirlo hasta el interior de la casa. Noah estaba en medio del salón, el muro protector que solía levantar a su alrededor firmemente en su sitio.

–Lo siento, no quería tratar el asunto con tanta ligereza. Entiendo que no sea fácil para ti.

Noah se dio la vuelta y vio la silueta de Lily en la puerta, recortada contra la luz de la luna. ¿De verdad pensaba que el problema era que le daba vergüenza bailar por el brazo? Eso le daba igual.

Pero tal vez era mejor así. Tal vez era mejor que no supiera que lo que temía era decepcionarla. Quería dejarla con un buen recuerdo del día de la boda… y de repente dejó de importarle lo que dijese la gente, sólo quería bailar con ella y no convertir el baile en un desastre. Aunque no sabía si podría sujetarla con un solo brazo.

–No podremos bailar de la manera tradicional –admitió–. Y no quiero tener que imaginar cómo vamos a hacerlo delante de cientos de personas mañana.

–¿Y qué quieres hacer?

–Quiero bailar contigo ahora.

–¿Ahora? –sonrió Lily.

–Ahora –repitió él, dando un paso adelante–. Lejos de todo el mundo,

solos tú y yo –Noah tragó saliva, preguntándose por qué quería confiarle la razón por la que tenía miedo. Por qué quería hablarle de las dudas que tenía sobre su vida, sobre su futuro, de las decisiones que debía tomar.

Quería compartirlo todo con ella y temía que Lily lo rechazase. ¿Cómo iba a esperar que soportase sus cicatrices si él apenas podía mirarse en el espejo? No podía esconder el brazo amputado, pero había logrado esconder otras consecuencias de la emboscada en el desierto.

–Tengo menos de la mitad del brazo derecho y… no quiero que mañana te encuentres incómoda –siguió, dejando escapar un suspiro–. Maldita sea, daría lo que fuera por tener los dos brazos para abrazarte ahora mismo.

Sin decir nada, Lily se acercó al estéreo y pulsó un botón. Una música suave empezó a sonar entonces… y Noah casi podría jurar que sentía la mano perdida. Tal vez porque estaba deseando tocarla, acariciar su pelo. Cerró los ojos, incapaz de controlar la sensación de hormigueo mientras los recuerdos chocaban con la realidad…

–Entonces baila conmigo, Noah.

Lo miraba con un brillo afectuoso en los ojos mientras le ofrecía su mano derecha, que él tomó con la izquierda. No podía apretarla contra su cuerpo con las dos manos y odió su discapacidad en aquel momento más de lo que la había odiado cuando despertó en Kandahar.

Noah tragó saliva, deseando por primera vez tener una prótesis para, al menos, poder fingir que la abrazaba como debía hacerlo un hombre.

Nervioso, empezó a mover los pies al ritmo de la música en el oscuro salón. Años atrás hubiera usado la mano derecha para acariciar su espalda o jugar con su pelo; esa noche no podía hacer nada de eso. Esa noche le gustaba Lily más de lo que le había gustado nunca una mujer y, sin embargo, no podía hacer nada. Le gustaría hablarle de sus heridas de guerra, de sus cicatrices, pero hacer eso sería como empujarla a marcharse y no podría soportarlo; aún no. De modo que rezó para que la canción no terminase demasiado pronto.

Lily se mordió los labios. Se había dado cuenta de que si sujetaba su mano a la manera tradicional, Noah no tendría una mano que poner en su espalda, de modo que la soltó y se abrazó a su cintura.

Podrían haberse olvidado de las tradiciones y no bailar en la boda, pero Noah iba a arriesgarse, a hacer algo a pesar de su discapacidad, a pesar de las miradas de los demás. Y Lily se alegraba mucho. Estar a su lado, moviéndose en la oscuridad al ritmo de la música, era lo más dulce del mundo.

Sin pensar, levantó la mano para tocar su hombro, acariciándolo por

encima de la tela de la camisa, cada fibra de su ser vibrando como si acabara de despertar a la vida. Con una mezcla de sorpresa y miedo, deslizó los dedos por el tríceps hasta sentir el tope de silicona bajo la camisa.

Notó que se ponía tenso y contuvo el aliento, moviendo los dedos de nuevo hasta su hombro, su cuello, la línea donde su pelo rozaba el cuello de la camisa para bajar de nuevo hasta el bíceps…

–Lily –murmuró Noah.

–No voy a fingir que no existe –dijo ella–. Es parte de ti.

–Sólo una parte –suspiró Noah amargamente.

–Sí, sólo una parte, es verdad. ¿Por qué no la compartes conmigo?

Él vaciló un momento y cuando respondió, su voz era ronca, como si le doliese hablar:

–Porque quiero ser perfecto para ti.

En ese momento Lily sintió que escapaba de la vida que se había construido para sí misma para ir a un sitio tan dolorosamente dulce que la dejaba sin aire. Y no podía hacer nada para evitar esa inundación de sentimientos.

–Pero lo eres, Noah –le dijo, de todo corazón–. Eres perfecto.

Noah tiró de ella para apretarla contra su pecho y cuando inclinó la cabeza para besarla todas las razones que había contra ellos se evaporaron como el rocío de la mañana.

CAPÍTULO 8

–ESTÁS preciosa, Jen.

Lily dio un paso atrás para mirar a su amiga que estaba radiante con su vestido de novia. Tuvo que parpadear para controlar las lágrimas cuando el fotógrafo les hizo una foto sin avisar, pero la intrusión fue bienvenida.

Lo último que deseaba era emocionarse aquel día y saber que había una posibilidad de que le hiciesen una fotografía en cualquier momento la obligaría a mantener las apariencias.

–Y tú también –dijo Jen–. El vestido es precioso, Lily. No sé cómo darte las gracias.

–Eres una novia feliz y guapísima, ése es todo el agradecimiento que necesito –sonrió ella, volviéndose para tomar los dos ramos de flores que había sobre la cama–. Ahora ya estás lista. Tú tienes tu ramo de novia, yo tengo mi ramito de dama de honor… y hay una sorpresa esperando fuera.

–¿Una sorpresa? –Jen se acercó a la ventana–. ¡Oh, Lily!

–No podíamos ir a la boda en mi coche, ¿verdad? Vamos a ir como Dios manda. Aunque te advierto que no es muy veloz, así que date prisa.

Jen salió corriendo de la habitación, sujetándose la cola del vestido, y Lily la siguió. Fuera las esperaba una calesa tirado por un caballo.

–¿De dónde ha salido? Lily rió sin poder evitarlo. Jen había planeado aquel día meticulosamente, pero no había sospechado nada. –La señora Dodds conoce a mucha gente. Ha sido idea mía y de Noah.

–Pero bueno… al final hacéis buena pareja, ¿no?

Lily negó con la cabeza, intentando disimular la felicidad que le producía ser emparejada con Noah. Aunque fuese de broma. –No, sólo somos amigos. Además, hoy es tu día, tu boda. No tenemos que hablar de nada más. –No me puedo creer que esté pasando –suspiró Jen–. Llevo tantos años pensando en este día…

–¿Estás nerviosa?

–Un poco –contestó su amiga, llevándose una mano al estómago–. No sé por qué. He querido casarme desde siempre.

–Recuerda quién está esperándote en la iglesia –sonrió Lily, pasando una mano por la falda de su vestido rosa.

Noah estaría allí con su esmoquin. El mismo Noah que había bailado con ella y la había besado por la noche hasta que estuvo segura de que se le iba a romper el corazón. El hombre fuerte e irascible le había mostrado su parte más vulnerable y había puesto su mundo patas arriba.

Noah.

–¡Lily, escucha!

Las campanas de la iglesia estaban sonando y tuvo que hacer un

esfuerzo para mantener la sonrisa. No era justo hacer comparaciones porque la vida no era justa. Y no le robaría ese momento de felicidad a su amiga por nada del mundo, pero no era justo que a ella le hubiesen robado una boda y que ahora, cuando había vuelto a enamorarse, fuese del hombre equivocado.

Llegaron a la iglesia cuando las campanas estaban dejando de tocar y el fotógrafo corrió a su lado en cuanto la calesa se detuvo.

–Vamos a hacer una foto en la puerta, con tus padres y la dama de honor.

Jen bajó de la calesa sujetando su falda con una mano y Lily le colocó la cola del vestido sobre los escalones. Había sido idea de Jen que las dos llevasen el mismo escote, pero de repente se sentía incómoda. ¿Qué pensaría Noah al verla con aquel vestido rosa hasta los pies? ¿Cómo la miraría cuando entrase en la iglesia? Las cosas entre ellos no habían terminado bien por la noche…

Se había disculpado, titubeando en medio de la habitación, pero al final prácticamente salió corriendo. Noah parecía tranquilo, pero ella necesitaba huir.

¿Qué le diría cuando tomase su brazo para salir de la iglesia? ¿Y cuando tuvieran que hacerse las fotografías de rigor o durante el banquete?

Pero no podía ser, no podía estar enamorada de él. Era la boda de Jen lo que la tenía embrujada. Y el tiempo que habían pasado juntos, nada más. Nunca había salido más que un par de veces con alguien desde que Curtis la abandonó, pero todo había cambiado cuando su mejor amiga le pidió que echase una mano al hermano de su prometido. Tal vez esa larga sequía la había dejado sedienta y Noah era demasiado tentador.

Lo importante era que Noah volvería a la vida militar. Lo de la noche anterior era culpa de la noche, la boda, la música, la oscuridad del salón. La había besado, nada más.

De modo que irguió los hombros y respiró profundamente el olor a hierba recién cortada mientras subía los escalones de la iglesia delante de Jen y sus padres. Sonrió a los amigos de Andrew, Clay y Dawson, que llevaban traje de chaqueta y no los vaqueros de rigor, y Clay le guiñó un ojo mientras escoltaba a la señora O'Keefe hasta su banco.

Lily se volvió hacia Jen, que había tomado el brazo de su padre, y le colocó el velo por última vez.

–Nos vemos en un segundo –le dijo al oído.

La música del órgano empezó a sonar y Lily se dio la vuelta, agarrando el ramito de flores silvestres que llevaba en la mano hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

Andrew estaba frente al altar, pero no era él quien llamaba su atención sino el hombre que estaba a su lado.

Noah.

Estaba sonriendo y con los ojos parecía decirle que la encontraba preciosa. Lily parpadeó, preguntándose por qué demonios tenía ganas de llorar.

Pero estaba tan guapo, tan alto, su ancho torso destacado por el corte de la chaqueta del esmoquin y el nudo de la corbata blanca moviéndose cuando tragaba saliva.

La música del órgano alcanzó el *crescendo* y todos los congregados se levantaron cuando Jen empezó a recorrer el pasillo del brazo de su padre. Lily no podía evitar la sonrisa que iluminaba su rostro cuando las miradas de Jen y Andrew se encontraron, tan llenas de amor y de esperanza.

Algo la hizo mirar a Noah en ese momento y vio que la miraba con el ceño fruncido, como haciéndole una pregunta. No había esperado que recordase el vestido de novia que se estaba probando aquel día frente al espejo… pero no sólo lo había visto, había tocado los tirantes que lo sujetaban, la cremallera. Lily tembló al recordar el roce de sus dedos.

El párroco abrió el libro de salmos y, cuando dijo aquello de: «si alguien tiene alguna razón por la que estas dos personas no puedan unirse en matrimonio debe decirlo ahora o callar para siempre» Lily se quedó helada, su corazón rompiéndose en mil pedazos mientras apretaba el ramo de flores con fuerza.

Allí era donde su cuento de hadas había terminado. Angustiada, intentó concentrarse en lo que decía y no en sus recuerdos, pero no funcionaba. La emoción, las palabras airadas, las lágrimas, la desilusión. Nunca había hecho las promesas ni le había puesto el anillo en el dedo a Curtis. Ni había saboreado el primer beso de casada. Todo había terminado con una simple palabra. «Si alguien tiene alguna razón por la que estas dos personas no deban unirse en matrimonio…».

«Sí».

Pero en aquella ocasión el párroco siguió adelante y el resto de la ceremonia transcurrió para Lily como un borrón. Sujetó el ramo de novia mientras Andrew y Jen se intercambiaban los anillos y luego vio cómo sellaban el matrimonio con un primer beso.

Una solista cantaba mientras la pareja firmaba en el libro de registro y luego llegó el turno de Lily y Noah. Él sujetó su ramo de flores mientras se sentaba para firmar, intentando no pensar en lo guapo que estaba con el esmoquin. Cuando terminó e intentó recuperar el ramo, sus dedos se rozaron. El menor contacto hacía que su corazón se desbocase y observó,

fascinada, que él sacaba la punta de la lengua para mojarse los labios…

Lily se preguntó entonces por qué tenía la sensación de haber mantenido una conversación con él durante la última media hora cuando la ceremonia había hecho imposible que se dirigieran la palabra.

Cuando todo terminó, tomó a Noah del brazo para salir de la iglesia y, durante los minutos de confusión en los que vecinos y amigos intentaban besar a la pareja, él aprovechó para mirarla de arriba abajo.

–Estás maravillosa.

Lily sonrió, intentando mostrarse serena.

–Gracias. Tú también estás muy guapo.

–Oye, sobre lo de anoche…

–No, por favor, es mejor que lo olvidemos –lo interrumpió ella–. ¿Por qué no intentamos disfrutar del día? Somos cómplices, ¿recuerdas? No está bien admitir que uno odia las bodas mientras participa en una, pero es la verdad.

–¿Entonces me estás usando para sobrevivir a la fiesta?

Si él supiera… pero la verdad era que aunque sintiese algo que no había esperado volver a sentir, nada había cambiado. ¿Qué quería de él? Desde luego, no era un matrimonio. Esa idea la emocionaba y, a la vez, la hacía sentir el deseo de salir corriendo.

–¿Por qué no intentamos pasarlo bien? Somos amigos y me gustas. Mucho, en caso de que no te hayas dado cuenta. Vamos a dejarlo ahí. ¿No podemos pasarlo bien el tiempo que estemos juntos?

Si Noah se había percatado de la nota de desesperación en su voz, no dijo nada.

–Sí, claro –respondió por fin–. Aunque pasarlo bien es algo que casi se me ha olvidado.

–Pues entonces es hora de volver a hacerlo.

–¿Señorita Germaine? ¿Señor Laramie? Los necesito para las fotografías –los llamó el fotógrafo.

Lily se levantó un poco la falda del vestido.

–Vamos. Si tú puedes soportarlo, yo también.

El fotógrafo empezó a decirles cómo debían colocarse en los escalones de la iglesia e hizo fotografías de Lily y ella juntas, sus vestidos y ramos de flores perfectamente colocados, fotografías de los dos hermanos y, por supuesto, de los novios con algunos de los invitados.

Pero había una mujer apartada de los demás, una mujer muy delgada y encogida, casi como si quisiera pasar desapercibida. Lily vio cierto aire familiar en sus pómulos, en sus ojos. El parecido no era muy notable, pero estaba allí.

–¿Es ella? –le preguntó en voz baja–. ¿La mujer que está frente a los arbustos?

–Sí, es mi madre –contestó Noah, apretando los labios.

–¿Has hablado con ella?

–¿Para decirle qué? Hola no es suficiente y no se me ocurre que más podría decirle. –Sí, te entiendo –murmuró Lily, apretando su mano. Andrew los llamó en ese momento y Noah suspiró, irritado.

–¿Qué ha sido de la diversión? –suspiró, haciéndole un guiño antes de llevarla hacia los novios–. ¿No querías divertirte? Pues vamos.

El fotógrafo quería una fotografía de la dama de honor y el testigo y había elegido la sombra de un álamo para ello. Noah se apoyó ligeramente en el tronco mientras Lily se apoyaba en su hombro derecho, disimulando la manga cosida a la altura del codo.

–Hueles bien –dijo él, haciéndola sonreír.

–Son las flores.

–No, eres tú.

–Señor Laramie, creo que está coqueteando conmigo –rió Lily. –Y puede que tenga razón, señorita Germaine. Aquello estaba mejor, pensó Lily. Aunque sus sentimientos por él fuesen auténticos, lo importante era no dejarse llevar. Ni declaraciones de amor ni expectativas de compromiso. Una firme convicción de que aquello era sólo temporal. Sí, eso era lo que debía hacer…

–¿Lily? El fotógrafo nos ha pedido que nos movamos. –Ah, sí, perdona. ¿No hemos terminado? La verdad es que me vendría bien tomar algo fresco.

–Voy a preguntar, enseguida vuelvo.

Unos minutos después volvía con la chaqueta del esmoquin colgada de un dedo.

–¿Y bien?

–Podemos irnos ya. Andrew y Jen irán al banquete en la calesa. Nosotros podemos ir en mi camioneta.

–Ah, muy bien.

Lily lo siguió hasta el aparcamiento y se levantó la falda del vestido para subir a la camioneta.

–Bonitos zapatos. No serán unos zapatitos de auténtico cristal, ¿verdad?

Ella soltó una carcajada. No había podido resistirse al verlos en el escaparate. Eran de color rosa, con un lazo en el empeine y tacones

transparentes. Parecían de cuento de hadas, pero le habían encantado en cuanto se los probó.

–No, claro que no.

–Muy bien, Cenicienta, vamos al baile –sonrió Noah.

Lily miró por la ventanilla para disimular que se había puesto colorada. Tenía la absurda sensación de ir subida en una calabaza.

Se habían hecho los brindis de rigor, los novios habían cortado la tarta y el disc jockey estuvo poniendo música romántica hasta que llegó el momento del baile. Lily fue al servicio de señoras para retocarse el maquillaje y cuando salió se encontró a Noah y su madre, Julie Reid, hablando en una esquina.

Le gustaría acercarse, no para saber de qué estaban hablando sino para apoyar a Noah, pero se apartó discretamente.

Ver a su madre por primera vez después de más de veinte años y en un sitio público… no podía imaginar cómo reaccionaría ella si Jasmine hubiese aparecido de repente.

Pero se quedó helada al verlo sonreír. No era una sonrisa muy alegre, pero era una sonrisa al fin y al cabo. Y decidió que era el momento de intervenir.

–¡Ah, por fin te encuentro! El baile está a punto de empezar. –Lily, te presento a mi madre, Julie Reid –dijo Noah–. Ella es Lily, la dama de honor.

–Hola –dijo la mujer, incómoda.

–Perdónanos un momento –se disculpó Noah, tomando la mano de Lily. –¿Qué tal ha ido todo? –Bien, supongo. Somos extraños y los dos lo sabemos. No ha sido tan difícil como imaginaba… en realidad, me alegro de que haya venido porque a Andrew le ha hecho ilusión. No sé, a lo mejor también ha sido bueno para mí.

El disc jockey anunció que comenzaba el baile y se quedaron observando a Andrew y Jen en la pista, mirándose tiernamente a los ojos.

–Bueno, nos toca –dijo Noah unos minutos después.

Pero Lily notó que estaba tenso.

–Vamos a bailar –le dijo, poniendo una mano en su cintura. Podía sentir el calor de su piel a través de la camisa y el chaleco blanco.

Él empezó a moverse primero y Lily lo siguió, sin dejar de mirarlo a los ojos. Y se dio cuenta de que, poco a poco, empezaba a relajarse.

–Gracias por todo lo que has hecho hoy.

–Lo prometí, ya sabes.

–Sí, es verdad.

–Y yo siempre cumplo mis promesas. ¿Recuerdas?

Noah soltó su mano para tocar su cara.

–Me acuerdo, sí. Incluso cuando yo intentaba que no las cumplieras.

–Sí, bueno, deberías alegrarte de no haberlo conseguido porque entonces no tendrías una compañera de baile.

–Y también habría perdido una amiga. Aunque vaya vestida de rosa.

–¿Cómo puede ser tan cruel, señor Laramie? –coqueteó Lily.

–No sé por qué no te gusta el rosa. La verdad es que te sienta muy bien.

–Es por algo que dijo mi madre una vez…

–¿Vas a contármelo? –Noah inclinó a un lado la cabeza–. No vas a dejarme a medias, ¿verdad?

Lily recordaba ese momento con toda claridad. Ella llorando en la habitación del hotel y Jasmine ayudándola a quitarse el vestido de novia…

–De verdad, Lily, ¿blanco? ¿Tenías que elegir un vestido blanco? El rosa te queda muchísimo mejor. El blanco es un color tan aburrido.

Le había dolido en el alma que su madre se mostrase tan despreocupada en el peor momento de su vida.

Como si fuera a importarle el vestido cuando todo su mundo se había puesto patas arriba.

–¿Lily? –la voz de Noah interrumpió sus pensamientos y, de repente, se dio cuenta de que una lágrima rodaba por su mejilla.

–Déjalo, no digas nada. Sonríe y baila. Eso es lo único que se espera de nosotros.

Cuando la canción terminó, Lily se alejó de la pista de baile a toda prisa.

CAPÍTULO 9

LILY tuvo que respirar profundamente varias veces para recuperar la compostura. Había luchado mucho contra los recuerdos aquel día, pero en algunos momentos era imposible. El olor de las flores, la alfombra de la iglesia…

Por mucho que se dijera a sí misma que lo había superado, seguía llevando las cicatrices de aquel día horrible.

Pero aún no podía marcharse porque había cosas que hacer. Jen tenía que lanzar el ramo y aún faltaban unos minutos para que los novios se fueran de luna de miel. La dama de honor y el testigo no podían marcharse, ¿qué explicación iban a dar? No podía decir que aquel día era un doloroso recordatorio de sus sueños rotos. Y tampoco podía hablarle a nadie de sus sentimientos por Noah. Lo último que deseaba era que Jen y Andrew empezaran a hacerse ilusiones.

Los invitados seguían bailando en la pista, pero Lily se acercó a la ponchera para servirse una copa y tener así las manos ocupadas. Noah apareció a su lado enseguida.

–¿Qué ha pasado?

–Nada –contestó ella, sin mirarlo.

–Lily…

Ella bajó la copa y lo miró, irritada. Le gustaba más cuando no se daba cuenta de todo.

–Déjalo, Noah. No importa.

Él no se apartó, sin embargo. Había prometido estar a su lado en la boda y, aparentemente, estaba dispuesto a cumplir su promesa.

Noah tragó saliva mientras admiraba su perfil. Era tan preciosa, pensó. Se había rizado el pelo y llevaba perlitas en algunos mechones. Su piel brillaba en contraste con el rosa pálido del vestido, casi como suplicando que la acariciase…

Sin pensar, alargó una mano para tocar su hombro y cuando lo rozó Lily se volvió para mirarlo.

–¿Qué haces? –le preguntó en voz baja.

«Seducirte», pensó él. Sonaba ridículo, claro. Se habían besado la noche anterior y aquel día la tocaba porque no podía evitarlo. Pero seducir era algo muy diferente. La seducción exigía una conclusión y él sabía que eso era imposible. No, no la seduciría, no iría demasiado lejos. Tenía demasiadas cosas por decidir como para complicar la situación aún más.

Demasiadas decisiones. Pero tampoco parecía capaz de detener aquella simple caricia.

–Te estoy tocando. ¿Quieres que pare?

–Pues…

Esa vacilación hizo maravillas por la confianza de Noah. No quería que se diera cuenta de su inseguridad y saber que tenía el poder de dejarla sin palabras, el poder de hacerla suspirar mientras la besaba… lo hacía sentir como un hombre otra vez.

Lily se había marchado de su casa por la noche y pensó que se iba porque no estaba interesada. Sin embargo, al ver que respiraba agitadamente supo que sentía lo mismo que él.

Pero allí estaban, en Larch Valley, con su hermano y su cuñada, los amigos y hasta su madre. Noah miró alrededor. Veía a antiguos compañeros de colegio, vecinos como Jim Barnes que aún era el propietario de Papá Pizza. A Agnes Dodds, que le había dado más de un palmetazo en el colegio y ahora era la propietaria de una tienda de antigüedades. Aquél no era el sitio más adecuado para desear a la dama de honor. No, no la deseaba. Desear era algo superficial y él sentía algo más.

Pero, por una vez, no quería pensar en los errores que había cometido o en su recuperación o en las decisiones que debía tomar sobre su vida. Por una vez quería vivir el momento. Pensar sólo en aquella mujer guapísima que lo miraba con los ojos brillantes.

–¿Quieres que te lleve a casa?

–No podemos irnos todavía.

Noah dio un paso atrás. Tal vez se había equivocado.

–Pero me gustaría que me llevases… más tarde.

Lily sonrió dulcemente y esa sonrisa lo golpeó con la fuerza de un puñetazo.

–Muy bien –asintió Noah–. Cuando quieras irte, dímelo.

Tenía que mezclarse con la gente, hablar con los demás en lugar de mirarla todo el tiempo. Era la única forma de evitar que la tocase.

–Voy a charlar un momento con Clay –le dijo–. Luego te veo.

Noah tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarse, pero se acercó a Clay para charlar sobre lo que iban a hacer en el rancho en ausencia de Andrew.

No era tan interesante como estar con Lily, pero era lo que debía hacer.

Una vez que su amiga había tirado el ramo de novia, Andrew y Jen escaparon bajo una lluvia de arroz y Lily se ocupó en guardar las copas especialmente grabadas para los novios en una caja.

–¿Qué haces?

Lily se sobresaltó al oír la voz de Noah porque estaba pensando en él otra vez. La caricia de antes había provocado un incendio y ahora estaba

detrás de ella, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Y le temblaban las manos mientras guardaba la última copa en la caja.

–Son unas copas especiales. Jen me pidió que las guardase.

–¿Entonces nos vamos?

Ella se mordió los labios. No debería aceptar que la llevase a casa. Noah estaba empezando a ser demasiado importante para ella…

Pero cuando miró su atractivo rostro supo que daba igual. Era con él con quien quería estar. Era su sentido del humor y su comprensión lo que había hecho que aquel día fuese tolerable.

Y era él en quien confiaba.

–Sí, ya he terminado.

No habría más decisiones ni más retrasos. Iba a ir con él, aunque aún no sabía cómo quería que acabase la noche.

Era la hora del día favorita de Lily, cuando la luz no se había ido del todo y el cielo era de color índigo y lavanda, cuando empezaban a asomar las primeras estrellas.

Noah abrió la puerta de la camioneta y sujetó la caja de copas mientras Lily subía. Lo que había entre ellos era demasiado frágil, demasiado tenue como para estropearlo con una conversación, de modo que no dijo nada. Además, no era necesario.

Y cuando llegaron a su casa supo que no quería entrar sola. No quería subir a su habitación y quitarse el vestido de dama de honor en una casa vacía, con la cabeza llena de recuerdos. No quería acostarse deprimida.

En algún momento había empezado a necesitar a Noah, a confiar en él y la verdad era que no quería estar con nadie más esa noche. Quería estar con Noah, pero no porque la hiciese olvidar sino porque el aire le parecía un poco más frío cuando él no estaba cerca. Porque la tocaba como no la había tocado nadie en muchos años y porque aún no estaba preparada para decirle adiós.

–¿Quieres entrar? Puedo hacer un café, si te apetece.

Noah se había soltado la corbata y llevaba la chaqueta del esmoquin desabrochada, como cuando salió del probador en la tienda. Y Lily no estaba preparada para desearlo tanto, ni para sentirse unida a él como por una fuerza invisible.

–Eso me gustaría mucho.

Lily encendió la luz para ir a la cocina mientras Noah la seguía, alto y elegante con su esmoquin. Pero le temblaban las manos mientras hacía el café y empezó a tener dudas. No quería estar sola, pero estar a solas con Noah también era peligroso. Aquello iba más allá de la atracción física, ella quería más. ¿Cuánto más? ¿Todo? Pensar eso hizo que soltase la

cuchara con la que estaba echando el café. En todos aquellos años no se había tenido que enfrentar con tal decisión.

Nerviosa, volvió a tomar la cuchara. Tal vez sólo era por la boda. Las bodas volvían loca a la gente, ¿no decía eso todo el mundo? Tenía que olvidarse del hechizo de la boda y el primer paso sería quitarse el vestido de dama de honor.

–Si no te importa, me gustaría cambiarme.

–¿Y si me importase?

Lily tragó saliva al sentir un delicioso escalofrío, una respuesta elemental ante su proximidad.

Noah alargó una mano para ponerla sobre la cintura del vestido.

–Estás preciosa.

–Noah…

–Preciosa –la interrumpió él–. Como un helado de fresa y nata –murmuró, deslizando la mano por los cristalitos del corpiño. Lily no podía pensar, no podía respirar–. Tan suave –Noah rozó sus labios con los suyos–. Y tan dulce…

Lily no podía defenderse y no quería hacerlo, de modo que puso una mano en su pelo para empujar suavemente su cabeza, para besarlo, saboreando el champán en sus labios, la tarta, el seductor aroma que era sólo de Noah. Y la pasión que sentía la dejaba sin aliento.

Noah la empujó suavemente hacia la encimera de granito y Lily inclinó hacia atrás la cabeza mientras él besaba su cuello, haciéndola suspirar.

En ese momento pensó que aquello era demasiado… demasiado rápido, demasiado todo. Tenían que parar o acabaría con el corazón roto.

Olvidó entonces la resolución que la había hecho aguantar durante todo el día y, de repente, volvió a recordar esa capilla en Las Vegas, a Curtis, a su madre, las esperanzas rotas. Lo único que había querido siempre era un sitio que pudiera llamar suyo y pensaba haberlo encontrado en Larch Valley…

Pero Noah había cambiado eso. Lo había cambiado todo. Lo que había conseguido en su vida de repente ya no era suficiente. Y él sólo le estaba ofreciendo unos besos. Era todo lo que podía ofrecerle.

–Lily… –murmuró con voz torturada mientras la apretaba contra su pecho–. Lily, no llores. No llores, por favor.

Noah empujó suavemente su cabeza hacia la pechera de la camisa, que olía a su colonia. No, ella nunca lloraba. Ella era Lily, que siempre se mostraba positiva y se guardaba las penas para sí misma. Pero estaba cansada de ser esa persona. ¿Cuándo había sido ella misma por última

vez? ¿Cuándo le había dejado ver a alguien quién era en realidad?

–¿Qué ocurre, Lily?

Ella suspiró. ¿Cómo iba a explicarle lo que había empezado a sentir por él en tan poco tiempo? ¿Cómo iba a decirle que estar con él había puesto su mundo patas arriba?

–No sé si puedo contártelo.

–¿Tiene algo que ver con el vestido de novia que llevabas puesto aquel día? Lily dejó escapar un suspiro. –Debería haber imaginado que te acordarías –susurró, parpadeando para contener las lágrimas. No había querido hablarle de Curtis, pero eso era mejor que hablarle de sus sentimientos–. Tú pensaste que era el de Jen…

–Pero no lo era –la interrumpió Noah–. ¿Era tuyo?

–Sí –respondió Lily por fin, mirando ese rostro que había visto tantas cosas. Después de guerras y batallas, sabía que su pena le parecería algo trivial–. Te va a parecer una bobada…

–¿Por qué? –Porque sé lo que tú has tenido que pasar. Esto no es nada comparado con lo tuyo.

–Todo el mundo tiene que llevar su cruz. Que la tuya sea diferente a la mía no la hace menos importante. ¿Vas a contarme qué te pasó? ¿Te divorciaste?

–Oh, Noah, fue hace tanto tiempo… –Y me llamas cabezota a mí –Noah se dejó caer sobre un sillón y la colocó sobre sus rodillas.

Lily le pasó una mano por el cuello y miró su cara, intentando memorizar sus rasgos, las arruguitas que tenía alrededor de los ojos, los hoyitos en las mejillas. Era tan atractivo pensó. No sólo por fuera, por dentro también. Obstinado, desde luego, pero a veces eso era una tapadera.

Resultaría muy fácil enamorarse de él, pero tal vez decirle la verdad sería suficiente para que se distanciasen.

–Cuando tenía dieciocho años me escapé a Las Vegas para casarme. Mi novio se llamaba Cutis y llevábamos meses planeándolo, esperando que yo cumpliese la mayoría de edad. Él estaba en el primer año de universidad y yo casi había terminado el instituto.

Noah siguió sujetando su cintura firmemente, acariciando su brazo con los dedos. Y ella se sentía tan segura, tan protegida. Tal vez por eso le contaba cosas que no le había contado a nadie.

No había querido que nadie en Larch Valley conociera su historia, sus errores. Pero era más fácil echar mano del pasado para buscar explicaciones que confesarle sus sentimientos.

–Ahorrábamos todo el dinero que podíamos durante ese tiempo –siguió–. Mi madre era costurera y me había enseñado a coser, así que compre la tela y me hice el vestido de novia yo misma.

–¿Lo hiciste tú? ¿El vestido que llevabas puesto? Pero si era precioso.

–Siempre me ha gustado el diseño y solía hacerme toda mi ropa… –Lily se dio cuenta entonces de que no había vuelto a diseñar nada aparte del vestido de novia de Jen. Y de que echaba de menos hacerlo–. Entonces tenía muchos sueños. En fin, llegamos a Las Vegas, incluso a la capilla donde tendría lugar la boda. Pero cuando llegó el momento de las objeciones, alguien abrió la puerta… y allí estaban los padres de Curtis.

–¿Interrumpieron la ceremonia?

–Legalmente podríamos haber seguido. Yo tenía dieciocho años, era una adulta. Pero los padres de Curtis, que siempre se habían portado bien conmigo… –Lily tragó saliva, recordando lo pequeña que se había sentido en ese momento–. Dejaron bien claro que no era la clase de chica con la que Curtis debía casarse. Les parecía bien que saliéramos juntos, pero supongo que no se habían dado cuenta de que íbamos en serio. Yo no era nadie y él estaba destinado para alguien mejor que yo.

–¿Y qué dijo Curtis?

Lily rió entonces, un sonido amargo.

–Nuestro plan había sido que terminase la carrera antes de empezar a trabajar con su padre. Yo iba a diseñar, incluso pensábamos que algún día podría abrir una pequeña boutique… pero ese plan se evaporó cuando el padre de Curtis dijo que si nos casábamos lo dejaría fuera de su testamento.

–¿Y te dejó?

–Sin dudarlo un momento –contestó ella–. Se marchó con sus padres y me dejó plantada en el altar.

–Entonces es que no te quería.

El corazón de Lily se encogió. Le dolía escuchar la verdad. ¿Qué esperaba de Noah? Amor no, desde luego. Se marcharía como había hecho Curtis.

–Lo sé, te lo aseguro.

–Si te quisiera no se habría marchado.

Y así, de repente, su corazón volvió a latir con fuerza. ¿Qué tenía Noah que la hacía sentir tan especial?

–¿Y tu madre? –le preguntó entonces.

Su madre… Jasmine debería haberla consolado en ese momento, pero se había mostrado increíblemente despreocupada.

–Según ella, era lo mejor que me podía haber pasado. Tuve que

soportarla durante horas diciéndome que había sido una tonta, que era demasiado joven para quedarme con un solo hombre cuando tenía toda la vida por delante, llena de aventuras. Pero yo no quería aventuras.

–De modo que te rompieron el corazón, pero a nadie le importó.

–Sí, eso es –susurró Lily.

–Ahora entiendo por qué no te gustan las bodas.

–Nunca se lo he contado a Jen. Además, sé que Andrew y ella se quieren mucho… pero Curtis también decía quererme y, sin embargo, para él fue muy fácil dejarme plantada. No sé si creo en el amor después de eso, Noah.

Pero ahora se preguntaba si Jasmine habría tenido razón después de todo. ¿Cuánto tiempo había perdido lamentando sus sueños rotos? En lugar de vivir la vida se había conformado con una imitación de sus sueños. Tenía la casa que siempre había querido, pero le parecía un sitio vacío. Y cuando por fin parecía soltar un poco el rígido control de su vida… estaba a punto de acabar como la última vez.

–Mi madre decía que la vida era demasiado corta como para enamorarse sólo una vez. Decía que yo era aburrida y predecible porque no quería vivir como lo hacía ella.

–¿Y tu madre es feliz?

Esa pregunta la sorprendió. ¿Era feliz Jasmine? Ella decía que lo era. Siempre le había parecido un espíritu libre que vivía el momento. Sus amantes iban y venían y algunos habían sido amables con Lily, aunque ella siempre había soñado secretamente que alguno se convirtiera en su padre.

¿Pero y ahora?, se preguntó. No lo sabía. Aparte de una tarjeta de felicitación en su cumpleaños y en Navidad, no había hablado con su madre en muchos años.

De modo que tuvo que contestar: –La verdad es que no lo sé. ¿Y tu madre, por cierto? ¿Te ha parecido que era feliz?

–No –contestó Noah–. Se ha pasado la vida buscando la felicidad, pero no la ha encontrado. Ni con mi padre ni con su segundo marido. Ya no estoy enfadado con ella y, sin embargo, no es fácil olvidar que alguien te ha hecho daño. Sobre todo cuando ese alguien debería haber cuidado de ti. Incluso cuando esa persona eres tú mismo. Mi madre no es una mujer fuerte, Lily. No es como tú.

¿Fuerte? Nadie la había descrito así antes. Segura de sí misma, capaz, desde luego. Dispuesta a hacer un favor, también. Pero nadie la veía por dentro como Noah. Había intentado usar su pasado como una barrera, esperando que se diera la vuelta, y en lugar de eso la había saltado.

Y, aunque era un alivio bajar la guardia por fin, le daba miedo. Porque Noah, como todas las personas que le importaban de verdad, también se marcharía. ¿Cuál era la alternativa, el matrimonio? Ella sería un desastre como esposa de un militar porque tendría que enfrentarse con su peor pesadilla: tener que cambiar constantemente de ciudad, de casa…

¿Y los niños? ¿Cómo iba a hacer que sus hijos tuvieran que pasar por lo que había pasado ella de pequeña?

Lily se levantó entonces.

–Voy a cambiarme de ropa. Pero tú puedes tomar un café mientras tanto.

Antes de que pudiera decir nada, Lily subió a su habitación.

Noah no era algo permanente. Como no lo habían sido Jasmine o Curtis. Y tenía que recordarlo.

Porque sus deseos eran absurdos y, ya que la boda había terminado, era hora de apartarse. Sería lo mejor para todos.

CAPÍTULO 10

HABÍA sido un día muy largo, pensaba Noah mientras sacaba una caja de pasta del armario.

Había hecho gran parte de las tareas él solo y había tardado más de lo que le gustaría. Además, Pixie le había golpeado el costado derecho cuando entró en el cajón y aún le dolía todo el cuerpo. Para rematarlo, la noche anterior había tardado horas en dormirse y, sencillamente, no estaba a todo gas esa mañana.

Por la noche se había tumbado en la cama, pensando en Lily, dándole vueltas a lo que le había contado, pensando en ella y en la boda, en el ejército, en el rancho… hasta que todo se mezcló en su cabeza. Y el resultado fue que despertó aún más desconcertado que antes.

¿Qué quería Lily de él, un amigo, algo más que eso? Le había hecho confidencias y él la había animado a hacerlas. Y no sabía por qué. Había salido con muchas chicas, pero nunca se lo había tomado en serio, nunca se había enamorado de verdad.

Pero con Lily era diferente. Ella había conseguido saltar las barreras que él solía colocar a su alrededor para protegerse y la noche anterior… la noche anterior había estado a punto de olvidarse de todo salvo de ella y de cuánto la deseaba.

Intentó abrir la caja de pasta, pero se le resistía y, al final, se hizo un corte en un dedo.

–¡Maldita sea!

–¿Noah?

La voz de Lily hizo que se volviese hacia la puerta. Y allí estaba, en el porche, detrás de la mosquitera. Nervioso, tomó un paño de cocina y se envolvió en él la mano para disimular. Lily llevaba pantalones vaqueros, una camiseta de color cobre que se pegaba a sus curvas y unas sandalias con piedrecitas. Y estaba tan atractiva con ese atuendo informal como lo había estado el día anterior con el vestido rosa.

–Hola –la saludó, abriendo la mosquitera para dejarla pasar.

–Anoche te olvidaste esto en casa –dijo ella, ofreciéndole la corbata–. Imagino que tendrás que devolverla a la tienda junto con el esmoquin.

Noah alargó la mano, pero se dio cuenta de que la llevaba envuelta en un paño de cocina…

–¿Qué te pasa, por qué llevas ese paño?

–No es nada, me he cortado…

–¿Tienes tiritas? Yo te pondré una.

–No es nada, no tiene importancia –insistió Noah, volviéndose para entrar en el baño.

Lily no tenía que ayudarlo, podía hacerlo solo. Usó los dientes para

abrir una caja de tiritas, pero cuando intentó ponerse una en el dedo el plástico se arrugó… era imposible hacerlo con una sola mano.

–¿Noah? –lo llamó Lily desde la puerta.

Él se dio la vuelta, furioso, y al hacerlo se golpeó el brazo herido con el quicio de la puerta. Y el dolor casi hizo que cayera de rodillas.

–Dios… –Ven a sentarte un momento –murmuró Lily, llevándolo de vuelta a la cocina.

Noah apretó los dientes. No le dolía sólo el bíceps sino todo el brazo, hasta la punta de los dedos, aunque ya no estaban allí.

El dolor fantasma. De vez en cuando le ocurría, a veces cuando se daba un golpe o de repente, sin razón alguna. Y aquel día, estando particularmente cansado, era peor que nunca.

–¿Qué puedo hacer? –le preguntó ella, los ojos azules clavados en su cara.

–No es culpa tuya, ha sido un día muy largo y no estaba mirando lo que hacía.

Tenía la frente cubierta de sudor y no quería que lo viera así. No quería que lo viera convertido en un ser tembloroso, inútil. La mayoría del tiempo era capaz de soportarlo, pero a veces lo pillaba de improviso.

–¿No puedes tomar una pastilla o algo?

Él negó con la cabeza. Los analgésicos eran inútiles en esas ocasiones. Le dolía tanto el brazo que tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos, pero ella le había confiado la historia de Curtis… ¿podía él confiarle sus cicatrices?

–¿Puedo ponerte hielo o algo? –insistió Lily.

Noah contuvo el aliento. En algún momento alguien vería su brazo sin la protección. Se le había subido el bíceps y sabía que tenía que hacer algo para controlar el dolor. Y nadie mejor que Lily para hacer de enfermera.

–Tengo una cosa en el botiquín… es una bolsa de calor que me relaja los músculos.

Mientras ella sacaba la bolsa del botiquín, Noah intentó subir la manga de la camisa, pero había llovido esa mañana y estaba un poco húmeda, de modo que le costaba trabajo. Y tampoco Lily podía hacerla pasar por encima del bíceps.

–Vas a tener que quitártela.

–No.

–Sí –dijo ella.

–Lily, no.

No quería que lo viera así porque podría recordarlo cada vez que lo mirase: un hombre cubierto de cicatrices, no el Noah que había bailado

con ella en la oscuridad.

Pero Lily empezó a desabrochar los botones de la camisa a pesar de sus protestas… y entonces lo vio.

Y se llevó una mano al corazón, horrorizada.

Noah sabía lo que estaba viendo en ese momento, las marcas rojas, las cicatrices de la metralla. Un monstruo.

–Oh, Noah… no lo sabía. ¿Por qué no me lo habías dicho?

–No quería que lo vieras –susurró él.

Noah no era un hombre acostumbrado a llorar. No había llorado en el hospital ni cuando fue a ver la tumba de su padre. Ni cuando vio a su madre por primera vez en dos décadas. Pero en aquel momento era incapaz de controlar las lágrimas. Unas lágrimas calientes y amar
gas que se deslizaban por sus mejillas mientras parpadeaba para contenerlas. Lily tuvo que morderse los labios. Lo que debía haber sufrido aquel hombre…

No sólo era el brazo amputado sino las cicatrices que iban desde el torso hasta el abdomen. Y cuando lo miró a la cara vio que estaba llorando. Noah estaba llorando. Se le rompió el corazón al ver el dolor y la vergüenza en su cara. ¡Pero no debería sentirse avergonzado! Él no había hecho nada malo, no había hecho nada para merecerlo.

Las cicatrices no lo definían como persona. Para ella eran medallas al valor, a su fuerza, a su dedicación, a su sacrificio.

Sin decir nada, dio un paso adelante. Le gustaría hacer un montón de preguntas, pero sabía que no debía hacerlas. Estaba claro que esas marcas le provocaban más dolor que las propias heridas. No todas las cicatrices de Noah estaban a la vista, pero habían dejado una marca en su alma y eso era algo que ella podía entender.

–¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Noah tragó saliva mientras se quitaba la protección del muñón, descubriéndolo por primera vez. Y Lily se emocionó al darse cuenta de que ese gesto era una muestra de confianza.

–Dame la bolsa –le dijo, quitándosela para colocarla bajo la axila y atarla al hombro con la otra mano.

–No tenía ni idea, Noah.

–No tenías por qué –dijo él, desafiante–. No me gusta que lo vea nadie. –
¿Por qué?

–¿Tú qué crees? Es horrible, soy una masa de cicatrices y heridas. Nadie debería verme así –contestó Noah, volviendo la cabeza–. ¿Qué mujer me querría después de verme?

Siempre había parecido tan seguro de sí mismo y, sin embargo… ¿cómo podía no haberse dado cuenta?, se preguntó Lily. No sólo sufría físicamente, también se sentía horriblemente acomplejado. Lo había escondido bien hasta entonces, pero ya no era capaz de hacerlo.

–¿Creías que me iba a dar asco?

–¿Y no es así?

–¡No, no es así Noah!

Había sido una sorpresa ver las cicatrices, desde luego, pero no sentía repugnancia alguna, al contrario. En lo único que podía pensar era en cuánto debía haber sufrido.

–¿Qué más puedo hacer por ti?

–Un masaje ayudaría mucho –murmuró él, sin mirarla.

Sin dudarlo un momento, Lily empezó a masajear los músculos de su brazo y su hombro. La piel era fuerte, firme, pensó. Noah cerró los ojos y empezó a relajarse poco a poco.

La habitación empezaba a llenarse de sombras mientras seguía dándole el masaje, tocándolo como había querido tocarlo la otra noche, disfrutando de la dureza de su cuerpo, con defectos pero tan hermoso. Masajeó su hombro, el que ahora tenía que soportar todo el peso de las tareas, y luego bajó la mano por el brazo… pero de repente Noah se levantó de la silla y tomó la camisa.

–No, por favor.

Lily alargó una mano y tocó cada una de las cicatrices con el dedo. ¿Qué clase de hombre sufría tales daños y volvía a casa tan fuerte, tan decidido? Cada cicatriz lo hacía más hombre, no menos. Y el amor que había sentido por él antes no podía compararse con el sentimiento que experimentaba ahora.

–¿Cómo te las hiciste? –le preguntó por fin.

–La explosión me cortó el brazo y envió cientos de piezas de metralla por todas partes.

¿Qué atrocidades habría visto?, se preguntó Lily. No podía ni imaginar lo que sería tomar parte en una batalla.

–Nunca me has contado mucho sobre ese día.

–¿Para qué? –suspiró Noah.

–Me gustaría saberlo.

–Era muy temprano, antes del amanecer. Las cosas habían estado muy tranquilas durante todo el día anterior y ocurrió muy rápido, cuando yo estaba dormido. Me puse las botas a toda prisa y tomé el rifle… tres de mis hombres habían quedado atrapados bajo un muro que se había desplomado e intenté ayudarlos, pero cuando estalló la granada no me había puesto el

chaleco antibalas –Lily vio que un músculo se marcaba en su mandíbula–. Fue un error estúpido. Yo era un oficial y sabía que lo primero que hay que hacer es ponerse el chaleco, no era un cabo recién llegado al campamento.

Lily se daba cuenta de que estaba reviviendo el incidente y, de repente, lo entendió todo. ¿Se culpaba a sí mismo por haber cometido ese error? Él era humano, no pudo hacer más de lo que hizo.

–¿Y tus hombres?

–Sanos y salvos. Creo que llegaron a casa antes que yo.

–Entonces les salvaste la vida.

Lily puso una mano en su pecho y notó los latidos de su corazón. Se había sacrificado a sí mismo, pensó.

–No, lo que hice fue meter la pata y tuve suerte de salir con vida.

–¿Eso hubiera cambiado algo? ¿Si hubieras tenido el chaleco puesto habría cambiado algo?

Noah lo pensó un momento.

–No, supongo que no, no me hubiera salvado el brazo. Pero ahora tengo que vivir con todas estas cicatrices que me recuerdan lo que pasó… y no tienes que fingir, Lily. He visto tu cara.

–No estoy fingiendo nada –se defendió ella–. No sé lo que crees haber visto, pero te equivocas. No me producen repugnancia, al contrario.

–¿Cómo que no? –Noah se aclaró la garganta–. No digas tonterías.

–No son tonterías, estoy admirada. Admiro tu fuerza, tu valor, tu compasión. Y me duele que no te des cuenta, que no te valores a ti mismo. No tienes nada que esconder, ¿es que no lo sabes? –Lily pasó un dedo por las cicatrices de su pecho y notó que contenía el aliento–. Eres muy guapo, Noah.

–Lily…

–Sigues siendo igual de guapo que antes. Incluso más –Lily se dio cuenta entonces de que Noah Laramie era todo lo que ella siempre había querido. Y de que lo deseaba más de lo que deseaba respirar. Más de lo que había deseado nada en toda su vida.

Noah la tomó por la cintura, apretándola contra su pecho. ¿Cómo había ocurrido aquello? No estaba enamorado de Lily. Él nunca había estado enamorado de nadie y no quería estarlo. Pero Lily se había metido en su corazón. Nunca había dicho nada que no creyese de verdad y sabía que también ahora estaba siendo sincera.

Y era su proverbial mala suerte que cuando por fin encontraba a alguien como ella no supiera qué hacer con su vida. El ordenado mundo que se había impuesto a sí mismo había desaparecido.

–Te quiero, Lily.

No sabía de dónde había sacado valor para pronunciar esas palabras, pero salieron de sus labios como una bendición.

Ella dio un paso atrás para mirarlo a los ojos, pero no lo miraba con alegría sino con angustia, con miedo. Y Noah se preguntó si se había equivocado, si Lily habría mentido para no hacerle daño.

¿Era capaz de eso? No quería creerlo.

–No puedes quererme –le dijo, negando con la cabeza.

Noah apretó los dientes, decepcionado. La única vez en su vida que pronunciaba esas palabras y ella no parecía sentir lo mismo.

–Claro que puedo quererte, pero que tú lo aceptes o no es cosa tuya.

Era por eso por lo que nunca había tenido una relación seria. En el ejército sabía lo que se esperaba de él y lo que tenía que hacer. El amor era algo totalmente diferente, algo impredecible.

–Si te encuentras mejor, creo que debería marcharme –Lily estaba pálida y Noah se maravilló de que un momento tan intenso pudiese dar un giro de ciento ochenta grados en un parpadeo.

Un segundo después Lily se dirigía a la puerta.

Y él la dejó ir.

Se había dejado atrapar por el momento, pero uno no podía obligar a otra persona a quererlo. Y no se podía obligar a nadie a quedarse. El fracaso del matrimonio de sus padres le había enseñado eso.

Había sido un tonto al pensar, siquiera por un momento, que aquello podría ser diferente.

CAPÍTULO 11

LILY miraba la lluvia golpeando la ventana de la cocina mientras movía el chocolate en la taza, tomando un sorbo de vez en cuando, con los restos de una bandeja de galletas de chocolate sobre la encimera.

Noah había dicho que la quería.

Pero no podía ser, eso no debía haber ocurrido. Era ella la que sentía algo, pero eran sentimientos que debía olvidar. Había estado tan segura de que sólo eran unos besos, algo sin importancia. Pero el amor… ¿qué clase de futuro podía haber para ellos?

Noah ya estaba casado con el ejército y lo había sabido desde el principio. No podía tener dos amores.

Lo había sabido desde el principio, sí, pero dos días antes, cuando vio las cicatrices se dio cuenta de lo profundamente que lo amaba.

Cuando sonó el timbre se incorporó, sobresaltada, manchando el mantel de chocolate sin darse cuenta. Tal vez era Jen, pensó. Andrew y ella sólo habían ido a Montana para estar unos días de luna de miel.

El timbre sonó de nuevo y Lily esperó que Jen no le preguntase qué hacía en pijama y camiseta una tarde lluviosa. No quería que nadie supiera lo que le pasaba.

Pero no era Jen sino Noah quien estaba en el porche, de uniforme. La lluvia golpeaba el tejado tras él y Lily se quedo inmóvil, atónita. El orgulloso soldado, con la gorra colocada sobre el pelo oscuro y las medallas sobre el corazón, era un Noah que no había imaginado.

–¿Puedo entrar?

Ella se apartó, nerviosa. ¿Qué estaba haciendo allí… y de uniforme, además? ¿Iba a decirle que se iba? ¿Había ido a decirle adiós?

Cuando estaba cerrando la puerta, Noah le ofreció un ramo de flores silvestres.

–No son de color rosa.

Lily tuvo que sonreír. Se había acordado del ramito que llevaba el día de la boda…

–Voy a ponerlas en agua –murmuró.

–¿Te encuentras bien?

Ella miró el pantalón de pijama y la coleta, de la que se habían escapado varios mechones de pelo. Debía estar hecha un asco. No llevaba ni gota de maquillaje y estaba segura de que tenía ojeras porque no había podido pegar ojo en toda la noche. Pero lo último que quería era que Noah supiese la verdad: que había estado llorando por él.

–Estoy bien. Es una aburrida tarde de lluvia, nada más.

–¿Segura?

–Segura.

Lily entró en la cocina para buscar un jarrón donde poner las flores mientras Noah se quitaba las botas, manchadas de barro, en el pasillo. Y aprovechó ese minuto para esconder la bandeja de galletas.

–Vas de uniforme –le dijo tontamente.

–Y tú estás en pijama.

Noah se había acercado tanto que tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Se había prometido a sí misma que mantendría las distancias, pero ahora, tan cerca, era casi como si estuviera suplicándole un beso. Lo cual no estaba muy lejos de la verdad.

–Y tienes una mancha de chocolate aquí… –Noah levantó la mano para tocar sus labios. El roce de sus dedos despertó una oleada de deseo y tuvo que hacer un esfuerzo para distraerse.

–He hecho galletas –logró decir–. ¿Quieres una?

–No, gracias.

Los dos se quedaron callados entonces, pero Lily no podía soportarlo más. ¿Que estaba haciendo allí?

–¿Por qué has venido de uniforme?

–Vengo de un funeral en Drumheller.

Entonces se le encendió la bombilla…

–El soldado que salió el otro día en las noticias.

Él asintió con la cabeza.

Había salido en televisión y en todos los periódicos el día del ensayo de la boda, pero Noah no le había dicho que lo conocía.

–No dijiste nada el día de la boda.

–¿Para qué iba a decir nada?

–¿Lo conocías?

–Estaba en el segundo batallón y yo era el capitán del primer regimiento. Pero era mi obligación acudir al funeral.

El capitán de un regimiento. Evidentemente, había ido motivado por el sentido del deber; el mismo sentido del deber que lo obligaría a volver al ejército…

Se alegraba de no haberle dicho que lo quería la otra noche, aunque había estado a punto de hacerlo, porque eso sólo serviría para complicar las cosas. Decirle adiós ya iba a ser terriblemente difícil…

Y, sin embargo, no podía enfadarse con Noah. Él no se parecía nada a Curtis o a su padre. Si se iba, lo haría por alguna razón, no porque fuese débil. No, todo lo contrario. Era su fuerza, su convicción, lo que lo obligaría a marcharse.

–Lo siento –murmuró, volviéndose para tirar lo que quedaba del

chocolate en la taza–. Imagino que no ha sido fácil para ti.

–Siempre es difícil, pero es mucho peor para sus familias.

Y ésa, pensó Lily, era la razón por la que debía olvidarse de él. Noah nunca sería feliz a menos que estuviera haciendo lo que le gustaba. El ejército era toda su vida y ella no podría soportar quedarse atrás. Amar a alguien significaba compartir y Noah no había compartido esa parte de su vida con ella.

–¿Por qué no nos sentamos un rato en el salón? –le preguntó. Pero mientras él se sentaba en el sofá, ella lo hizo en el sillón para contener el deseo de tocarlo–. Nunca te había visto de uniforme.

–Lily, he venido para…

–Has mejorado mucho –lo interrumpió ella, intentando sonreír. No quería despedirse todavía–. Seguro que estás deseando volver a trabajar.

–Sí, el médico me ha dicho que pronto me pondrán la prótesis.

–Eso es estupendo –Lily intentó imaginarlo con un brazo artificial, pero daba igual. Para ella siempre sería Noah, el de los vaqueros gastados, las botas llenas de polvo y la camiseta sujeta con un imperdible. Ése era su Noah, no aquel extraño de planchado uniforme con el que no sabía de qué hablar–. ¿Ten han dicho ya cuándo tienes que incorporarte?

Noah la miró con una expresión imposible de descifrar y Lily contuvo el aliento esperando la respuesta.

–¿Estás deseando librarte de mí?

¿Librarse de él? Nunca, pero tal vez necesitaba que ocurriese lo antes posible.

–Siempre has dicho que sólo ibas a estar aquí hasta que te incorporases al ejército otra vez. Ya sé que es tu vida.

–Lo ha sido, es verdad.

–Pero dijiste que no sabías cuál iba a ser tu puesto a partir de ahora.

Noah se levantó abruptamente del sofá para acercarse a la chimenea y el corazón de Lily empezó a latir a mil por hora. Le parecía un extraño y echaba de menos al Noah que ella conocía, echaba de menos su sonrisa. Pero ese hombre ya parecía haberse marchado. Tal vez aquél era el auténtico Noah y ella se había enamorado de una fantasía…

–Tengo algunas opciones –dijo él, volviéndose para mirarla–. Lily, sobre lo que dije la otra noche…

–No tienes por qué darme explicaciones, lo entiendo.

–¿Crees que no lo decía de corazón? –Noah frunció el ceño.

Lo último que ella deseaba era que retirase sus palabras. O que fingiera que lo había dicho de verdad. Claro que tal vez no lo conocía tan bien como pensaba.

–Sé que era un momento muy… emotivo para los dos. Todas estas semanas lo han sido y…

–Lo único que he hecho es pensar en ti desde que te fuiste. En ti, en el ejército, en mi vida…

–Noah –Lily se levantó, sin saber muy bien qué hacer.

–Lo dije de corazón –dijo él entonces–. Te quiero. No lo esperaba, pero es la verdad.

La quería a pesar de sí mismo, pensó Lily. Pero ella necesitaba más. Lo necesitaba todo. Incluso dudando de que ese todo existiera.

–Siempre has sido sincera conmigo, desde el primer día, cuando me dijiste que dejase de portarme como un niñato y aceptase mi situación –siguió él–. Y nunca podré agradecértelo suficiente. Nunca.

La emocionó oírle declarar su amor una vez más… ¿pero era un amor por gratitud?

–No quiero que te sientas obligado hacia mí.

–No tiene nada que ver con la obligación. ¿Es que no te das cuenta? Sé que es repentino, pero tú… las cosas que me has dicho, cuando tocaste mis cicatrices… Lily, eso fue extraordinario. Tú eres extraordinaria. Sé que tienes miedo, pero no debes tenerlo.

Lily parpadeó, nerviosa, sintiéndose secuestrada por el amor que sentía por él, responsable por sus sentimientos y aterrorizada a la vez. Noah había sufrido mucho y ella quería estar a su lado para ayudarlo.

¿Pero eso era suficiente para mantener una relación, para forjar una vida en común?

–¿Quieres casarte conmigo, Lily?

Ella no sintió la emoción que debería acompañar a tal proposición. Lo único que sentía era miedo. Los ojos azules de Noah estaban llenos de esperanza, el calor de su mano era auténtico. ¿Pero cómo sería su vida si se casara con él?

Ella había hecho su vida en Larch Valley y era feliz. Y con Noah tendría que ir de un sitio a otro, ser la esposa de un militar. Habría cambios constantes y tendría que empezar una y otra vez. Un trabajo nuevo, amigos nuevos, él estaría trabajando y ella sería invisible.

–No puedo –dijo por fin, apartándose para entrar en la cocina intentando poner distancia entre ellos.

Por un momento imaginó lo que sería ser su esposa. ¿No sería mejor ser la esposa de un soldado que una vida sin Noah?, se preguntó. Pero eso era una fantasía, no la realidad. Su vida estaba allí, en Larch Valley, y Jen y Andrew eran lo más parecido a una familia que había tenido nunca. La vida de un soldado no ofrecía garantías, sus cicatrices eran la prueba de

ello.

Pero cuando se volvió para mirarlo parecía como si le hubiera dado una bofetada. ¿Por qué no habían podido seguir siendo amigos sencillamente?, se preguntó. ¿Por qué el amor había tenido que involucrarse, estropeándolo todo?

Lily tragó saliva; la imagen de Noah, alto y fuerte con su uniforme, grabada para siempre en su mente y en su corazón. No podía pedirle que se quedara y sabía que él tendría que irse, de modo que no había salida.

–Lo siento, pero es lo mejor. Yo no te haría feliz, estoy segura.

Noah apretó los labios, intentando disimular lo que sentía, pero Lily lo había visto en sus ojos.

–No eres la mujer que yo pensaba –le dijo, decepcionado, esas palabras como un cuchillo en su corazón.

–Noah… –Lily dio un paso adelante al ver que se dirigía a la puerta, pero Noah hizo un gesto con la mano–. No te molestes en acompañarme.

Cuando lo vio en el porche había imaginado que iba a despedirse y eso era lo que estaba pasando. Pero no imaginó que la despedida sería así, llena de rabia y hostilidad.

Unos segundos después la puerta se cerró suavemente, no de un portazo. Pero el sonido de esa puerta era como una condena.

Noah había tomado una decisión y la repuesta de Lily no cambiaba nada.

Suspirando, se apoyó en la cerca para observar a la preciosa yegua con su potrilla. Aquélla era su casa ahora, aquel el campo en el que había crecido, el establo lleno de caballos otra vez, los espacios abiertos, la paz, la tranquilidad.

Andrew apareció entonces y le dio una palmadita en la espalda.

La vida de casado le sentaba bien, pensó Noah. Parecía más contento que nunca. Era como si estuviera exactamente donde debía estar y satisfecho por ello…

Y Noah se sintió tan fuera de lugar como cuando bajó del avión y vio a su hermano por primera vez después de tantos años.

Se había equivocado con Lily, debería haberle dicho la verdad. Ése había sido su plan, pero todo había salido mal. Él sabía que necesitaba un hogar, un sitio seguro. Sabía que su madre la había llevado de una ciudad a otra cuando era pequeña y que quería quedarse en Larch Valley…

Pero él tenía su orgullo y quería que lo eligiese por encima de todo, fueran cuales fueran las circunstancias. De modo que no le había dicho nada y, aparentemente, su relación se había roto. Tal vez Lily lo amaba,

pero no lo suficiente.

La potrilla empezó a trotar por el corral, haciéndolo sonreír.

–Tiene buen aspecto, ¿verdad?

–Desde luego que sí –contestó Andrew–. ¿Seguro que esto es lo que quieres?

Noah asintió con la cabeza. Lo había pensado mucho. No podía volver a su antigua vida porque era físicamente imposible y había descubierto que era hora de volver a casa. Pero no pensó que estaría solo.

–Absolutamente seguro.

Andrew sonrió de oreja a oreja.

–Me alegro muchísimo.

–Eso lo dices ahora –rió Noah–, pero recuerda que estoy acostumbrado a dar órdenes, hermanito.

–Nada me alegra más que tenerte como socio. Vamos a decírselo a Jen, creo que ya ha terminado de hacer el almuerzo.

Mientras iban hacia la casa, Noah se preguntó qué estaría haciendo Lily un domingo por la tarde. Había tenido mucho tiempo para pensar después de hablar con ella y lo único que tenía claro era que no había imaginado sus sentimientos. Lily era como un libro abierto, incapaz de falsedad alguna.

Y había respondido a sus besos de manera totalmente genuina. El calor de sus dedos cuando tocó sus cicatrices, el temblor en su voz cuando le dijo que era guapo… eso no era una farsa.

La única conclusión a la que podía llegar era que estaba muerta de miedo.

En cualquier caso, había decidido dejar el ejército antes de pedirle que se casara con él y, pasara lo que pasara, estaba contento con esa decisión. Además, si se quedaba en Larch Valley podía poner todas sus energías en luchar por Lily. Porque ella esperaba que se rindiese, esperaba que se marchase como había hecho Curtis.

Y eso era lo último que pensaba hacer.

CAPÍTULO 12

JEN estaba contentísima con la noticia y le dio a Noah un abrazo gigante antes de servir el almuerzo. Estaban charlando alegremente los tres sobre planes para el rancho cuando el sonido de un motor interrumpió la conversación.

Jen se levantó para mirar por la ventana y de inmediato se volvió hacia Noah.

–Es Lily.

A Noah se le encogió el estómago y, nervioso, soltó el sándwich que estaba comiendo. No había visto a Lily desde el día que ella rechazó su proposición. Había pensado volver a verla, pero a solas, no al lado de dos personas que no sabían lo que había entre ellos.

–Lily, entra, estamos comiendo. ¿Quieres tomar algo?

Lily entró en la cocina y se quedo inmóvil al verlo, su expresión una mezcla de sorpresa y contrariedad. Y Noah tuvo que bajar la mirada porque echaba de menos el brillo de alegría que había visto tantas veces en sus ojos.

–Hola, Lily. ¿Cómo estás?

–No puedo quejarme –respondió ella–. Sólo quería dejar aquí estas cosas del banquete.

Cuando dejó la caja sobre la encimera, Noah notó que le temblaban un poco las manos. ¿Estaba ansiosa por librarse de las cosas de Jen? ¿Serían un recordatorio de todo lo que había ido mal entre ellos?

–Gracias, Lily. Te lo agradezco mucho.

Noah vio que intentaba sonreír, pero sabía que era una sonrisa forzada.

–Sólo son las copas y el centro de mesa de los novios. Y un par de cosas que he pensado que os gustaría guardar.

Andrew se levantó rápidamente para tomar la caja.

–La llevaré arriba.

–Muy bien. Por cierto, Lucy ha dado a luz esta mañana –dijo Lily entonces.

Se había puesto colorada, pensó Noah. Aunque una vez había dicho que casarse y tener hijos no era para ella, por un momento imaginó lo preciosa que estaría embarazada de su hijo. La imagen era increíble.

–¿Niño o niña?

–Un niño, Alexander. Me he encontrado con Brody en el café y puedo decir que es un orgulloso papá.

–Un niño –Jen sonrió, encantada–. Y se llama como el padre de Lucy.

–Como tiene que ser.

Noah se levantó para llevar su plato al fregadero. Andrew y Jen, Brody y Lucy… todo estaba yendo como ellos esperaban. Pero no para él.

Estaba satisfecho de haber tomado la decisión que había tomado de dejar el ejército, pero en cuanto a Lily…

–Bueno, os dejo para que sigáis charlando.

Y luego, sin decir una palabra más, salió de la casa. No se torturaría estando a su lado. Pero aquello no había terminado, se juró a sí mismo. Encontraría la manera de pelear por ella.

Lily lo vio salir, con el corazón encogido. Las miradas que solían intercambiar, las cálidas sonrisas de Noah… todo eso había desaparecido. No había esperado verlo allí, un domingo, pero su reacción al verla la dejaba aún más deprimida, si eso era posible. Sabía que era demasiado esperar que Noah se mostrase como siempre después de lo que había pasado, pero tenía que hacer algo. Sería horrible que se despidieran así.

De modo que fue a buscarlo y lo encontró en el establo, en el cuarto de los aperos.

–¿Noah?

Él suspiró, soltando unas bridas que tenía en la mano.

–¿Qué quieres, Lily?

Su brusquedad la sorprendió.

–Podrías dejar de odiarme, por ejemplo.

–Yo no te odio.

–Me alegro porque no me gusta cómo nos despedimos el otro día. Antes éramos amigos y me gustaría que volviéramos a serlo.

No quería que aquél fuese el patrón de su vida. Jamás había vuelto a ver a Curtis, pero Noah era demasiado importante para ella y tenían que arreglarlo como fuera.

–No sé si es posible –dijo él entonces, colgando las bridas en un clavo.

–No quiero que te marches enfadado. A lo mejor es egoísta por mi parte, pero hemos compartido muchas cosas durante estos días y eso es lo que me gustaría recordar… no cómo ha terminado.

Noah se sentó sobre el caballete en el que colocaban las sillas de montar, estirando las piernas.

–No voy a marcharme.

–¿Qué quieres decir? –Lily lo miró, pálida. ¿No se iba de Larch Valley?

–He pedido la baja voluntaria. No pienso volver al ejército, voy a trabajar con Andrew en el rancho. He decidido cambiar los galones por unas botas vaqueras.

Había poca luz en el cuarto de los aperos, pero Lily podía ver que estaba completamente serio.

–Pero cuando fuiste a mi casa el otro día…

–Tú dejaste bien claro que no te interesaba mi proposición.

–Pero ibas de uniforme.

–Porque volvía de un funeral.

–Y no me dijiste… no me dijiste que estuvieras pensando dejar el ejército –Lily se apoyó en la puerta porque no la sostenían las piernas. Ése era el problema, que no se lo había dicho, que nunca le hablaba de sus planes.

–¿Y qué más da? –suspiró Noah–. Ya había tomado la decisión antes de ir a verte.

¿Dejar el ejército, dejar atrás su vida de soldado? No tenía sentido.

–¿Por qué, Noah? Me dijiste que el ejército era tu casa.

–El ejército compensó muchas cosas que faltaban en mi vida. Durante muchos años fue mi familia, pero aho
ra tendría que trabajar en calidad de administrativo –le explicó él, encogiéndose de hombros–. A mí no me gusta estar encerrado en una oficina, Lily. Sería muy infeliz. Yo necesito estar al aire libre, donde pueda respirar. Además, este sitio me encanta y aquí están Andrew y Jen. Eran muy buenas razones, pero a Lily se le encogió el corazón al ver que no la incluía a ella.

–Entonces no te vas.

–No.

–Podrías habérmelo dicho el otro día –le espetó, levantando la barbilla. –
¿Y qué habría cambiado eso? Esa pregunta fue como una flecha dirigida a su corazón. ¿Habría cambiado algo? ¿Si le hubiera dicho que pensaba quedarse en Larch Valley indefinidamente su respuesta habría sido otra? Tendría su vida, su trabajo, sus amigos… y a Noah. Entonces se imaginó a sí misma en la puerta de la iglesia, como Jen y Andrew, y se le encogió el corazón.

Noah se levantó del caballete para acercarse a ella y Lily contuvo el aliento.

–Intenté contarte lo que había decidido, pero tú no querías escucharme. Tenías tanto miedo que sólo querías despedirte de mí.

–¿Cómo iba a saber que pensabas quedarte? Pues claro que tenía miedo. Me estabas pidiendo que dejase mi casa, mi trabajo, la vida que tengo aquí…

–Te estaba pidiendo que compartieses tu vida conmigo, Lily.

Ella respiró profundamente, intentando calmarse.

Una vez había querido compartir su vida con un hombre y había terminado

siendo un desastre. Estaba enamorada de Noah… ¿cómo no iba a estarlo? Pero casarse era otra cuestión. El acto de entregarle tu vida a otra persona para siempre, o hasta que esa persona decidiese devolvértela, era un paso de gigante.

–Tienes miedo –insistió Noah–. La idea del matrimonio te da pánico, lo sé. Lo sabía cuando te lo pedí. ¿No crees que a mí también me da miedo? ¿Sabes lo que me cuesta decirte que te quiero?

–Ah, pues siento que te cueste tanto decírmelo –le espetó Lily, enfadada.

¿Por qué la hacía sentir como si fuese una obligación? Ella necesitaba compartir su vida también. Si pudiese hacerlo…

–No quería decir eso y tú lo sabes.

–Pero no puedo quererte, ¿es que no te das cuenta?

–Lily, mírame –Noah apretó su brazo–. No he hecho más que pensar en cómo podríamos estar juntos, en cómo te afectaría mi discapacidad. Maldita sea… si ni siquiera sabía si podríamos bailar juntos en la boda, ¿cómo iba a hacerte el amor?

Lily se quedó sorprendida por tan sincera admisión. Ella sabía que se sentía inseguro, pero…

–¿De verdad crees que eso me importa? –le preguntó con voz ronca, intentando controlar la emoción.

–Me preocupa y, sin embargo, te pedí que te casaras conmigo porque pensé que confiabas en mí. Pero me he dado cuenta de algo más importante: esto no tiene nada que ver con que yo estuviera en el ejército o con el rancho. Tiene que ver contigo y conmigo y con eso que te da tanto miedo.

¿Miedo? Sí, desde luego que tenía miedo. No quería enamorarse otra vez, no quería sentir la tentación de tirarlo todo por la ventana por el amor de un hombre. Había jurado no volver a hacerlo. Había intentado recordarse a sí misma que la estancia de Noah en Larch Valley era temporal y así se sentía segura… pero ahora sabía que no era temporal y, sin embargo, seguía sintiendo miedo.

–Tú me has cambiado, Lily –siguió Noah–. Me has hecho ver las cosas de otra manera. Te he contado cosas que no le había contado a nadie y… me has hecho sentir como un hombre otra vez.

–Noah, no…

–No es al matrimonio a lo que tienes miedo. Tu problema es que no crees en el amor para siempre. La clase de amor que yo quiero darte.

–Es posible que tengas razón –asintió ella–. A lo mejor no creo en ello porque no le he visto nunca.

Era eso, ¿verdad? La razón por la que Jasmine nunca se había quedado con un hombre; la razón por la que había ido de relación en relación toda su vida. Sencillamente, buscaba a su alma gemela, pero nunca la había encontrado. Por eso se había mostrado tan despreocupada sobre su relación con Curtis, porque no creía que fuese algo real.

Y tenía razón. Porque el amor de verdad estaba delante de ella en ese momento y Lily sabía que lo que le ofrecía no era suficiente. De eso era de lo que tenía miedo, no de quererlo sino de que un día Noah se diera cuenta de que había cometido un error y la dejase, de que su amor no fuera para siempre.

Lily cerró los ojos, intentando desesperadamente controlar el nudo que tenía en la garganta. Podía hacerlo, se dijo. Por primera vez, algo importaba más que protegerse a sí misma y podía decir lo que guardaba en su corazón.

–Noah, te quiero.

Él la apretó contra su pecho, besando su frente, y Lily le devolvió el abrazo.

–Pero tienes que escucharme porque no podemos seguir así.

–¿Qué quieres decir?

–Tienes razón sobre una cosa: estoy asustada porque no quiero ir por la vida como si fuera invisible.

–Yo te veo –dijo él–. Veo una mujer cariñosa, compasiva, divertida, generosa…

–¡Eso es sólo por fuera! Es lo que quiero que vea la gente, Noah. Me he pasado la vida intentando complacer a los demás y la única vez que intenté hacer algo pensando sólo en mí misma salió mal, pero creo que ha llegado el momento de ser egoísta –anunció Lily, mirándolo a los ojos–. Sé cuál es la razón por la que mi madre nos llevaba de un sitio a otro. Estaba buscando a una persona que llenase su vida, pero nunca la encontró… Noah, yo quiero compartir mi vida contigo, pero tú no la compartes conmigo.

–¿Cómo que no?

–A veces me siento como en la oscuridad… tengo la impresión de que no te conozco en absoluto. Yo conozco al Noah que volvió a casa, el Noah herido, el que ha intentado recuperarse. He compartido cosas contigo porque sabía que podía confiar en ti… y no ha sido fácil para mí. Pensé que te marcharías y creí que mi corazón estaba a salvo.

Qué equivocada había estado. Cuando vio sus cicatrices sintió un amor tan profundo, tan puro, que lo había cambiado todo. Pero entonces empezó a darse cuenta de lo poco que sabía de él, de lo poco que sabía de sus

esperanzas y sus sueños.

–Cuando apareciste de uniforme en mi casa pensé que habías ido a decirme adiós y, en lugar de eso, me pediste que me casara contigo. Pero en lo único que yo podía pensar era en cuándo volverías al ejército, dónde viviríamos, qué haría yo… me di cuenta de que nunca te había visto de uniforme –Lily dejó escapar un suspiro–. Hay muchas cosas de ti que no sé, que no me has contado. Apenas sé qué pasó cuando perdiste el brazo… bueno, lo poco que tú me has contado. Y yo no puedo vivir así, Noah. No soy lo bastante fuerte. Estaría todo el día haciéndome preguntas, esperando que el sueño se rompiese.

Noah dio un paso atrás, sorprendido. ¿Él había hecho eso? ¿La había dejado fuera de su vida?

–Tienes razón –admitió–. Te he pedido que te casaras conmigo sin compartir nada de mi vida. Pero es que pensé que no me querías de verdad –intentó explicarle–. Me decía a mí mismo que no podías quererme estando así… en mis condiciones. No sabía qué me depararía el futuro, pero nunca había sido más feliz que estando contigo, Lily. Es posible que haya sido un egoísta, que estuviera poniéndote a prueba… he estado casado con el ejército durante toda mi vida adulta y, de repente, eso ya no era suficiente. Te quería a ti y necesitaba que tú me quisieras. Pensé que el resto no importaba y no me daba cuenta de que estaba dejándote fuera… lo siento, Lily. Lo siento mucho, de verdad.

–¿Has dejado el ejército por mí? –murmuró ella.

–¿Lo ves? –Noah se pasó una mano por el pelo–. No quería que tú tuvieras que cargar con la responsabilidad de mis decisiones.

–No es una carga –dijo Lily.

–Decidí dejarlo porque tú me has enseñado que hay más en la vida de lo que yo imaginaba. Me has demostrado que existe la posibilidad de empezar otra vez y rezo para que algún día puedas compartir esa vida conmigo –Noah alargó la mano para tocar su cara–. Nunca me había enamorado, Lily. Después de lo que les pasó a mis padres, era algo en lo que no creía. Y sé que tú nunca has confiado en el amor eterno, pero debes confiar en mí. Yo no te traicionaré nunca, te lo prometo.

Un sollozo escapó de la garganta de Lily cuando la tomó por la cintura, apretándola contra su pecho.

–La noche que bailamos juntos me di cuenta de que me había enamorado de ti.

–¿Antes de la boda?

–Sí, la noche anterior –sonrió ella, apoyando la cara en su camiseta–. Y decirte que no fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

–¿Más difícil que cuando Curtis te dejó plantada en la iglesia?

–Mucho más. En realidad, nunca estuve realmente enamorada de Curtis –suspiró Lily–. Y te quiero tanto, Noah… –algo más grande que la lógica la empujó a tomar su mano, mirándolo a los ojos–. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Me aceptas con todos mis defectos, mis debilidades y mis cicatrices? Porque te quiero, Noah. Te quiero más de lo que hubiera podido imaginar y da igual dónde vivamos mientras estemos juntos.

–Lily… ¿sabes cuántas veces me has sorprendido con tu cariño, con tu compasión y tu fuerza? En realidad, habría sido imposible no enamorarme de ti.

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas.

–¿Eso es un sí?

Noah rió, emocionado, apretándola contra su corazón. –Sí, claro que sí. Me casaré contigo y cuanto antes mejor. No pienso dejarte escapar. Nunca te dejaré escapar. El sonido de unos pasos los interrumpió y, de repente, oyeron una exclamación:

–¡Drew, están juntos!

Lily soltó una carcajada, feliz, con el brazo de Noah en su cintura.

–¿Cuándo ha ocurrido? –exclamó su amiga.

–Más o menos el día que me pediste que viniera a traerle provisiones –admitió Lily–. Y vamos a casarnos.

–¿Vais a casaros? ¡Ay, Dios mío! Y pensar que nosotros estábamos tan preocupados…

Andrew los miraba sacudiendo la cabeza.

–¿Es verdad? ¿Vais a casaros?

–Ha hecho falta algo de trabajo… –sonrió Noah.

Andrew rió mientras Jen abrazaba a Lily.

–¡Qué alegría! Y ésta vez tendrás que hacer un vestido de novia para ti. Es maravilloso.

Jen no sabía nada del vestido que aún guardaba en el armario, pero era hora de dejar atrás el pasado y mirar hacia el futuro; ese futuro con el que tantas veces había soñado.

–No pienso hacer más vestidos de novia –anunció–. Creo que me lo compraré en una tienda.

Las dos parejas empezaron a hacer planes hasta que Jen interrumpió la conversación:

–Un momento. Si no recuerdo mal, hasta hace poco te negabas a salir con un vaquero.

Apretando la mano de Noah, Lily se puso de puntillas para darle un beso en la cara… pero él se volvió en el último momento para buscar sus

labios.

–Ya sabes cómo son estas cosas –rió ella, sin dejar de mirar a su prometido a los ojos–. Por lo visto, no había conocido al vaquero de mi vida.